Viaje a ninguna parte

Eva Figes

En la primavera de 1939, ante la inminencia de la guerra, una niña de ascendencia judía de seis años, Eva Unger, abandona Alemania con su familia para instalarse en Londres. Pero, pese a las relativas comodidades materiales, no es fácil encajar en una nueva sociedad ni forjarse una identidad en un país ajeno, e inevitablemente las relaciones familiares sufrirán las consecuencias de ello.

La llegada desde Palestina de una carta de quien fuera su criada, Edith, solicitando reincorporarse al servicio de los Unger lo cambiará todo. Eva irá descubriendo la vida de Edith a través de sus conversaciones en la cocina, como vivió el nazismo y su posterior viaje a Israel.

Sorprendentemente la historia de Edith desmiente muchas de las ideas preconcebidas y los prejuicios sobre los alemanes, al tiempo que desvela algunas incómodas verdades acerca de la intervención de EEUU en Oriente Medio.

Eva Figes

Viaje a ninguna parte

Título original: *Journey to Nowhere*
Eva Figes, 2008
Traducción: Roser Vilagrassa, 2009

-

Revisión: 1.0

07/05/2023

PRÓLOGO

Ahora soy abuela y, como todas las abuelas, tengo la cabeza repleta de historias. Pero mis historias no son como las de otras personas, y por ello son más fascinantes para mis descendientes, aunque no siempre sea fácil contarlas. De una manera o de otra, todas son extrañas, pero es que la época también lo fue.

Nací en Berlín pocos meses antes de que Hitler llegara al poder, en el seno de una familia judía laica. De modo que, aparte de una tía que se trasladó a Londres siguiendo nuestro ejemplo semanas después el verano de 1939, jamás volvería a ver ninguno de los rostros de mi breve infancia berlinesa.

Salvo uno.

* * *

Se llamaba Edith, y hacía años que no pensaba en ella, al menos conscientemente, hasta una tarde que pasé por Lisson Grove en coche con mi hijo y su familia. Él y su mujer se dirigían a Stamford Bridge para ver un partido de fútbol del Chelsea, y yo iba en el asiento de atrás con sus hijas gemelas. Pensaban dejarnos en el Victoria & Albert Museum para ver una nueva exposición. De pronto, me incliné hacia delante. Íbamos por Marylebone Road, donde se alzaba una fachada de ladrillo rojo: el Samaritan Free Hospital for Women and Children. Habían retirado la rotulación,

pues hacía décadas que el edificio —o cuanto quedaba de él— ya no se usaba como hospital.

«¿Os he contado alguna vez la historia de Edith?», les pregunté al recordar que en una ocasión la había visitado en aquel hospital. Fue la última vez que la vi, y la única que estuve en ese edificio. Fue el año que entró en funcionamiento el National Health Service, y me figuro que aquel edificio Victoriano ya debía de estar obsoleto entonces.

No, claro que no les había hablado de Edith. Al fin y al cabo, era un personaje secundario de la historia de mi familia. Era nuestra sirvienta de Tauenzienstrasse, a la que dejamos atrás una triste y gris mañana de marzo, en 1939. ¿Estaría Edith en casa cuando con un estrépito la puerta de nuestro apartamento se cerró por última vez? Lo dudo. Fue una mañana traumática, y cada miembro de la familia la sufrió a su manera. Yo estaba al borde de un ataque de histeria por no poder ver a mis abuelos una última vez, y mi padre parecía ansioso por salir de Berlín antes de que volvieran a detenerlo. Teníamos pendientes algunas despedidas dolorosas, una de las cuales —no menos importante— de la propia ciudad. ¿Quién iba a tener presente a la criada, pese a que hubiera vivido años con nosotros?

Sin embargo, el tiempo cambia la perspectiva de las cosas y, en aquel momento, al pasar por Lisson Grove medio siglo después, pensé que la historia de Edith merecía ser contada. Sencillamente, porque se oponía a los prejuicios inherentes a toda una vida. Para empezar, los prejuicios sobre los alemanes, sobre Alemania, y las diversas emociones propias de una experiencia vital como la mía.

Dudo que les contara la historia de Edith, siquiera a grandes rasgos, antes de dejar atrás la fachada victoriana del viejo hospital. Creo que discutimos brevemente sobre cuál era el camino más corto para llegar al museo; pero para entonces ya sabía que iba a contar aquella historia aunque no supiera todavía cómo iba a acabar. Edith sencillamente había desaparecido, como tantos otros, sin dejar rastro.

Cuando tuve la ocasión de volver a conocerla en Londres

durante la posguerra, mi principal preocupación era ayudarla a encontrar un lugar en el mundo donde fuera feliz o, cuando menos, que la satisficiera. Ahora que ya nadie puede ayudarla estoy en deuda con ella, y mi único modo de corresponderle es dedicándole este libro. A la humilde Edith, que nunca pidió gran cosa a la vida y recibió menos todavía.

Y es que durante el proceso de investigación para este libro tuve que reconsiderar muchas cuestiones.

En primer lugar, la difícil situación del pueblo alemán, que se vio atrapado en la hegemonía del terror. Esta cuestión fue relativamente fácil, pues, cuando sólo era una niña me pregunté (y pregunté a mi padre) qué habríamos hecho si no hubiéramos sido judíos. Mis padres no fueron héroes, sino seres humanos dignos.

O eso creo yo. Más bien diría que se les impuso una suerte de heroísmo.

En segundo lugar, y ante todo, tuve que informarme sobre la creación de Israel. Al pertenecer a una familia de judíos laicos, el acontecimiento no me interesaba demasiado, si bien me asombró la eufórica acogida que tuvo. ¿Por qué Edith decidió ir a Israel cuando para ella era un riesgo, cuando en Alemania —como ciudadana del país— tenía derecho a una cuantiosa indemnización? Al fin y al cabo, pasó una estancia breve y, tras la desilusión, se marchó de allí.

Cuanto averigüé en el transcurso de la investigación me horrorizó. Siempre he pensado que la creación de Israel fue un error catastrófico, acaso el peor del siglo XX. Asimismo, siempre he considerado dudoso el derecho a existir de Israel, a menos que los judíos fuesen capaces de mantener un grado de moralidad elevado, en lo cual han fracasado perceptiblemente. Ahora bien, lo que no esperaba descubrir es que la creación de Israel no fue una consecuencia del remordimiento internacional, sino de un antisemitismo persistente. El principal culpable de esta lamentable historia fue, por supuesto, Estados Unidos, con el presidente Truman a la cabeza.

A Edith, pues, dedico esta historia de supervivencia y pesar. A Edith y a las miles de personas que fueron traicionadas por los

vencedores de una guerra espantosa, y de quienes se esperaba que lucharan por una patria que la mayoría de ellos no quería.

PRIMERA PARTE

1

Los años de la posguerra fueron una época de nuevos comienzos, de reconstrucción de vidas rotas. Para una familia como la nuestra, que había huido de la Alemania de Hitler en la primavera de 1939, los retos eran concretos: construir un futuro en un país nuevo y olvidar el antiguo. No íbamos a regresar, ni había nadie por quien hacerlo. Algunos de nuestros parientes estaban dispersos por el mundo, y otros estaban muertos. No había tumbas ni certificados de defunción, pero sabíamos qué les había pasado. Una norma tácita en nuestra casa era el silencio: no se hablaba de los muertos, ni de cómo ni dónde habían muerto exactamente. Tumbada a oscuras tenía libertad para imaginar finales alternativos, cada uno más atroz que el anterior. No era una forma adecuada de sobrellevar ese tipo de pérdidas. Aunque quizá no exista una forma adecuada para hacer frente a algo así.

Al parecer, hacia 1947 ya se habían tomado decisiones y se habían establecido ciertas normas. Mi padre se retiró del ejército y, durante aquel invierno, que fue famoso por su crudeza, tuvimos que marcharnos del piso que alquilábamos para mudarnos a una casa adosada que podríamos considerar propia. Mi padre trabajaba en la industria de la confección, mi hermano era alumno de día en el internado Highgate School y yo, que seguí asistiendo al mismo colegio de enseñanza secundaria, sencillamente tenía que hacer un recorrido en autobús más largo para llegar a casa. La familia entera había sido «naturalizada» el verano de 1946, por lo que ahora éramos británicos. Íbamos a quedarnos en el país. Nos llegaban

cartas de familiares y amigos, supervivientes de la antigua vida en Berlín. Los sellos, de Estados Unidos y Europa, se agregaban a la colección de mi padre. En Navidad, una tía suya nos envió pomelos de Palestina. Un pariente «ario» (por haberse casado con una «aria») nos envió *Stollen*, el pastel navideño, para recordarnos nuestro antiguo país en Nochebuena. Siempre celebrábamos aquella época del año a la manera alemana, pero ahora íbamos a quedarnos. En concreto en Hendon, código postal NW11.

Buena parte de la gente que nos escribía o que venía a vernos al nuevo hogar eran personas a las que no conocía, o de las que ni siquiera había oído hablar durante mi primera infancia en Berlín antes de la guerra. Los recuerdos de los primeros años son escasos y próximos entre sí. Ahora bien, hubo una persona de aquella época remota e inalcanzable que se puso en contacto con nosotros inesperadamente. La carta que envió a mi madre me ilusionó mucho. Edith había escrito para preguntar si podía recuperar su trabajo.

Casi no podía creerlo. Edith había sido nuestra sirvienta en aquel otro mundo destruido por completo. A su manera, había sido una persona muy importante en mi tierna vida, como a menudo lo eran los sirvientes en aquellos tiempos. Por aquel entonces yo tenía una niñera, pero, de una manera o de otra, seguramente pasaba tanto tiempo con Edith como con mi madre. Así que cuando mi madre dijo que Edith había escrito y que iba a venir, no le pregunté qué Edith. Ahora que lo pienso, ni entonces ni después supe cómo se apellidaba.

Edith iba a venir. Edith iba a venir a casa. Después de tantos años, nos había encontrado. Al parecer había ido a Palestina, al nuevo Israel, pero no estaba contenta con su vida allí. Nuestra nueva casa tenía un cuartito de más, así que podría instalarse con nosotros. No me había ocurrido nada tan apasionante en mucho tiempo, y todavía recuerdo la expectación que me invadió durante las semanas de espera. Recuerdo que asomaba la cabeza al futuro cuarto de Edith para ver cómo iban los preparativos. Fue entonces cuando sentí cierta desazón, cuando vi que no se estaba preparando casi

nada.

Edith era una persona humilde, de aspiraciones modestas. Se había criado en un orfelinato, y en Berlín solía dormir en un cuartito oscuro junto a la cocina. Nunca la vi vestida con algo distinto del uniforme blanco y negro de sirvienta. No había maquillaje ni joyas, apenas cuatro objetos personales que escudriñar cuando me dejaba entrar en su habitación durante el tiempo libre, y respondía con paciencia mis preguntas infantiles.

No obstante, yo ya no era aquella niña inocente de seis años: era una adolescente a la que los acontecimientos catastróficos de la década anterior habían cambiado. En Berlín era una niña perpleja, incapaz de comprender por qué su vida familiar se derrumbaba. Ahora vestía uniforme de colegio inglés y hablaba inglés la mayor parte del tiempo, y sabía de sobra por qué habíamos salido de Alemania tan deprisa.

Yo no era la única que había cambiado en aquellos años. No es posible cruzar dos veces el mismo río, y mucho menos uno oscuro y profundo como el que habíamos atravesado la década anterior. En ocasiones soñaba con aquel mundo del pasado. Era siempre el mismo sueño: era el día que partimos de Berlín, una mañana gris de marzo, y pequeñas figuras saludaban desde el borde del aeródromo mientras esperábamos a que el avión despegara. Luego me despertaba, me ponía el uniforme del colegio como de costumbre y seguía siendo la persona en que me había convertido: una alumna inteligente de la escuela secundaria, con interés por las lenguas, el arte y la literatura. Decían que tenía madera de erudita.

En familia solíamos hablar del pasado, de los buenos tiempos. De cuando íbamos a esquiar en vacaciones, de las salidas en barco por el Havel los fines de semana o de los idílicos días estivales en la casa de que disponíamos para los fines de semana, que tenía un jardín y el cerezo más grande del mundo. Lo demás ni se mencionaba. Sé que mi padre tenía pesadillas de la época que había pasado en Dachau, pero nada le inducía a hablar de ella. Mi necesidad de saber qué había ocurrido a mi abuelo paterno y a su esposa se correspondía con la que mi madre tenía de no saberlo, de

modo que se amparaba en el silencio y, en ocasiones, en mentiras inverosímiles.

Por tanto, creo que era más evidente para mí que para Edith o mi madre que todos habíamos cambiado durante los años de guerra. Aunque el mobiliario (buena parte del cual habíamos traído de Berlín) tuviera el mismo aspecto y la vida había recuperado la normalidad, era una falsa ilusión. Yo sabía por experiencia propia que mi madre ya no era la mujer amable y delicada de mi tierna infancia, sino una persona difícil y amargada. Y la intuición me decía que Edith, después del suplicio que había pasado, no pretendía recuperar solamente su antiguo trabajo. Estaba sola en el mundo y necesitaba sentirse parte de una familia ahora que la pesadilla había terminado, y era evidente que nosotros éramos esa familia. En lo que a mí respectaba, Edith volvía a casa, pero el cuartito espartano que le reservamos me hizo comprender que mi madre no veía su llegada con los mismos ojos que yo. Mi madre iba a recuperar a su criada, lo cual era un grato indicio de que la normalidad se reinstauraba. Uno de los diversos problemas del trato con mi madre era que no se le podía decir que se equivocaba. Si alguien lo hubiera hecho, se habría armado la gorda, estoy segura. Así que, dadas las circunstancias, preferí guardar silencio, si bien con cierto desasosiego.

2

Los recuerdos más vividos que conservo de Edith en Berlín se remontan a la época entre la Noche de los Cristales Rotos a principios de noviembre de 1938 hasta meses después, en marzo, cuando nos marchamos. En esa época se interrumpieron todas las rutinas domésticas, y a menudo tenía que arreglármelas sola o con la ayuda distraída de las dos sirvientas que vivían en casa, Edith y la niñera, a la que llamábamos *schwester* Eva, como era costumbre. No hay que olvidar que, según las leyes raciales promulgadas en 1935, las familias judías no podían tener empleados domésticos judíos, de modo que Edith y *schwester* Eva tenían sus propias preocupaciones y, por tanto, era normal cierta desatención por su parte.

Recuerdo esos meses como un período confuso, desconcertante y tedioso. Puesto que el sistema de segregación racial se aplicaba también a la educación, no me permitían asistir a una escuela alemana corriente, y a partir del 9 de noviembre todas las supuestas escuelas «judías», muchas de las cuales habían surgido a raíz de los decretos de 1935, cerraron por razones de seguridad. Mi madre ni siquiera trató de enviarme al colegio en el tranvía que pasaba por nuestra calle, pero más tarde supe que la directora del colegio, con lágrimas en los ojos, ordenó a los niños que se presentaron el día 10 que regresaran a casa y no volvieran. Muchos padres habían llamado por teléfono para preguntar cómo debían proceder, y se les había dicho que no enviaran a sus hijos a clase.

Y yo, que hacía sólo unos meses había iniciado mi trayectoria escolar (los niños alemanes empiezan el colegio a los seis años y con

una grata ceremonia), me vi en la circunstancia de tener que quedarme en casa sin nada que hacer. Estaba rodeada de libros que no podía leer y que en ocasiones lanzaba con pura frustración a la niñera de día. Me dijeron que mi padre estaba fuera por viaje de negocios, pero su ausencia me pareció anormalmente larga. Lo cierto es que estaba en Dachau; lo habían detenido, como a otros miles de judíos, la Noche de los Cristales Rotos. Mi madre parecía más ocupada que de costumbre, siempre estaba fuera y no me procuraba las diversiones habituales: ya no había cuentos, ni proyecciones de linterna mágica, ni salidas a comprar o al zoo, que estaba cerca. Me dio por andar de puntillas por las salas vacías y oscuras de la parte delantera de la casa. Desde las ventanas espiaba la calle, el bullicio habitual, la luz de las farolas reflejada sobre el asfalto mojado y los techos de los coches que pasaban. La Gedächtniskirche ya tenía el árbol de Navidad, y las luces destellaban. ¿Por qué nosotros no teníamos uno también? Un día oí unos susurros al final del largo pasillo: eran Edith y la niñera hablando de algún secreto. ¿Acaso mi padre había hecho algo malo y estaba en la cárcel?

Mi niñera, una mujer alta, rubia y esbelta, nunca había sido muy dada a explicaciones. Nos bañaba y vestía, cumplía con sus responsabilidades tal cual se le pedía, pero en eso quedaba todo. Con ella no había juegos ni charlas. Su llegada me contrarió porque era la sustituta de Käthe, una morena alegre que se pintaba las uñas de los pies y nos lo hacía pasar en grande. Espero que Käthe saliera a tiempo de Alemania.

Así como la niñera no hacía nada para animar las horas de tedio, en ausencia de mi madre, que trataba desesperadamente de sacar a mi padre de Dachau y a toda la familia de Alemania, Edith al menos era mi amiga. Cuando no estaba de servicio, iba a visitarla a su cuartito largo y estrecho junto a la cocina. En éste había una cama (que era una armazón de hierro), un ventanuco que daba al patio y una mesita con unos pocos objetos personales, que me gustaba escudriñar y sobre los que le preguntaba con curiosidad infantil. Eran cuatro chucherías que, salvo para ella, carecían de

valor especial alguno, y que estaban dispuestas con esmero sobre un mantelillo de encaje. Ella respondía a mis preguntas con paciencia, y nunca me dijo que saliera del cuarto o que la dejara en paz.

Recuerdo a Edith cargada con montones de ropa blanca limpia que guardaba en unos estantes con cortina que había en el pasillo; cargada con una gran sopera blanca para llevarla al salón principal las raras ocasiones en que a mi hermano y a mí nos permitían cenaren la mesa larga con nuestros padres, en vez de hacerlo en la guardería. Sentados muy derechos, guardando una formalidad desacostumbrada, estábamos atentos al eco de sus pasos sobre el suelo del largo pasillo, acercándose, hasta que al fin abría la puerta, cargada con el recipiente, que parecía demasiado grande para ella, pues era más bien bajita. En ese momento, todos los presentes nos volvíamos para verla entrar y acercarse a la mesa. Yo me preguntaba si la sopa estaría aún caliente después de tan largo recorrido.

Como sirvienta, Edith no hacía labores pesadas. Para limpiar el suelo y hacer la colada venía a diario una mujer gorda y jovial. Yo solía seguirla hasta las escaleras de atrás, que llevaban al ático, donde se permitía a los inquilinos colgar la ropa para secar, así como guardar baúles de viaje y trastos. Era un mundo extraño y kafkiano de tabiques toscos, y huecos entre las tablas del suelo, que muchos años después reconocería en el *El proceso*.

El hecho más trágico que afectó a Edith y que yo recuerdo ocurrió semanas después de la desaparición de mi padre. Supongo que a esas alturas ya me había acostumbrado a la misteriosa ausencia de mis progenitores y al hecho de no asistir a la escuela. Mi hermano y yo habíamos recuperado la antigua rutina de salidas diarias con la niñera si hacía buen tiempo. Y esa mañana en concreto hacía bueno.

Seguramente habíamos ido más lejos de lo habitual, puede que de compras, porque íbamos en el tranvía que, convenientemente, paraba delante mismo de casa, y estábamos esperando a que se detuviera. Yo fui la primera en ver a Edith: estaba de pie en la parada, inmóvil, obviamente esperándonos. Aunque era invierno, no llevaba el abrigo, sólo el uniforme blanco y negro. No sé cuánto rato

hacía que nos esperaba allí de pie; parecía estar petrificada. No sé si había oído llegar al tranvía, pero, desde luego, no lo parecía, pues mantuvo la vista al frente, mirando a nada en particular. Era la inmovilidad propia de la obediencia incondicional.

Bajamos del tranvía y hablamos con ella.

«Lleva a los niños con los abuelos —dijo, como si hubiera salido del trance—. Que no entren en casa».

Es mi último recuerdo indeleble de Edith en Berlín, y el más dramático. Fue el principio del fin de nuestra vida en Tauenzienstrasse; en adelante, cada día sería diferente, y ya nunca sabría qué iba pasar al día siguiente. Así recuerdo a Edith, de pie, inmóvil, en la parada del tranvía, como una de esas estatuas de piedra que flanquean la entrada a un edificio importante. El número 10 y su pórtico imponente, donde estaba la pequeña oficina del portero, el patio donde los sonidos resonaban y las tapias macizas que ascendían al cielo era el único mundo que yo conocía, y empezaba a desmoronarse.

«Lleva a los niños con los abuelos —le había dicho a la niñera—. Que no entren en casa». Así, media hora después, mi hermano y yo nos hallábamos en el piso de tres habitaciones de *omi* y *opa*, en la Bayerischer Platz, donde no había una habitación de más para situaciones de emergencia. Yo solía jugar allí, de manera que me instalé enseguida en el suelo del comedor. Entonces sonó el teléfono. Por lo visto era mi madre. «Sí, todo va bien», respondió mi abuela, mirándome con una sonrisa.

Ni falta hace decir que las cosas no iban bien, ni mucho menos. Habían liberado a mi padre de Dachau, lo cual era una buena noticia, pero yo había contraído la escarlatina. Pasarían años antes de saber a qué se debieron las misteriosas ausencias de mi madre a lo largo de aquel lúgubre mes de noviembre: interminables visitas a consulados extranjeros; colas de personas desesperadas, que rellenaban formularios con el fin de aplacar, o incluso engañar, a la Gestapo; y una visita clandestina a un miembro de la Wehrmacht que, según contaban, sacaba a prisioneros de los campos de concentración sobornando a los guardias. Por suerte no era una

trampa, y soltaron a mi padre, aunque no tan pronto como se esperaba. Ah, sí: mi madre también reservó un pasaje de barco al Lejano Oriente. Y allí habríamos ido si mi padre no hubiera estado demasiado enfermo para viajar.

Entretanto, ¿dónde estaba Edith?

La perdí de vista en medio del caos, cuando todos los días eran imprevisibles. Mi hermano y yo dormíamos en sofás, lo cual nos divertía. De pronto e inexplicablemente, apareció una mujer de mediana edad para impartirnos lecciones de inglés. Creo que vino un par de veces, y lo poco que nos enseñó fue tan absurdo, que aun hoy me entran ganas de reír por lo afectado de las clases.

Las lecciones se interrumpieron de forma tan repentina como empezaron, y luego nos trasladaron a la casa de mi otra abuela, que tenía un piso enorme en Kurfürstendamm, con muchas habitaciones libres. Hubo momentos de mucha tensión. La niñera se mudó con nosotros y se peleó a gritos con mi abuela, una mujer con aires de duquesa que me fascinaba. La revolución flotaba en el ambiente. Mi madre llegó para tratar de calmar los ánimos y desapareció igual de rápido que había llegado y sin siquiera saludarme. La vida era sin duda extraña, pero sobre todo lo eran los adultos. Yo nunca había visto a adultos peleándose. Para mí era impensable la sola idea de que alguien faltara al respeto a mi abuela, una mujer majestuosa que tenía un Mercedes con chófer y amplios salones repletos de muebles de otra época, vestidos de seda negros y una servidumbre algo adusta que, al igual que ella, parecía incapaz de ponerse a la altura de un niño para hablar, y mucho menos para jugar. Y que ese alguien fuera mi niñera, una mujer serena y retraída por lo general, me asombró más todavía.

* * *

Un día, al fin, nos llevaron a casa, donde sufrí la impresión de mi vida. Nadie había avisado de nada, así que mi estupefacción me hizo

prestar escasa atención a mi padre. Apenas reparé en lo delgado que estaba, o en que había perdido buena parte del pelo. En nuestro enorme salón, donde solía haber la mesa de comedor en un extremo, los sillones en otro y una amplia alfombra persa tendida como un mar oriental entre dos archipiélagos, apenas quedaban muebles aparte de una estantería, un escritorio y poca cosa más.

Mi padre contempló con sumo regocijo mi reacción de asombro.

«Así es —dijo—, nos vamos a Inglaterra».

La sensación de anormalidad, la sensación de que nuestras vidas se desmoronaban que parecía haberse desencadenado la última vez que había visto a Edith esperándonos de pie, alerta, con el uniforme blanco y negro, empezaba a cobrar fuerza.

* * *

Las labores de embalaje, iniciadas durante mi ausencia, no habían terminado. Sobre el suelo de parqué de la sala de estar aparecieron grandes cajas de mudanzas. Edith y mi madre envolvían la porcelana y el cristal, en su mayor parte objetos de gran valor. Me hicieron escoger los juguetes que deseaba conservar. Mi madre dijo que, aunque la casa de muñecas era demasiado grande, podía llevarme el mobiliario en miniatura. Seleccioné mis libros preferidos y dejé atrás aquellos que me habían regalado en la época escolar, fugaz y malograda, impresos en una extraña tipografía alemana que de poco iba a servirme, pues no volvería a aprender a leerla ni a escribir con ella, salvo mi nombre. Al parecer, había pasado la mayor parte de mi breve etapa escolar dibujando meticulosos garabatos en forma de S con una pluma estilográfica.

Había muchas cosas que comprar. Nos llevaron a una tienda de confecciones infantiles que había en nuestra calle, Arnold Müller, un lugar magnífico con un salón de exposiciones en la primera planta. Era uno de esos sitios con sofás donde sentarse, mientras refinados dependientas sacaban los artículos. Recuerdo que mi

hermano y yo salimos de allí con sendos abrigos de *tweed* que picaban y eran incómodos y, que yo recuerde, no llegamos a usar nunca. Quizá mi madre juzgó mal el clima británico, o el estilo de los ingleses. Fuera como fuere, toda la ropa que me compraron en Alemania para el caso resultó ser un motivo de vergüenza: mis primeras compañeras de clase en la escuela de primaria inglesa me miraban como un bicho raro y no tenían reparos en decírmelo.

En días normales solía hacer breves salidas con mi madre, por ejemplo, para comprar fruta y verduras en un mercado al final de la calle, en la Wittenbergplatz. Pero un día me dijo que tenía que gastarme todo el dinero de la paga, porque no podía llevármelo a Inglaterra; para ello, me acompañó a una tienda de golosinas. Creo que fue entonces cuando me dijo que, puesto que no podríamos llevarnos a Inglaterra el dinero que teníamos, al salir de Alemania seríamos muy pobres. Parecía muy contenta con la idea. La pobreza inminente se nos recalcó mucho a las dos. Mi hermano, que entonces tenía cuatro años, solía quedarse en casa cuando mi madre y yo salíamos a comprar de improviso y no se había gastado su paga. Deseoso de ayudar, el día que partimos subió al avión con sus pocos *pfennings* escondidos.

Aunque no entendiera qué estaba ocurriendo ni por qué, guardo en lo más profundo de mi memoria el recuerdo de dos visitas mucho más serias —y, dada la época, más misteriosas para mí— en las que participamos toda la familia. Tenía muy presente que la primera era de crucial importancia, pues mi padre se cuidó de recalcármelo cuando nos dirigíamos al lugar en cuestión. En un tono solemne poco habitual en mi padre, me advirtió de que fuera buena. Sin movernos, los cuatro esperamos sentados en un pasillo de cemento gris, sin decir ni una palabra. Al fondo del pasillo, detrás de unas puertas cerradas, se oían voces masculinas que hablaban a gritos y retumbaban en las paredes. Después de lo que parecieron horas (medidas en latidos) nos hicieron pasar a una sala donde había un camisa parda con brazalete rojo y botas altas sentado sobre una tarima. Aquello podía haber sido otra escena kafkiana sacada de *El proceso*. Mi familia y yo estábamos sentados en un banco, a una

altura más baja. Yo miraba, mis padres mantenían la cabeza gacha. El soldado de las tropas de asalto revolvió unos papeles y nos gritó unas preguntas sin mirarnos. Mi padre contestó con monosílabos. El camisa parda estampó un sello de goma y nos dejaron marchar.

No me atreví a preguntar nada. Al salir en silencio de aquel siniestro edificio, me di la vuelta en la vega para dar una última mirada. Era una fachada ancha y gris de muchas plantas con muchas ventanas, todas del mismo tamaño.

Nos habían concedido permiso para salir de aquel país aterrador. Para poder hacerlo habíamos tenido que pagar una suma considerable.

* * *

Luego hicimos una visita muy distinta a una casita acogedora cerca del Tiergarten que conservaba todavía una atmósfera hogareña. Había hileras de sillas en el vestíbulo, todas ocupadas por personas en silencio. El suelo era de baldosas blancas y negras. Desde donde yo estaba sentada veía, en un rellano al final de unas amplias escaleras que ascendían, un ventanal por el que entraba una luz natural clara. Nadie subía las escaleras, nadie las bajaba. Al poco rato nos hicieron pasar a un cubículo minúsculo situado debajo de éstas que hacía las veces de oficina. Tras una mesa imponente había sentado un hombre delgado con un traje de civil, que alzó la vista cuando los cuatro nos aproximamos a la puerta abierta y nos recibió con una sonrisa amistosa. Sé que sonreía por nosotros, los niños. A esa edad dividía a la especie humana entre quienes sonreían a los niños y quienes no. Hacía poco que estudiaba los rostros de las personas: me había vuelto más observadora. Estaba creciendo de forma rápida y repentina.

En aquel edificio monolítico controlado por la Gestapo habían sellado nuestro visado de salida. Mi padre había pagado un precio alto —no sólo en dinero— por el privilegio de salir del país en el

que todos habíamos nacido. Ahora, en aquella casa acogedora, iban a aprobar nuestro visado británico. Este llegó estando mi padre enfermo, después de salir de Dachau. Si mi padre no hubiera enfermado, en aquel momento habríamos estado a bordo del barco rumbo a Bangkok.

Creo que es justo resaltar que aquel visado, valioso como era para personas en grave peligro, sólo se concedía si se cumplían unas condiciones económicas considerables. Por suerte mis padres disponían de dinero, además de unos ahorros en un banco británico. Asimismo, todo inmigrante judío debía tener un padrino. En nuestro caso era un Rothschild. No era nada personal, sino que venía con el lote.

* * *

¿Y dónde estaba Edith entretanto? Para ser franca, no sé exactamente cuándo salieron de nuestro apartamento por última vez ella y la niñera. Me figuro que mi madre lo organizó todo de manera que pudieran salir con discreción, en ausencia de los niños, para evitar lágrimas y disgustos innecesarios. Suficiente pena había en el ambiente. Mis abuelos me colmaron de recuerdos, joyas que sobrevivirían a mi infancia y un sello de goma con mi nombre, con el nombre recibido al nacer, en una lustrosa cajita de metal que ha resistido el paso del tiempo.

A veces imagino a Edith de pie como aquel día en la parada, al fondo, mirándonos, mientras salíamos del edificio por última vez, pero sé que no fue así. La pesada puerta de casa, con tanto pasador y pestillo, se cerró con gran estruendo la última vez que la cruzamos, dejando atrás espacios vacíos y desolación. Sólo recuerdo el nerviosismo de mi padre, su prisa por marcharse, y mi angustia al entender que iba a perder a mis abuelos para siempre. Sólo recuerdo los dos coches negros con chófer detenidos en la calle: el primero tenía la puerta abierta y nos estaba esperando, el segundo llevaba a

mis dos abuelas, a mi abuelo y a mi tía. Sólo recuerdo que los coches arrancaron lentamente, y que mi madre iba sentada con la cabeza baja para no mirar, para no ver por última vez aquella calle familiar. Era suficiente para que una niña de mi edad asimilara lo que estaba sucediendo y pudiera recordarlo.

3

El éxodo de los judíos alemanes empezó en 1933, cuando Hitler llegó al poder. Quienes emigraron casi de inmediato fueron previsores, aunque no lo suficiente en muchos casos. Por ejemplo, el hermano pequeño de mi padre, Gert, se estableció en Londres en 1933, mientras que su hermana Margot emigró a París con su familia ese mismo año. Pero Francia no fue una buena decisión, por lo que en 1940 toda la familia tuvo que ocultarse en la campiña de la Dordoña. Todos sobrevivieron, pero la familia no lo supo hasta principios de otoño de 1944, cuando mi padre consiguió ir a París como miembro del ejército británico y visitó el apartamento de su hermana. Al no encontrarla, tuvo que ganarse la confianza del portero para que le contara la verdad. Otros, como la familia de Ana Frank, partieron pronto de Alemania, pero escogieron Holanda con trágicas consecuencias.

Muchos creyeron que la locura del nuevo régimen no duraría mucho y prefirieron resistir y esperar tiempos mejores. Cada año que pasaba, la posición de los judíos empeoraba, así como la situación internacional. El programa de rearme nazi era agresivo, y sólo podía tener una única consecuencia. Quienes intentaron «escaparse» peligrosamente tarde (sobre todo tras la Noche de los Cristales Rotos, cuando cundió el pánico) sabían que debían irse lo más lejos posible. Ni siquiera Inglaterra, por conveniente que fuera, parecía el destino más seguro.

Llegamos en marzo de 1939, pero días antes de declararse la guerra, a finales de agosto, mis padres nos llevaron a Escocia para

alojarnos en casa de unos conocidos con la convicción de que Gran Bretaña sería atacada inmediatamente. Por fortuna se equivocaban, pero eran recelos justificados, dado que venían de Alemania y habían sido testigos de los afanosos preparativos para la guerra. Hasta los niños sabíamos que estaban fundiendo metal para hacer armas, y yo misma había vivido la experiencia de la primera sirena antiaérea el verano de 1938 (aunque sólo fue un simulacro). El canal de la Mancha era una buena defensa, pero no era muy ancho.

Estados Unidos había sido el primer destino elegido por aquellos judíos perseguidos en épocas anteriores, y también lo fue en aquella época. Era un país seguro, pues quedaba fuera del alcance de Hitler. Años más tarde, mi madre me contó que aquellos que solicitaban visados para ir a Estados Unidos llegaban a pelearse por los formularios que había que rellenar, papeles que nada prometían. Y es que, pese a la promesa de la Estatua de la Libertad y el vastísimo territorio, Estados Unidos tenía un estricto sistema de cupos de inmigración y hacía caso omiso de lo que empezaba a ser una innegable emergencia humanitaria. Los cupos se basaban en los orígenes étnicos de la población existente, por lo que, en cierto modo, los judíos alemanes tuvieron suerte. En el siglo XIX muchos alemanes habían emigrado a América e, independientemente de las creencias de Hitler, un judío alemán seguía siendo alemán de nacionalidad.

Ahora bien, dada la situación desesperada de los últimos años de la década de 1930, el cupo era sencillamente insuficiente. Hubo quien se fue de Alemania y buscó destinos temporales mientras esperaban su turno. Entre éstos, unas mil personas obtuvieron visados a Cuba y luego alquilaron un trasatlántico que debía llevarles a ese supuesto viaje de placer, pero en realidad se trataba de una artimaña para intentar salir de Alemania a toda costa. Cuando Cuba se negó a aceptar los visados, el barco se quedó frente a la costa de Estados Unidos durante semanas, y las autoridades estadounidenses se mantuvieron firmes en su postura de no permitir atracar el barco. Al final, el gobierno británico se ofreció a acoger a parte del pasaje, siempre y cuando otros países europeos hicieran otro tanto. Entre

los desafortunados que no fueron a Gran Bretaña, muy pocos sobrevivieron a la guerra. Llegué a conocer a la pasajera más joven que iba en ese barco infausto; entonces era una niña pequeña, y hoy no recuerda nada de Alemania. Pero recuerda bien cómo su padre le soltó la mano y la empujó mientras él y su madre eran detenidos. Sobrevivió a la guerra gracias a la amabilidad de unos desconocidos franceses que la criaron. Irónicamente, tenía una tía en América que la reclamó tras la guerra, así que también perdió a sus padres adoptivos.

De todos los judíos que ansiaban emigrar de la Alemania de Hitler, sólo un diez por ciento consideró la alternativa de Palestina a pesar de los considerables incentivos de ambas partes, resultado de la connivencia entre nazis y sionistas. Los nazis querían deshacerse de sus judíos, y los sionistas vieron una ocasión perfecta para reclutar a gente en aras de una causa que nunca había gozado de popularidad.

No es de sorprender que tan pocos lo solicitaran. Los judíos alemanes estaban muy integrados en su país y se consideraban europeos. Muchos eran laicos, y los matrimonios entre judíos y los llamados arios eran muy corrientes (hecho que daría quebraderos de cabeza al régimen en su intento de «purificar» la raza alemana). Por otra parte, los judíos de Alemania eran un pueblo acomodado a las costumbres urbanas y, por tanto, con poco espíritu colonizador. Buena parte de ellos eran cultos, habían ejercido como médicos o abogados o habían participado en actividades artísticas, editoriales o comerciales. Un caso ilustrativo es el de mi abuela paterna. Era viuda y vivía en un apartamento enorme en la avenida Ku'damm de Berlín; su hermana, en cambio, se había casado con uno de los hermanos Wertheim, fundadores de los prósperos grandes almacenes homónimos, por lo que la fortuna de esta parte de la familia era muy superior. Dudo que a mis primos Wertheim les costara entrar en Estados Unidos, donde siguen multiplicándose.

Algo que también disuadía a los judíos alemanes de considerar la posibilidad de Palestina era que sabían leer.

Compraban periódicos y estaban al corriente de que Palestina no era, como aseguraba la propaganda, «una tierra sin pueblo para un

pueblo sin tierra». Al contrario, allí ya vivían personas: los árabes. El conocido escritor y periodista Walter Laqueur, oriundo de Breslau, contaba en sus memorias que, tras haber sido aceptado como estudiante en Jerusalén, sé le concedió un certificado de inmigrante. En el «Departamento de Juventud» habló con un emisario que había estado en Palestina unos años antes y que había regresado de allí con un pasaporte palestino para ejercer de orientador a los jóvenes con el objeto de prepararlos para la vida en un kibutz. Y es que muchas instituciones educativas judías estaban preparando a sus alumnos para la vida en el campo y no en la ciudad. Walter Laqueur le preguntó por la lucha en Palestina, ya que los periódicos alemanes se hacían eco de noticias sobre los insurgentes árabes que estaban tomando el país. El emisario respondió que las noticias exageraban y que, en todo caso, los árabes no estaban a la altura de los británicos, ni de los judíos.

La experiencia de Laqueur en Jerusalén en 1938 es, según sus propias palabras, poco «alentadora». Tenía el aspecto y el ambiente de una ciudad oriental: casas pequeñas a menudo en ruinas, calles polvorientas repletas de comerciantes que anunciaban sus mercancías y asnos que rebuznaban. Entre las casas había espacios abiertos donde se tiraba la basura, apenas se veían árboles y no había hierba. Jerusalén estaba dividida por orígenes étnicos: los árabes en el casco antiguo, los judíos ortodoxos en otros barrios, y los judíos procedentes de países orientales en distritos. Rehavia, en cambio, era un barrio de clase media, residencial y ajardinado, de la afueras, habitado sobre todo por judíos alemanes. Tenían jardines pequeños y muchos árboles. A menudo poseían un piano de cola, leían a Goethe y tocaban a Schubert.

En conjunto, la población provenía de todo el mundo y conservaba una variedad abrumadora de lenguas, indumentaria y costumbres. Pero por mucha antipatía y recelo que hubiera entre estos grupos, los unía el odio a los *yekkes*, como llamaban a los judíos de Alemania. Dé 1933 en adelante también solían llamarlos «sionistas de Hitler», por considerarlos gente que había ido a Jerusalén sólo para salvar el pellejo y no por profunda convicción

sionista. Algunos de ellos incluso aspiraban a entablar relaciones amistosas con los árabes, lo cual iba en contra de todo instinto sionista.

Muchos de esos «sionistas de Hitler», entre ellos Laqueur, abandonaron Palestina en cuanto fue seguro hacerlo, tras la derrota de Alemania en 1945.

* * *

El ascenso de Hitler al poder fue una oportunidad única que los sionistas aprovecharon para fomentar su causa. Los pogromos siempre les habían permitido prosperar, pero aquél no tenía parangón, no tenía precedentes. Durante mucho tiempo, para los judíos pobres de Europa del Este Alemania había sido la tierra de las oportunidades, y quienes se habían establecido habían medrado, pero quizá demasiado para un país que atravesaba una mala etapa que podía desembocar en una reacción violenta. Y los judíos resultaron ser un chivo expiatorio oportuno.

Hubo una diferencia significativa entre esta oleada de potenciales inmigrantes a Palestina y los *aliyas* anteriores. A diferencia de los inmigrantes del Este, los judíos alemanes tenían dinero y propiedades con los que podían ayudar a la causa sionista. La idea de hacer un pacto con el Diablo no tardó en florecer, aun cuando a algunos colonos judíos les incomodaba la idea de hacer negocios con los nazis. Con todo, al final no dudaron en poner en práctica esa idea.

La consecuencia de tales negocios fue el acuerdo de Haavara (o acuerdo de «transferencia»), y las negociaciones se iniciaron a principios de 1933. Aunque los detalles del acuerdo se modificaban cada cierto tiempo, en esencia la Haavara se llevaba a cabo a través de empresas establecidas en Alemania y Palestina. Antes de salir de Alemania, los emigrantes judíos depositaban su capital en una empresa fiduciaria alemana, que empleaba el dinero para pagar a los

proveedores alemanes las mercancías destinadas a exportarse a Palestina. Aquellos que habían pedido mercancías a Alemania desde Palestina transferían sus pagos a una empresa fiduciaria local, que a su vez devolvía el dinero a los judíos que, entretanto, llegaban de Alemania. Era un sistema complejo, pero beneficiaba a todos los partícipes. Los nazis se deshicieron de algunos de sus judíos y sortearon los boicoteos internacionales. El movimiento sionista ganó nuevos colonos que, a su vez, huyeron de Alemania con más capital del que habrían podido conservar en otras circunstancias.

Este sistema se mantuvo hasta mediados de la Segunda Guerra Mundial y nunca estuvo exento de polémica. Permitió ayudar a unas veinte mil personas y transferir treinta mil dólares de Alemania a Palestina. Los inmigrantes debían esperar mucho tiempo para poder disponer de su dinero, y perdían un 35 por ciento de éste. Tal vez los *yekkes* despertaran antipatías por su actitud de superioridad y su rechazo al nacionalismo agresivo, del cual ya habían visto suficiente en su país de origen, pero el dinero que llevaron a Palestina contribuyó a la causa sionista, que en ocasiones, y no pocas, había dependido de las obras benéficas de judíos europeos adinerados.

Después del Anschluss, se responsabilizó a Eichmann de deshacerse de los judíos de Austria. Este llegó al extremo de visitar Palestina, recomendar encarecidamente el destino a los judíos que salían del país y, de paso, aprovechar la circunstancia para extorsionar 5.000 Reichsmarks por individuo, la suma requerida para un visado de salida.

Pese al Haavara y pese a la situación cada vez más desesperada de los judíos europeos, los sionistas no pretendían acoger a cualquiera en Palestina. Querían a los jóvenes, a los sanos y a los fuertes. La vida allí era dura y exigía un buen estado físico. En ocasiones se quejaban del «material» que les enviaban. No podían hacerse cargo de enfermos y ancianos. Tres años después del ascenso del partido nazi al poder, cuando ya se vislumbraba una guerra mundial en el horizonte, se creó en Palestina un fondo especial para financiar el regreso a Europa de los judíos con enfermedades incurables, con el pretexto de que aquellos inmigrantes eran un

lastre para la comunidad. A finales de 1936, este fondo ya había organizado el regreso de varias docenas de inmigrantes.

Y es que sionistas y nazis tienen más en común de lo que se suele reconocer.

* * *

La «segunda diáspora» llegó a su fin cuando en septiembre de 1939 se desencadenó la guerra, si bien hasta 1941 siguió habiendo mi flujo exiguo pero constante de judíos que conseguían salir de Alemania. Algunos acabaron en Sudamérica, otros en el Lejano Oriente. Shanghai era uno de los destinos que no requerían visado de entrada, pero no gozaba de buena fama.

¿Quién quedó, pues, cuando el éxodo se interrumpió? Básicamente los pobres, los ancianos y las solteras, pues difícilmente disfrutaban de independencia económica y, por consiguiente, no eran admitidos en aquellos países dispuestos a acoger a refugiados. Edith era pobre y soltera. Por extraño que parezca, Gran Bretaña, donde escaseaban sirvientas domésticas, admitía a mujeres con permisos domésticos, pero la mayor parte de las que entraron como tales eran, al parecer, de clase media. La hermana mayor de mi padre fue una de ellas.

La tía Lotte era una excéntrica entrañable que había rehuido el matrimonio para dedicarse a la música y la pintura. Vivía en el enorme apartamento de mi abuela, y cuando mi hermano y yo tuvimos que quedarnos allí la temporada que mi padre enfermó tras su paso por Dachau, también se había aficionado a la fotografía. Había convertido una de las salas en un estudio, donde sacaba retratos muy compuestos de mi hermano y de mí. En uno aparezco con mi mejor vestido, acunando a mi muñeca preferida, y tengo el pelo tan liso y bien peinado que no parece natural.

La cuestión es que Lotte aguardó hasta el último momento para salir de Alemania y reunirse con sus hermanos en Londres. Llegó en

el verano de 1939. Como era de esperar, su equipaje quedó atrás, pero recuerdo la reunión familiar como un momento de gran alegría. Era junio, lucía el sol, y reíamos o no sabíamos qué decir. Lottchen tenía una risa extraordinaria, y lo mejor de todo es que era capaz de reírse de sí misma y, a los demás, su comportamiento nos parecía divertido, lo cual no era raro, dada su excentricidad. Que Lottchen hubiera entrado en el Reino Unido con un permiso doméstico sin haber hecho una cama en su vida o sin saber hervir un huevo era cuando menos motivo de hilaridad. Encontró una habitación amueblada en Oxford, después de decidir que era el único lugar con un nivel intelectual a la altura del suyo, y sobrevivió la guerra dando clases de piano. Venía a vernos con frecuencia a Londres, pero casi siempre debía regresar a Paddington porque dejaba allí la maleta.

En cambio, las personas como Edith carecían del conocimiento, la experiencia y los medios para salir de Alemania. Dudo siquiera que pensara en esa posibilidad. Edith sabía buscar cosas y traerlas y obedecer instrucciones sencillas, pero apenas sabía leer y escribir. En su estrecho cuarto de la Tauenzienstrasse no había libros, ni siquiera novelas románticas o de misterio, y nunca la vi leer un periódico. Las personas como ella, criadas en los orfelinatos de principios del siglo XX, no adquirían más que nociones básicas de lectura, escritura y aritmética. Así que estaba más que predestinada a ser sirvienta.

A diferencia de mi tía Lotte, Edith aprendió a hacer la cama casi en cuanto aprendió a andar, pues eso se esperaba de ella. Cuando salió del orfelinato, sabía cómo hervir un huevo sin agrietarlo, cómo preparar las verduras para cocinarlas, cómo planchar camisas y blusas sin chamuscarlas, y toda esa clase de cosas. Puede que estos conocimientos no fueran a aportarle grandes ingresos, pero le asegurarían un techo bajo el que vivir. En tiempos de gran incertidumbre económica, en Berlín aún había, al parecer, bastantes personas que no habían perdido todos sus ahorros con la hiperinflación y que todavía consideraban la presencia de una criada en casa como una necesidad. Este fue el caso de mi abuela paterna. Había invertido su dinero en propiedades. Mi padre contaba que él mismo pasaba a recoger las rentas de los inquilinos a diario, ya que

el precio subía de hora en hora, o casi, como el de todo lo demás. Mi madre se gastó sus primeros sueldos (ganados trabajando en un estudio de diseño escénico) en cuanto se vio con poder adquisitivo suficiente para comprar a tontas y a locas. Al igual que muchas jóvenes de su época, vivió en casa de sus padres hasta contraer matrimonio con mi padre.

* * *

Desde la óptica y las expectativas de la época, antes de 1933 Edith disponía de las aptitudes necesarias para sobrevivir. El día que salió del orfelinato e hizo frente al mundo, nadie habría imaginado que necesitaría mucho más para sobrevivir en los años que vendrían.

4

Cuando Edith decidió venir a Londres con nosotros casi una década después de vernos por última vez, ¿qué esperaba encontrar? Dudo que le diera muchas vueltas al asunto. Sola, desarraigada e infeliz como se sentía, creo que la abrumó lo mucho de menos que echaba el pasado, la última vez que se había sentido satisfecha y segura, y parte de una familia que siempre la había tratado bien.

¿Y cómo era en realidad esa familia del último piso de aquel edificio de la Tauenzienstrasse? Era una pareja joven, bondadosa y, para la época, informal. Mi padre era un hombre extrovertido que adoraba jugar con sus hijos y correr de acá para allá con ellos. Aunque no había recibido educación musical, le gustaba mucho cantar, ya fuera Schubert o la última canción de moda, y a veces le daba por tocar una armónica Hohner, aunque sólo fuera para enseñarnos cómo dominar las nuestras. Una vez adquirió un acordeón de piano con el objetivo inicial de llevarlo al barco amarrado en el Havel, pero desapareció de la vista casi tan pronto como apareció por casa. *Herr* Unger a menudo estaba fuera por negocios como representante comercial de varias empresas textiles británicas de prestigio. Cuando estaba en casa, Edith tenía más trabajo, sobre todo en la cocina. A mi padre le gustaba comer; era una suerte de tirano con las comidas, y mi madre consideraba que su deber más importante como esposa era servirle su plato preferido, que tenía que estar preparado a la perfección. Así que en estos casos siempre se ocupaba de la cocina, y Edith y la asistenta se limitaban a ayudarla fregando cacerolas y buscando y trayendo cosas.

Mi madre era mucho más tranquila que mi padre. Ahora creo que era una mujer cohibida. No participaba nunca en los correteos y juegos de los domingos en el dormitorio principal; se limitaba a mirar en silencio con una tímida sonrisa. A la hora de dormir, mi padre solía cantarme canciones de un cancionero ilustrado, mientras yo estudiaba los dibujos, tratando de cantar también. Cuando le tocaba a mi madre, nos leía un cuento. El preferido de las dos era uno sobre una niñita preciosa y sus travesuras, publicado en 1906, de modo que seguramente se remontaba a su propia infancia. Claro que había otros cuentos (Hans Christian Andersen, Pinocho), pero tarde o temprano siempre acababa leyendo Appelschnut, cuyo verdadero nombre era Roswitha.

A diferencia de mi padre, mi madre no era muy dada al contacto físico. No recuerdo que me diera nunca un beso de buenas noches. Mi padre, en cambio, fingía ser un tigre que quería comerme, y me hacía chillar y reírme. Además de no dar abrazos, mi madre estaba obsesionada con la higiene. El cuarto de los niños tenía que ser una zona exenta de gérmenes, y para entrar siempre se ponía una bata blanca. Cuando yo enfermaba, mi madre parecía una enfermera adusta. Ventilaba la habitación, administraba la comida, la bebida y la medicación escrupulosamente, a las horas exactas y con las dosis correctas. Lo que no hacía nunca era quedarse para hacerme compañía, aunque sólo fuera un rato. Así que no es de extrañar que recuerde bien mi habitación: la madera blanca y las rosas rojas del papel de la pared, que ascendían en diagonal hasta el techo. Recuerdo la persiana verde agitándose; la muletilla de roble al final de la cuerda de la que tiraba desde mi cama cuando no podía dormirme después de comer. Pero recuerdo sobre todo estar pendiente de los pasos de mi madre al cruzar el pasillo al otro lado de la puerta de vidrio esmerilado, esperando en vano a que entrara.

Debió de ser una buena patrona, pues de lo contrario Edith no habría querido regresar después de tantos años. De hecho, tengo la certeza de que lo fue. Nunca la oí levantar la voz con enfado ni la vi perder la paciencia. Y una imagen que me quedó grabada confirma que Edith no se equivocaba al sentirse parte de la familia. De las

únicas Navidades alegres que recuerdo (que debieron de ser las de 1937), guardo la imagen de mi madre entregando un regalo a Edith desde la gran mesa, junto al árbol. Era una ocasión muy familiar. Mi abuela, la que vivía en la avenida Ku'damm, estaba presente; así como mi tío Gert, que había venido de Inglaterra. El hecho de que Edith estuviera con nosotros durante las festividades significa que se consideraba parte de la familia. Y que mi madre era consciente de que no tenía adonde ir. En cambio, recuerdo que la niñera se quedó el tiempo justo para vestir a los dos niños para la velada, y luego desapareció.

* * *

En ocasiones me pregunto en qué clase de persona me habría convertido si la historia no hubiera dado un giro tan anormal, si hubiera crecido en Berlín como una niña adinerada, privilegiada. Alguna vez me he sentado media hora en un café de Charlottenburg pensando en ello y observando el tráfico. No hay una respuesta evidente. Supongo que habría encontrado la manera de rebelarme contra las normas familiares, contra las expectativas de mi clase. La cuestión de si me habría hecho escritora es más difícil, porque lo que más contribuyó a animarme a seguir ese camino fue el repentino cambio de lengua a una edad temprana. Recuerdo un momento en particular en otoño de 1940, cuando una profesora me habló en inglés y, de pronto, me di cuenta de que comprendía lo que decía, y *lo entendía todo*. Esta circunstancia despertó en mí una fascinación por la lengua que jamás me ha abandonado.

Es imposible saber si la guerra y las pérdidas familiares me afectaron más que a otras personas. Sé que la proyección de noticiarios de Belsen en abril de 1945 me cambió para siempre y que nunca volvería a ser la misma persona. Y como el acontecimiento coincidió con mi primera menstruación, siempre he asociado esa visita al cine Odéon con la menarquía, con el paso de niña a mujer.

Lo cierto es que sería una asociación desafortunada, pues en adelante siempre relacionaría mi ciclo menstrual con una herida recurrente condenada a no sanar jamás.

En cuanto a mi apariencia, era bastante normal para mi edad. Me apasioné por el «new look» y escandalicé a los profesores al llegar a clase con una falda larga hasta el tobillo. En esa época no había adolescentes en Gran Bretaña, y cuando una chica norteamericana con la que trabé amistad por correspondencia me envió un pintalabios rojo y el esmalte de uñas a juego, mi padre se horrorizó y me dijo con firmeza que aquello era para fulanas, puede que para novias también, pero no para esposas ni hijas. Mi madre dijo que yo era *backfisch*, ni carne ni pescado, ni niña ni mujer, sino algo intermedio. Así que mi primer pintalabios, que ella se encargó de comprar, era del color rosa más pálido posible.

Claro que eso era sólo en apariencia. Tras años de austeridad, de pronto la moda era algo divertido. Sin embargo, las imágenes que había visto en el cine Odéon esa tarde de abril hicieron que mi perspectiva del mundo cambiara para siempre. Y no sólo a causa de la pérdida personal. Mi opinión sobre la raza humana había cambiado por completo.

Mi padre dijo una vez que le recordaba a una hermana suya que se suicidó años antes de nacer yo. Tenía tendencia a «tomarme las cosas demasiado en serio». Quizá sólo fuera la inhibición de la adolescencia, pero mi sensación era que los demás también se daban cuenta de ello. Cuando me miraba al espejo, lo veía reflejado en la solemnidad de mis ojos oscuros. Y creía que otras personas lo veían también, y que se apartaban de mí por vergüenza.

Mis notas traslucen esta línea divisoria. Durante los tres o cuatro primeros años de colegio me reñían por hablar por los codos y por no prestar atención en clase. En cambio, más adelante me deleitaba con mi facilidad para escribir redacciones en inglés en cualquier estilo, a menudo falso, y obtener, con todo, buenas notas. Adquirí buena parte de mis conocimientos en la biblioteca pública, donde buscaba metódicamente libros en las estanterías de adultos sin saber que debía limitarme a la sección infantil. En la escuela, a menudo

mantenía un libro abierto bajo el pupitre cuando la clase me aburría.

Aun así, bajo aquella confianza indiferente había una niña que no era ni carne ni pescado, con una herida que no curaba. Lo cierto es que esto precisamente me permitió entender por qué Edith había querido volver con nosotros.

Dicen que a los hombres les afecta menos el trauma de un desplazamiento o de una pérdida. Es una teoría interesante, desde luego, pero en el caso de mi hermano, sencillamente creo que era demasiado pequeño. Cuando empezó el colegio a los cinco años en septiembre de 1939 ya estaba completamente adaptado, hablaba un inglés nativo y hasta era capaz de no aspirar las haches como el mejor británico. Lo cierto es que era demasiado bueno para convertirse en uno de ellos, así que, al regresar mi padre del ejército, empezó a asistir al internado Highgate School como alumno externo. Mi madre quería que recuperara la clase social a la que pertenecía y que, si era posible, se hiciera médico. El inglesito de colegio privado recibió a Edith con la sonrisa con hoyuelos de toda la vida, pero apenas hablaba alemán.

En cuanto a mi padre, quizás era el que menos había cambiado de todos. Al haber pasado la guerra en el cuerpo de zapadores (compuesto por otros refugiados de Austria y Alemania), estaba curiosamente aislado de la realidad cotidiana inglesa. Cuando no estaban de servicio, entre ellos hablaban alemán y jugaban a juegos de cartas alemanes. Al resto de la familia nos hacía gracia que, habiendo llegado como el único miembro que hablaba un mínimo de inglés, se hubiera rezagado. Así que *herr* Unger seguía siendo el mismo. En todo caso, él no solía tratar con las criadas. Eso era cosa de mujeres. Mi madre, en cambio, era quien más había cambiado, si bien sólo era evidente para el círculo familiar más inmediato. Y cuando Edith volviera a formar parte de éste, lo sufriría en sus propias carnes.

* * *

En principio aquélla era la mejor época de nuestras vidas. Eran tiempos de reconstrucción y esperanza. Cierto es que la austeridad imperaba todavía, pero también el optimismo y la ausencia de miedo. Aquellos placeres con los que mi generación sólo podía soñar eran de pronto una posibilidad. Entre otros, irse de vacaciones al extranjero pese a las severas restricciones de divisas; los teatros del West End, que se inauguraban con alegres musicales norteamericanos sobre *cómo* el maíz de Kansas iluminaba el lóbrego mundo de la ciudad londinense de posguerra; el brillo y esplendor de Covent Garden en ocasiones especiales; o Margot Fonteyn bailando *Cenicienta* el día de mi cumpleaños. Las películas de guerra pasaron de moda y llegó el «new look», que haría ultrafemeninas a las mujeres. Hacía tiempo, desde la Primera Guerra Mundial y la emancipación femenina, que las faldas no eran tan largas y amplias y las cinturas tan estrechas. Hasta era posible comprar champú un viernes por la noche en vez de usar escamas de jabón.

De niña, mi madre quiso asistir a la escuela de arte; su padre accedió con la condición de que también aprendiera corte y confección como oficio de emergencia. Esta decisión fue muy útil durante la guerra, ya que de pronto empezó a estar muy solicitada para arreglar vestidos o adaptar prendas a partir de retales. A menudo las vecinas aparecían por casa para que les tomara las medidas; parecía que mi madre se hubiera pasado media vida con alfileres en la boca, ajustando dobladillos. Por suerte, habíamos traído de Alemania una máquina de coser eléctrica. Con ésta no sólo ayudaba a las vecinas, sino que al parecer disfrutaba de lo lindo convirtiendo a su hija rebelde y difícil, criada a la sombra de una guerra, en una joven consciente de su indumentaria. Así que, a pesar del racionamiento, siempre tenía un vestido de fiesta que ponerme para el baile de fin de curso. Debo reconocer que no siempre se lo agradecía y que encontraba defectos, como ocurre con las niñas. Pero también aprendí a coser, y mi madre remataba las partes difíciles.

Creo que en cierto modo la animaba el hecho de que estaba resultando ser una niña normal pese a mi afición a los libros. El gran

temor de mi madre, como descubriría años después, era que acabara siendo una excéntrica como mi tía Lotte, y que con el tiempo no cumpliera lo que se esperaba de las niñas de mi época: que me casara y formara una familia.

* * *

A decir verdad, mi madre y yo combatimos nuestra propia guerra entre 1939 y 1945. Como mi padre siempre estaba fuera de casa con el cuerpo de zapadores, y habían mandado a mi hermano a un internado de Hampshire porque mi madre no «podía» con él sin un hombre en casa, pasé buena parte de la guerra (aparte de un feliz y dichoso año de evacuaciones) sola con ella en un pisito de las afueras de Kingsbury, al norte de Londres. Al principio se deprimió, pero luego empezó a resentirse más por la situación general y, de una forma o de otra, me lo hacía pagar a mí porque no había nadie más en casa. De vez en cuando reprochaba a mi padre que se marchara y que ella tuviera que cargar con todo sola. A mí me culpaba de ser un incordio por no ayudarla bastante, por no fregar bien el suelo o por no lavar más platos. «No me gusta tu actitud», solía decirme cuando, después de no conseguir nunca hacer las cosas como ella esperaba, me volví malhumorada e indiferente.

Antes de ser destinado a Normandía, mi padre venía, a casa con permisos de fin de semana, pero éstos se iban al traste por las quejas de mi madre sobre mi comportamiento. Los oía hablar en el baño, y luego mi padre salía y me daba una charla sobre cómo debía ayudar a mi madre. Yo protestaba y decía que lo intentaba, y era la verdad. Me dio por comprarle regalos con la paga semanal y, cuando se me agotaba, con dinero que cogía del escritorio. Pero no sirvió de nada. En vista de que era incapaz de ganarme su cariño, creo que acabé odiándola. Creo que acabamos odiándonos la una a la otra. Si nos sentábamos frente a frente, intercambiábamos una mirada fría. «No espero que me quieras —anunció una vez—, pero espero respeto».

Aquel comentario me pareció deleznable.

Mirando al pasado retrospectivamente es posible hablar de la situación sin apasionamiento, compadecerla a ella y no a mí. Por desgracia, aquellos años de guerra perjudicarían nuestra relación para el resto de nuestra vida, sobre todo a la muerte de mi padre, muchos años después, cuando resurgió su antigua hostilidad, acaso avivada por el sentimiento de culpa. Mi padre, que también debía de tener sus propios conflictos con ella durante los años de posguerra, siempre sostuvo que debíamos la vida a nuestra madre, que había hecho lo posible por sacarnos de Alemania, que había movido todos los hilos, que había untado las manos debidas y que había rellenado los formularios adecuados de la manera adecuada (omitiendo información perjudicial, en nuestro caso, como la titularidad de una cuenta en un banco británico). Conociendo a mi madre, me costaba creer que hubiera tenido tanta iniciativa; mi madre, que, como dijera mi tío en cierta ocasión, se comportó durante la guerra como si Hitler se hubiera inventado específicamente para hacer de su vida un tormento; mi madre, que, según recuerdo, siempre se estaba quejando de algo: del racionamiento, de los ataques aéreos, de la ausencia egoísta y desconsiderada de mi padre y, ya que yo era la persona que tenía más a mano, de mi comportamiento, que siempre le parecía malo. Según ella, no decía nada cuando se me hablaba o, peor, contestaba mal. Según ella, hacía los deberes en vez de las tareas de casa, y no sólo una parte, sino todos. Cualquier mala noticia del extranjero se usaba como un arma arrojadiza contra mí, como pasó con la deportación de mis abuelos en 1942, cuando yo tenía diez años.

Cuando abrieron los campos tres años más tarde, me envió sola a ver el noticiario de horrores que proyectaron en el Odéon de Hendon. Para entonces estaba tan acostumbrada a ser tratada así que me parecía perfectamente normal, hasta que años después, cuando otros expresaron su espanto, advertí que me equivocaba. «Ve a ver lo que han hecho», me dijo esa tarde de abril en un tono furioso, como si fuera dirigido a mí personalmente. Cuando volví a casa, ninguna de las dos habló en todo el día; silencio que duraría

años.

Al mirar atrás he llegado a la conclusión de que mi madre tenía habilidad para hacer frente a crisis inmediatas, ya fuera con su hija enferma o con su esposo en Dachau, pero era incapaz de hacerlo con situaciones largas y difíciles, con el tedio interminable de una larga contienda, que vino a llamarse «la duración». Pensándolo bien, vivimos buenos momentos, sobre todo cuando íbamos al cine. Era puro escapismo. Y eso nos unía, aunque sólo fuera un rato. Para prolongar la diversión, me dedicaba a imitar las mejores partes durante días. Anton Wallbrook era nuestro preferido: se parecía a mi padre e interpretaba papeles que exigían acento extranjero: el príncipe Alberto, por ejemplo, y el concertista de piano polaco en *Aquella noche en Varsovia*.

En el frente doméstico, «la duración» exigía más resistencia que valor. Las noches de insomnio, la renuencia a sacar a los niños de la cama cuando aullaba la sirena, el té que mi madre preparaba para los vecinos cuando aquélla sonaba otra vez para indicar el final del bombardeo. El racionamiento de la comida era un desafío constante para el ama de casa. Cierto es que yo solía quejarme cuando mi madre me mandaba al final de la calle para comprar pescado frito con patatas por tercera vez consecutiva en una misma semana; y me enviaba con un plato, pues mi madre no creía en aquello de que el papel de periódico tuviera propiedades potenciadoras del sabor. Como «extranjeros enemigos», a pesar del uniforme de soldado de mi padre, había que dar cuenta a la policía de cualquier salida de Londres, lo cual era para mi madre un particular motivo de queja; y creo que en eso tenía razón.

En 1940 había bombardeos día y noche, seguidos de bombas volantes. Pero al menos éstas se veían y podías ponerte a cubierto. Luego arrojaban proyectiles supersónicos, que eran los más aterradores, pues caían sin aviso previo. Todo el mundo estaba cansado, y cuantos quedaban en Londres estaban desmoralizados. El verano de 1944 se acercaba el final, aunque no lo parecía. Mi colegio cerró durante semanas enteras por motivos de seguridad. Sólo íbamos a clase para recoger deberes cada quince días. Casi todos los

de nuestro edificio se había marchado al campo, de modo que el vecindario parecía un lugar fantasmagórico. La política del gobierno era «Vacaciones en casa», lo cual se reducía a alguna que otra feria y a algún que otro prestidigitador en el parque. Entre mi madre y una vecina se organizaron para llevarnos a mí y a su hijo, más pequeño que yo, a Brighton una semana, pero al llegar supimos que la playa estaba cubierta de minas y alambres de espino, y por el cielo volaban las bombas dirigidas a Londres.

Al final llegó el día D. Era un caluroso día de principios de junio, en que las ventanas estaban abiertas de par en par y las radios difundían a bramidos por las calles las últimas novedades. Normandía pasó a dominar nuestras lecciones de geografía, y seguíamos los avances de los Aliados paso a paso en nuestros mapas. Pero el empuje inicial no empezó a ser imparable hasta otoño. «¿Habría acabado todo en Navidad?». Si Churchill y Montgomery lo hubieran hecho a su manera, quizás habría sido así. Pero Eisenhower era el comandante en jefe y tenía otros planes. Se dirigió hacia el sur en vez de dirigirse hacia Berlín, como habían acordado Roosevelt y Stalin en Yalta. Para asombro de Stalin, los norteamericanos mantuvieron lo pactado, algo que ni siquiera él solía hacer. Así, por tanto, se ganó la guerra, pero se perdió la paz o, cuando menos, en una mitad de Europa. Polonia, el país por el que Gran Bretaña había entrado en guerra, siguió sin ser libre: lo único que había cambiado era que estaba bajo el yugo de otra tiranía.

Tal vez los jóvenes e inocentes celebraran el día de la victoria aliada. Así lo hice yo, si bien era consciente de cuánto se había perdido. Otros no lo festejaron. Mi madre se fue pronto a la cama, pero se quedó tumbada sin dormir, mirando fijamente el techo.

5

Hacia 1948, la guerra había terminado definitivamente, cuando menos en apariencia, pues en otros aspectos jamás terminaría. En mis sueños, los desaparecidos se despedían agitando la mano, desde el borde del campo de aviación de Tempelhof, y se desvanecían al alba. Pero al menos nuestra familia nuclear había recuperado la normalidad, volvíamos a vivir juntos bajo el mismo techo. Mi padre cumplió los cuarenta poco después de conducir su camión militar por las playas de Normandía, así que lo desmovilizaron bastante pronto. Volvió a ser el que mantenía a la familia y, la mayor parte de las veces, era indiscutible su autoridad como cabeza de familia. Sus posturas eran innegablemente patriarcales, pero a mí no me importaba que hiciera las cosas a su manera, al menos por el momento. Yo conocía las normas, y si las obedecía me sentía a salvo de los arrebatos de maltrato emocional y físico que había sufrido durante su ausencia. Oírle reprender a mi madre, perplejo, cuando ella me daba un bofetón en público ya era en sí un hecho importante. La vajilla dejó de arrojarse. En alguna ocasión había acudido a una vecina amable en busca de ayuda, diciéndole que mi madre «se había vuelto loca», y aquélla se había reído de mi desdicha. Pero ahora me sentía protegida.

Sin embargo, aquel pisito de las afueras no contribuiría a mejorar las cosas, sobre todo si mi hermano tenía que regresar a Londres del internado. Aparte de todo, mi padre sentía vergüenza de vivir con una hija adolescente. Así que aprendí a quitarme de en medio cuando él usaba el baño.

El invierno de 1947, famoso por su crudeza, nos mudamos a Hendon, a una casa adosada de cuatro habitaciones y, por primera vez en mi vida, a los quince años, tuve una habitación propia, mi espacio privado. Tras la experiencia de llevar una vida medio bohemia durante la guerra, durmiendo en camas improvisadas, ya en Londres, ya en cualquier otro lugar, como la habitación de mi hermano cuando estaba en el colegio o el sofá cuando él venía, estaba en el séptimo cielo. Para mí era la mejor habitación de la casa, ya que tenía vistas al jardín y era un poco más grande que el dormitorio de mis padres. Hasta cierto punto, incluso me permitieron decidir mi propia decoración. El blanco era demasiado extremado para la década de 1940, pero me dejaron escoger pintura de color crema y papel a rayas de color blanco y *beige* claro. Mi cama era «funcional», y comprar nuevo mobiliario era impensable en aquella época de austeridad, pero pintaron en blanco un escritorio y una silla que habían sido de la nueva esposa de mi tío y me los regalaron.

Era mi reino, mi refugio. Pusieron estanterías para mis libros y, por mi cumpleaños, hasta me regalaron una radio de baquelita, de color crema también. Cada vez que entraba en mi reino particular me ilusionaba, y sólo salía de él a regañadientes.

Bajo el reino relativamente benevolente aunque patriarcal de mi padre, se me exigía salir de mi santuario demasiado a menudo. Siempre estaba a entera disposición de mi madre, aunque las tareas que me pedía eran mucho menos arduas que antes. Creó que su principal objetivo era no dejarme en paz costara lo que costara. Me pedía constantemente que pusiera la mesa para comer, que pelara guisantes, que secara los platos…, cualquier cosa. Al tener la sensación de que era el pequeño precio que debía pagar por disfrutar de las cosas nuevas que tenía, ofrecía mis servicios —si el silencio se alargaba demasiado— preguntando si podía ayudar en algo. A mi madre siempre se le ocurriría algo. Y si no había nada que hacer, me mandaría limpiar el lavabo, tarea que desde entonces he odiado siempre.

Dado que mi hermano era un Chico y ahora asistía a una escuela

cara con la esperanza de que fuera médico (ambición típica de una madre judía, que, sin embargo, mi hermano nunca realizó), él quedaba exento de cualquier tarea doméstica. Fuera como fuera, estaba instalado en el ático, de lo cual estaba encantado porque nadie podía oírle, y donde en general se dedicaba a acosar a pajarillos escondidos. Mi propia necesidad de ayudar en casa, que alcanzaba su punto álgido cuando preparaba la Comida los domingos, también era supuestamente educativa. Estaba aprendiendo a ser una buena ama de casa, como, según mi madre, esperaba de mí la sociedad.

La habitación destinada a ser el cuarto de Edith aún no estaba ocupada, pero una limpiadora venía con regularidad, por lo que se me asignaban las tareas superficiales, algo aceptable para la hija de una casa de clase media. Clase media regular, por así decirlo. No vi la casa antes de mudarnos, y mi madre dejó claro que era «lo mejor que podíamos permitirnos». Dicho de otro modo, no estaba al nivel que ella había conocido en otros tiempos. Pero varias cosas evidenciaban que los ocupantes originales habían tenido criada en casa: la cuarta habitación del ático, un sistema de timbres en las habitaciones principales, pero que ya no funcionaba, y un panel indicador en la cocina que mostraba el número de habitación. Aunque el panel estuviera inactivo —o quizá precisamente por ello —, me causaba cierta fascinación. Era como si intentara comunicarme algo. ¿Para qué servía aquel anacronismo?

Lo cierto es que la vida familiar se volvió notablemente más formal al mudarnos a la casa de Hendon. Las comidas eran una suerte de prueba en la que nuestros padres discutían, ya restablecida la vida conyugal. Siempre se servía a mi padre primero, y su opinión sobre la comida se esperaba con la respiración contenida. Por lo general su aprobación significaba que la ocasión era relajada. Los fines de semana solían ser una diversión más prolongada, con almuerzos formales en los que se servía con la mejor vajilla de porcelana a los invitados, que solían quedarse a tomar el té. Compraron un carrito auxiliar para el té y construyeron un patio. La verdad es que nunca sabía cuál era el momento adecuado para

escabullirme al santuario de mi habitación.

Jamás supe cuánto dinero pusieron mis padres a buen recaudo en la cuenta británica para financiar el vuelo desde Alemania, pero al parecer el suficiente no sólo para la casa de Hendon, sino para algo mucho más urgente, una vez finalizada la guerra. El verano de 1946 hicimos un viaje a Suiza «para comer», como dijo mi madre. A lo largo de cuatro años, me había hablado de aquellas delicias de antes de la guerra, como los profiteroles y las tortillas. Lisa y llanamente, había llegado el momento de darnos un atracón. Se me prometió que las delicias empezarían al cambiar de tren en la frontera de Francia con Suiza. Mi madre dijo que en Basilea desayunaríamos panecillos blancos con mermelada de guindas. Y así fue, tal cual lo prometió.

Habíamos entrado en una suerte de país maravilloso donde cualquiera podía comprar cualquier cosa. Sencillamente, cualquier cosa.

Yo guardaba recuerdos vagos del hotel sobre el lago Lucerna porque habíamos estado allí cuando tenía tres años. En aquella ocasión el motivo del viaje fue una reunión familiar, si es que podía llamarse así: mi madre, mi tía Margot de París con sus dos hijos, y mi abuela, que seguramente pagó la cuenta. Ahora veo claramente por qué organizaron una reunión familiar fuera de Alemania. En 1935 ya no aceptaban judíos en la mayoría de los hoteles alemanes. Las pocas vacaciones anteriores a 1939 que recuerdo se organizaron todas fuera de Alemania, normalmente para esquiar. Para el verano teníamos la casa de los fines de semana, y hacíamos salidas en barco por el Havel.

En 1946, viniendo de un país con un severo régimen de racionamiento, era muy consciente de mi vestuario, o más bien de su exigüidad. Temamos que cambiamos para cenar, y sólo podía alternar entre dos vestidos de algodón que colgaban con tristeza en medio de un amplio armario. Me sentía como una pariente pobre. En Lucerna no daba crédito al auténtico lujo de todas las cosas, casas recién pintadas, tiendas repletas de libros y objetos de escritorio, ambos difíciles de obtener en Inglaterra. Por no hablar de

la comida. En las mesas de las cafeterías, donde pedíamos cafés con hielo y merengues con nata, me maravillaba la presencia de servilletas de papel, terrones de azúcar envueltos con papel, pajitas y remolinos de mantequilla sobre hielo.

De vuelta, vi París por primera vez y volví a conocer a mi tía y a mis dos primos. Aquellos años, París gozaba de un prestigio casi legendario como centro del glamur y la sofisticación, acaso acentuado por haber sido una ciudad prohibitiva durante la guerra. «Eso es París», dijo mi madre en un tono casi reverencial cuando el tren se aproximaba a las luces de la ciudad bajo el cielo nocturno. Lo que vi de día nada tenía de glamuroso. La ciudad se hallaba en un estado más lamentable que Londres, parecía anticuada, el tráfico era caótico, y las calles olían mal y parecían insalubres. Aunque no había solares vacíos con escombros de edificios, lo cierto es que la ciudad era como una mujer vieja y demacrada que se había quedado sin maquillaje y perfume.

Al fin y al cabo, pensé, yo no era un pariente tan pobre. A mi primo mayor, que había estado en la Resistencia durante la guerra, le gustaba fastidiarme hablando de Juana de Arco, y yo se la devolvía mencionando a Winston Churchill y la caída de Francia en 1940. De vuelta, al ver los acantilados blancos de Dover e intuir que iban a darme un pasaporte británico nuevo, me invadió un sentimiento de orgullo y de patriotismo. Nada menos que el primer secretario de Estado de Asuntos Exteriores de Su Majestad, Ernest Bevin, había solicitado y exigido que se me permitiera «pasar con absoluta libertad y sin impedimentos ni obstáculos» y que se me ofreciera «cualquier ayuda y protección que pudiera necesitar».

Yo sabía quién era y qué lugar me correspondía en el mundo. Aquella tarde volaban pájaros azules sobre los blancos acantilados de Dover.

6

Cuando Edith escribió desde Palestina, desde el recién creado estado de Israel, preguntando si podía recuperar su trabajo, reaccioné con escepticismo e ilusión. Mi madre le respondió para decirle que viniera. Durante las semanas previas no podía dejar de pensar en su inminente llegada.

Edith no era mi abuela, no lloraba por ella en el sueño recurrente de nuestra partida. No aparecía en el aeropuerto para despedirse de nosotros. Que yo recordara, ni siquiera se había despedido. Sin embargo, formaba parte del escenario afectivo de muchos años atrás, erradicado por la muerte y la ruina. Sus pisadas resonaban por el pasillo entre la cocina y los salones, pasaban por delante de la habitación de juegos, del dormitorio de los niños y del de mis padres. Era capaz de reconstruir mentalmente cada habitación y cada mueble de aquel apartamento, incluido su estrecho y largo cuarto, aunque sabía que la RAF o los bombarderos norteamericanos habían reducido a escombros todo el edificio. Lo sabía por las fotografías aéreas que aparecían en el *New Chronicle*, y lo confirmé tras la guerra, pues el edificio era una de las fincas de mi abuela. Yo misma había oído el constante zumbido de los bombarderos volando rumbo a Alemania noche tras noche, y lo cierto es que el ruido era tan apaciguador como una canción de cuna. «Ahora os toca a vosotros», pensaba antes de dormirme, sabiendo que en Berlín no quedaba nadie que me importara.

Y me equivocaba. Cuando empezaron los implacables bombardeos, no sólo Edith, sino mi abuela seguían allí, al socaire de

otros alemanes. Mi abuela paterna compró su salida a Suecia el verano de 1944, aunque murió en su cama meses después. Edith, que no tenía dónde caerse muerta, sobrevivió no sólo a las redadas contra los judíos y al bombardeo por saturación de Berlín, sino también a la batalla final que se libró en las calles arrasadas de la ciudad cuando las tropas rusas entraron.

* * *

A mi entender, Edith era parte de la familia, y la intuición me decía que éste era el motivo por el cual nos había buscado después de tanto tiempo y desde tan lejos. También era consciente de una creciente sensación de desasosiego al darme cuenta de que mi madre no lo sabía o, si lo sabía, no le parecía importante. Desde el final de la guerra, su principal objetivo en la vida era reconstruir, recuperar, en la medida de lo posible, el estilo de vida que tenía antes de que Hitler lo echara a perder. El regreso de Edith no podía ser más oportuno: mi madre disponía de una casa, de un cuartito vacío y, pronto, de una sirvienta a la que alojar en él.

Parecía que no hubiera aprendido nada de la catástrofe que había sacudido al mundo. De 1945 en adelante, centró toda su existencia en su posición social, en guardar las apariencias, en tener mejores posesiones materiales que sus vecinas y demás conocidos. Un amigo de la infancia, hijo de nuestro médico de cabecera durante los años de la guerra, la recuerda como una mujer «muy refinada». Se asombró cuando recientemente le conté qué se cocía de puertas para adentro, cuando le hablé de su mal carácter y de los insultos y el maltrato físico a que me sometía regularmente.

Quizás habría que señalar la inseguridad y la falta de amor propio que subyacían a su conducta, y que tenía que compensar acaparando posesiones materiales y proyectando una presencia propia de una dama. Mi «inteligencia», desde luego, la irritaba. Como diría Ruth, la esposa de mi tío, años después: «Estaba muy

orgullosa de ti, hasta que empezaste a saber más que ella». Así, por ejemplo, si trataba de ayudarla con el inglés, se lo tomaba mal, como un atentado contra su dignidad. Mis padres se casaron porque se quedó embarazada de mí, lo cual era bastante normal en una época en que los métodos anticonceptivos no eran de fiar, pero trató de ocultarlo toda su vida falsificando fechas en álbumes y demás recuerdos, y celebrando sus bodas de plata un año antes. Por si fuera poco, debido al embarazo y a una broma esporádica de mi padre (que venía a ser: antes de casarse tuve que cerciorarme de que mi futura esposa era fértil), nunca estuvo del todo segura de que se hubiera casado con ella por las razones «adecuadas». Nunca olvidó el comentario, nunca se lo perdonó y nunca estuvo del todo segura de su afecto por ella.

Como habíamos podido trasladar a Londres los bienes materiales del apartamento de Berlín, la vida de posguerra en la casa recién adquirida le permitía presumir de muebles caros. Algunas alfombras orientales tuvieron que venderse por ser demasiado grandes para los dos pisos donde habíamos vivido durante la guerra, e incluso hubo que reducir el tamaño de los objetos más voluminosos para que cupieran en la nueva casa, como fue el caso de un aparador. Ninguna habitación sería jamás tan espaciosa como las del piso de Berlín. Una vez instalados, agotados los cupones en cortinas que llegaran al suelo y realzado el falso estilo Tudor con falsas antigüedades de estilo Tudor a juego con falsas vigas y una chimenea inglesa de ladrillo, mi madre ya podía exponer los objetos de cristal tallado, la vajilla con monograma y, sobre todas las cosas, su mejor porcelana, hecha —como nunca se cansó de decirme— en la real fábrica fundada por Federico el Grande. Había montones de cosas; entre otras, una enorme vajilla con tazas de té y de café a juego.

Mi madre se lucía si había invitados a comer los domingos. Se mostraba inmensamente ufana cuando la ayudaba a añadir el ala suplementaria a la pesada mesa del comedor y cuando extendía su mantel de damasco más delicado, blanco y almidonado. Creo que en esos momentos era feliz de verdad. La comida también era buena,

en tales ocasiones. En Londres era fácil encontrar los ingredientes, y se había traído un voluminoso libro de cocina alemana, la biblia de la vida conyugal en los viejos tiempos.

Y es que en su cabeza la vida casi volvía ser como en los viejos tiempos. Quizá llegó a creerse que los viejos tiempos habían vuelto y lo que había sucedido entremedio podía olvidarse como si nunca hubiera ocurrido. Sin embargo, ya no era la joven amable y más bien reservada de los años treinta que, en realidad, se había casado con un hombre de condición social «superior», miembro de una familia tremendamente rica y, por tanto, no era la persona más indicada para alardear y probablemente no le convenía.

Las cosas habían cambiado. Mi abuela había muerto, los Wertheim se habían establecido en América, y habíamos declinado, para mi alivio, una invitación a unirnos en un negocio de granjas de gallinas. Así, pues, el círculo familiar más allegado se había reducido, y los invitados que más nos frecuentaban los domingos eran mi tío Gert y Ruth, su segunda y reciente esposa. Mi tío era un encanto, pero un irresponsable; al parecer, pedía dinero prestado y no lo devolvía, y era sospechoso de haber robado el enorme diamante que llevaba su esposa en el dedo de pedida de la caja de seguridad de mi abuela en Berlín, factor que para mi madre, con cierto orgullo malicioso y perverso, indicaba que ella era mejor que aquel par. Se burló con desprecio de ellos cuando se compraron una casa en Hampstead, porque era pequeña y de un diseño poco práctico, pasando por alto convenientemente que Hampstead era una localidad de mejor categoría. Años después, cuando ambas parejas se trasladaron a Londres, se regodeaba con que su jardín era más grande. No le bastaba con disfrutar de haber recuperado la buena suerte: tenía que hacerlo a costa de otros.

Los acontecimientos no cambian realmente a las personas, sino que éstas evolucionan de un modo predestinado, según las circunstancias. No hizo feliz a mi padre durante los años de posguerra, y en una ocasión él la abandonó durante una breve temporada. Mi padre también me confesó que se sentía culpable por haberme dejado a su insensible merced durante la guerra. Mi madre

no era capaz de demostrar amor, pero tampoco era capaz de demostrar dolor, sólo rabia. Con los años desarrolló un odio patológico por su madrastra, mi querida *omi*, a la que culpaba de la muerte de su padre en la cámara de gas. El hecho de que mi abuela también hubiera muerto no le importaba. Cualquier mención de ella siempre le provocaba un arrebato de furia.

* * *

Mi perspectiva era muy diferente. Yo había crecido en un mundo de privaciones y escasez. A los diez años fregaba el suelo a cambio una paga insignificante. No conocía a nadie que tuviera una criada en casa. Aquella época había terminado, y con razón. Aunque era demasiado pequeña para votar en 1945, estaba entusiasmada con la victoria aplastante del Partido Laborista; recuerdo haber dado saltos de emoción al escuchar los resultados en la radio de la biblioteca de la escuela, donde una joven profesora de inglés —que, según decía, había nacido demasiado tarde para luchar— nos había invitado a mí y otras alumnas.

Edith, en cambio, era un caso especial.

Durante las semanas previas a su llegada, al volver del colegio solía asomarme varias veces a su futuro cuarto para ver cómo iban los preparativos. Esperaba ver algún detalle de bienvenida en aquella austera habitación: unos cojines quizás, un espejo bonito para compensar la ausencia de un tocador, o un jarrón en la repisa de la ventana. Pero el único objeto que apareció un día fue un lavabo espartano. Era una estructura de metal negra con una palangana esmaltada y, debajo, una jarra a juego.

Aquello me impresionó. El lavabo dejaba algo claro: Edith haría sus abluciones aparte; aunque durmiera en nuestra misma planta, no se turnaría con nosotros para entrar en el baño. Hay que reconocer que turnarse para ir al baño, sobre todo a primera hora de la mañana, requería cierta prisa y un tácito orden de turnos, pero era

algo absolutamente normal para la época. Durante los peores bombardeos alemanes de Londres había pasado una temporada en un internado, donde tres miembros del personal y una docena de niñas nos turnábamos para ir a un mismo baño, y nosotras incluso nos bañábamos en grupos de dos y de tres. Pasé por varias casas como evacuada; entre otras, una vieja casa de labranza sin electricidad. Estuve en internados con cuencos de porcelana y tazones a juego, y un baño como es debido al final del pasillo. Me alojé temporalmente con una variedad de desconocidos. Y jamás me encontré con una norma tan desagradable y, desde luego, tampoco se me pidió que la aplicara. Aquella segregación me sonaba a cosa de otra época, del mundo dickensiano de mis lecturas preferidas. No tenía cabida en el mundo feliz surgido a raíz de las recientes elecciones.

No sabía qué hacer. Y, conociendo a mi madre, no hice nada.

* * *

Y, de pronto, una tarde, al volver de clase, Edith estaba allí. Al principió, al verla de pie en el comedor hablando con mi madre, me llamó la atención lo poco que había cambiado; hasta que se volvió hacia mí. Puede que tuviera la piel más áspera y unos mechones grises en la parte posterior de su gruesa cabellera, pero por lo demás era la Edith de siempre. Para mí, la única curiosidad fue verla sin el uniforme, con una ropa pensada para el tiempo inglés: un suéter de lana *beige* y una falda de tartán con sombras de color pardo. Al menos mi madre tuvo la delicadeza de no pedirle que se pusiera el uniforme tradicional de sirvienta durante los primeros días. Otra cosa es si pensó en pedírselo o no. Quizá se habían agotado los cupones con las cortinas de *chintz*, o incluso hubiera hecho indagaciones baldías en las calles comerciales de Golders Green. «No hay demanda, señora», le habrían dicho en el tono habitual que adoptaban las dependientas de 1948.

SEGUNDA PARTE

1

El regreso de Edith trajo novedades de más allá del abismo de la muerte. ¿Qué había sucedido, por ejemplo, a *schwester* Eva? Pillé a mi madre preguntándoselo en un susurro la misma tarde que llegó, o poco después. Lo significativo fue el susurro, pues estaban solas en el comedor antes de entrar yo. Así era en aquella época: nadie hablaba en voz alta de cosas semejantes, si es que hablaban siquiera. El silencio se impuso por norma durante años y años.

Cuando Edith salió del comedor, mi madre me contó que la niñera de Berlín había muerto de tifus en uno de los campos. Luego, tras hacer sus conjeturas, dijo que seguramente se había salvado de la cámara de gas porque era una *mischling*, es decir, una mestiza. Dudo que esto tuviera nada que ver con su forma de morir, ya que miles de judíos fallecieron por enfermedad, sobre todo durante los últimos años de la guerra. Pero a partir de entonces empecé a verla con otros ojos, como la rubia esbelta y callada que ya no ejercía su trabajo. Edith, aquella mujer menuda, fornida y de pelo oscuro, había conseguido sobrevivir, mientras que su compañera de trabajo había muerto quedamente. Estaba segura de que había sido así, de que Eva había preparado su modesta maleta con obediencia y se había presentado al punto de reunión, según lo ordenado. Aquello encajaba con la joven que yo recordaba. Jamás la vi reír, o sonreír siquiera, y mucho menos intentar divertirse con nosotros, los niños que tenía a su cargo. Ahora pienso que quizás era depresiva y, por tanto, no trató de evitar lo inevitable.

Pese a preguntar por la suerte que había corrido nuestra niñera,

mi madre no se interesó tanto por el suplicio que había pasado Edith. Un par de días después, Edith volvió a ser la sirvienta, una vez concedido el puesto. Debió de resultarle raro hallarse en un país extraño y en una casa desconocida y, sin embargo, estar rodeada de unos muebles que conocía bien, de una época y un lugar remotos, o sacar brillo a una cubertería que tiempo atrás había tenido en sus manos a diario. Europa estaba en ruinas, pero la porcelana KPM de mi madre estaba intacta.

Yo, en cambio, me moría de curiosidad. ¿Cómo era Berlín durante la guerra y cómo se las había arreglado para mantenerse con vida? ¿Y por qué no le había gustado Palestina, cuando el resto del mundo parecía tan entusiasmado con un país recién creado como Israel? Pero sus primeros días en casa fueron difíciles. Mi madre no dejaba de rondar a su alrededor para asegurarse de que Edith, su nueva criada, supiera dónde estaba todo, entendiera lo que se esperaba de ella y desempeñara sus tareas correctamente. Dadas las circunstancias, pensé que por el momento lo mejor era mantenerme al margen.

Mi hermano casi no tenía relación con Edith por la simple razón de que había olvidado casi todo su alemán. Así que se limitaba a saludarla con una amplia sonrisa (que mantenía los hoyuelos) y a retirarse a su ático. Cuando Edith lo llamó Ernst, le expliqué que ahora siempre le llamaban Ernest, a la manera inglesa. Su trato con mi padre no era muy distinto. Él no consideraba a los empleados domésticos como parte de su esfera social y, por otra parte, no llegaba a casa hasta la hora de cenar, cuando la ventanilla que comunicaba la cocina con el comedor los separaba. Mientras que la familia lo hacía en la mesa del comedor, Edith se comía su ración en la de la cocina, pendiente de pasar y recibir los platos a través de la ventanilla, según se le pedían. Una vez limpiaba y ordenaba la cocina, desaparecía hasta la mañana siguiente, lo cual no era muy distinto de la época en que vivíamos en Berlín, pero al menos allí la amplitud de espacio creaba la sensación de que tal distanciamiento era natural. En cambio, vivir bajo una intimidad impuesta en una casa pequeña creaba una sensación muy diferente. No resulta fácil

hacer como si uno no existiera en la habitación contigua al dormitorio principal, y donde se oye cualquier ruido a través de la pared. Cierto que el espantoso lavabo era una necesidad práctica, pero para mí simbolizaba la negación de una verdad que no podía seguir negándose: que todos los seres humanos son iguales cuando somos piel y huesos.

Pese a que Edith acataba calladamente sus responsabilidades, también debió de advertirlo. De hecho, me consta que era así. Le dolía que ninguno de mis padres jamás la invitara a sentarse con ellos en la sala de estar para tomar una simple taza de té y le pidiera que les contara algo de cuanto había pasado en Berlín desde 1939, el año que nos fuimos. Habrían tenido que hacerlo con delicadeza, claro, seguir su ejemplo, y tal vez a ella le hubiera dado vergüenza hablar demasiado. Pero al menos habría sabido que les importaba, que la puerta siempre estaría abierta. Creo que habría sido lo natural, a pesar de que Edith había regresado como una absoluta desconocida. Yo creía que la guerra nos había enseñado mucho al respecto de tener las puertas siempre abiertas en épocas difíciles. Si hasta mi madre había preparado, noche tras noche, tazas de té a la una de la madrugada cuando los vecinos de arriba acudían a casa para refugiarse en nuestro piso por ser una primera planta.

Sin embargo, eran otros tiempos. Ahora la guerra había terminado. Era 1948 y, al parecer, se había reinstaurado la normalidad de los tiempos de paz.

2

Edith era tímida, de esto me di cuenta bastante pronto. No hablaba a menos que se le hablara, así que yo hacía lo posible por sonsacarle cosas, y a cada ocasión que se presentaba. Una vez, mi madre había salido y la invité a mi habitación para enseñarle mis tesoros. No dijo gran cosa, sólo emitió algún ruido apreciativo al ver las estanterías llenas de libros, de poesía y clásicos populares sobre todo, y el gramófono mecánico, otro objeto desechado por mi tía Ruth, con el que hacía reír a mis amigas del colegio. Escuchó con paciencia una grabación crepitante de antes de la guerra, seguramente una de Noel Coward, que había sido parte del obsequio. La canción le arrancó aquella sonrisa especial que yo aprendería a buscar como quien busca una mariposa rara.

Habitualmente, el rostro de Edith era de una impasibilidad imperturbable, de una persona acostumbrada a abstenerse de expresar lo que pensaba. Quizá se debiera a su infancia en el orfelinato, o formaba parte del trabajo de sirvienta doméstica, o simplemente era parte de su forma de ser. Pero de vez en cuando, en torno a su boca se esbozaba una sonrisilla cuya rareza la hacía más encantadora.

Si parezco sentimental, no puedo evitarlo. Su sonrisa era digna de ser recordada aunque sólo fuera porque no asomaba fácilmente. Cogí la costumbre de estar pendiente de que asomara cuando estábamos solas, algo que me permitió reparar en la profunda ranura de su tabique. A veces tenía la sensación de que estaba tratando de convencer a una niña, pues Edith medía metro y medio, estatura

que le confería cierto aspecto infantil.

No obstante, esto era una percepción errónea por mi parte, ya que los ingenuos no sobreviven a la clase de experiencias que ella había tenido.

* * *

No mucho después de llegar Edith, mi madre empezó a pasar más tiempo fuera de casa entre semana. Salía de compras (en el sentido actual de la expresión), y elegía cosas que nada tenían de imprescindibles y objetos para la casa. En una ocasión llegué del colegio y me encontré un vestido rosa de algodón tendido sobre la cama. Me puse hecha una furia. Ya era grave que se hubiera gastado en cortinas para la casa todos los cupones destinados a vestir a la familia, pero que me hubiera comprado un vestido sin consultarme era el colmo. Y es que ya no era una niña, sólo me permitían dos vestidos por temporada y odiaba el rosa. No sé si ese día mi madre estaba de buen humor, o si las cosas *habían cambiado de verdad*, porque me permitió ir sola al West End a elegir otro vestido.

Supongo que esas tardes entre semana también visitaba a sus amigas. Otro día compró un perro, un *yorkshire terrier* que se convirtió en el centro de todo el cariño que no era capaz de prodigar a los miembros de su propia familia. *Billy Bunter* fue el primero de una serie de perros adorados y malcriados. Llegué a la conclusión de que prefería los perros a los seres humanos porque no replicaban ni expresaban su opinión: se limitaban a dedicarle una lealtad incondicional y babosa. Las más de las veces sacaba al perro a pasear y dejaba a Edith sola en casa.

Vi mi oportunidad una tarde que tenía libre, cuando encontré a Edith sacando brillo a la cubertería en la mesa del comedor. Para entonces ya había entablado una relación de comunicación con ella al hablar de esto y de aquello cuando la encontraba sola.

—¿Y cómo era —le pregunté tras sentarme en una silla—

Berlín, después de irnos?

Me respondió con un largo silencio.

La puerta cristalera estaba abierta: debía de ser una tarde agradable. Lo recuerdo bien. Se oía el tráfico a lo lejos, desde North Circular Road. También recuerdo un pajarillo cruzando a saltitos el jardín apacible bajo la luz del sol, que entraba a raudales en el comedor.

Le costaba hablar de aquello. Pero, sobre todo, creo que le habían sucedido tantas cosas durante los años que transcurrieron entre su vida en Berlín y su llegada a Londres que no sabía por dónde empezar.

—Fue la última vez que trabajé de sirvienta —dijo al fin—. Nadie buscaba ya sirvienta. La gente se había marchado o estaba intentando salir del país.

Yo sabía que se refería a judíos, a los que por ley sólo se les permitía emplear a sirvientas judías si éstas vivían en casa y eran menores de cuarenta y cinco años, a fin de evitar posibles relaciones sexuales entre aquéllas y el señor de la casa, y corromper la pureza de las mujeres arias.

—Sin embargo —me contó—, yo me las arreglé para salir adelante durante un tiempo, haciendo trabajos extraoficiales. A nadie le gustaba Goebbels, y tampoco sus propósitos para con los judíos. Las cosas corrían de boca en boca y lo cierto es que había bastantes personas dispuestas a emplearme, al menos durante un tiempo, para atender a un pariente mayor, cuidar niños, limpiar… esa clase de tareas. Una vez hasta eché una mano en un negocio familiar de ultramarinos. En la trastienda había un cuarto donde dormía. La vida se estaba volviendo difícil para todo el mundo, y yo nunca negué que fuera judía. ¿Cómo iba a hacerlo, con mis documentos de identidad? «Mantén la boca cerrada, y yo haré lo mismo», se me dijo en más de una ocasión. ¿Quién iba a enterarse? A veces, por si acaso, acordábamos inventarnos una historia como tapadera. Yo era una prima del campo que había venido de un lugar rural para disfrutar de las luces de la gran ciudad. Esa clase de cosas.

Traté de imaginarme a Edith apañándoselas en las situaciones

que describía. Ella era incapaz de salir de apuros mintiendo, lo cual significaba que los demás, casi siempre mujeres, eran quienes tomaban la iniciativa.

—Si tenía que marcharme apresuradamente —prosiguió—, solían darme una dirección de contacto, de un lugar donde alguien podía necesitar ayuda en casa y que no haría demasiadas preguntas. Durante un tiempo no resultaba difícil. Muchas mujeres jóvenes que no eran judías consideraban que las labores domésticas eran indignas y, debido a la guerra, a muchas mujeres casadas, sobre todo a las que tenían hijos, les estaba costando salir adelante solas, pues habían llamado a filas a sus maridos. Así que no había esposos ni hijos que pudieran oponerse a mi presencia, aunque una vez tuve que desaparecer deprisa y corriendo, cuando el marido de alguna venía a casa con permiso. Una vez dormí en la habitación de un muchacho llamado Siegfried que acababa de alistarse en el ejército. Murió en Stalingrado. Lo sé porque su madre me ocultó cuando me escondí en un subterráneo. La pobre estaba muy amargada.

Edith calló unos momentos. Miró por la ventana, habiéndose olvidado por completo de la cubertería. Sentí la agitación de irnos sentimientos confusos, pero decidí guardar silencio.

—Claro que —prosiguió al fin— aquello no podía seguir así eternamente. Iba mucho al cine cuando no trabajaba, sólo para esconderme. Eran unas horas de evasión: te sentabas en la oscuridad a mirar noticiarios o el último número de variedades de siempre, donde todo eran trajes elegantes y un argumento romántico. La mayoría de berlineses no querían la guerra, claro… recordaban lo terrible que había sido la última. Así que algunos de los noticiarios que mostraban a los victoriosos alemanes bombardeando a extranjeros inocentes no fueron bien acogidos, y se miraban en absoluto silencio.

»Solía ir al UFA-Palast. Era un espectáculo en sí mismo, con una fantástica iluminación y una buena orquesta. Pero una tarde, a la Gestapo se le ocurrió interrumpir la proyección y revisar la documentación de todo el mundo. Yo pensé que era el fin. Por suerte tenía una historia preparada para esa circunstancia, así que

conseguí evitarle problemas a la mujer que me alojaba.

Edith bajó la vista sobre la cubertería extendida sobre la mesa. Parecía haber perdido el hilo.

—¿Y qué pasó luego?

Me di cuenta de que estaba visiblemente afligida. En vez de responder se levantó, abrió la ventanilla de servir y pasó a la cocina los cubiertos para lavarlos y secarlos antes de guardarlos en el aparador. Le eché una mano, y luego la seguí a la cocina.

—¿Y luego? —insistí.

Dejó caer un puñado de tenedores sobre la mesa de la cocina y, de pronto, se sentó sobre el alféizar de la ventana que daba al jardín.

—Y luego tuve que irme a vivir a una *Judenhaus*, uno de esos lugares donde metían a judíos a los que habían echado de sus propias casas. Fue horrible. No sabría por dónde empezar. No cabía más gente, vivíamos hacinados y teníamos que compartir cocina y baño. No era tanto la falta de espacio, por terrible que fuera en sí. La gente estaba con los nervios a flor de piel, y se entablaban discusiones por cualquier cosa. *Frau* A acusaba a *herr* B de robarle la ración de pan y cosas así. Una señora mayor intentó suicidarse dos veces. A la tercera lo consiguió. Nadie sabía qué iba a ser de nosotros, pero todos temían lo peor. Circulaban rumores. Antes de que empezaran los trabajos forzados, yo trabajaba para una tendera; ésta me obligó a prometer que si me llamaban para subir a un transporte no fuera. Dijo que me escondería en la trastienda. Su hijo, que era soldado, acababa de regresar del frente oriental y le había contado historias espantosas sobre lo que estaba pasando allí, sobre lo que estaban haciendo a los judíos. ¿O eso fue después? No me acuerdo bien. Me dijo que me guardaría comida si tenía que marcharme a trabajar a una fábrica, así que supuse que nos mantendrían vivos mientras nos necesitaran para trabajos de guerra. Por tanto, no me oculté en la clandestinidad o, al menos, no todavía. Pero mantuvimos el contacto.

Edith se acordó de la cubertería, y yo decidí ayudar a secarla. Quería oír cómo había sido la experiencia de realizar labores forzadas en una fábrica de municiones.

—Era duro —me contó—. Trabajábamos diez horas seguidas. Creo que querían matarnos trabajando. Empezó a correr la voz de que unas fabricas eran mejores que otras. AEG y Siemens trataban bien a los obreros judíos, mientras que I. G. Farben no. La suerte quiso que mi primer trabajo fuera en I. G. Farben tejiendo seda para los paracaídas. Pasaba horas de pie atenta a los husos, pendiente de que los hilos no se rompieran, y en la sala de máquinas había ruido y hacía calor. Al final conseguí que me despidieran, porque empecé a ponerme enferma con dolores abdominales por pasar tantas horas de pie. El siguiente trabajo era mejor, y el capataz era amable de verdad. Al final nos salvó la vida.

—¿En serio?

Paré de secar un momento. Edith dejó asomar aquella sutil sonrisilla.

—Se llamaba Hans Klennermann. Recuerda este nombre. Trabajábamos con componentes eléctricos, una labor complicada, pero podía hacerse sentado frente a la cinta transportadora. Los que hacíamos nosotros estaban destinados a formar parte de los aviones. De los bombarderos de la Luftwaffe. A Hans le encantaba coquetear, y hacía chistes terribles sobre los nazis, que podrían haberle causado graves problemas. Pero caía en gracia a la gente, y no era el único en reírse de los nazis cuando sabía que estaba entre amigos.

Y luego, después de guardar la cubertería entre las dos en el aparador, me habló del temido *Fabrikaktion. K* principios de 1943 Goebbels decidió que podía prescindir de la mano de obra judía, pues por el momento ya contaban con suficientes trabajadores esclavizados, originarios de países extranjeros. En Berlín abundaban y realizaban toda clase de tareas. Fuera como fuere, un día, a la hora de salir del trabajo, Hans Klennermann advirtió a Edith y al resto de obreros judíos que no se presentaran a trabajar a la mañana siguiente. Ese día, aparecieron camiones por toda la ciudad destinados a recoger a trabajadores judíos con el fin de deportarlos. Klennermann no fue la única persona en alertar a sus obreros.

Edith me contó que entonces supo que había llegado el

momento de pasar a la clandestinidad.

En ese momento oí una llave en la cerradura de la puerta principal.

—*Frau* Unger —dijo Edith.

—Ha llegado el momento de esfumarme —anuncié con una risilla. Y salí al jardín. Edith regresó a la cocina, saludando a mi madre de camino.

Entreoí partes de una conversación. Mi madre parecía complacida, pues había hecho buenas compras. Luego saludó al perro, que ladró de contento. Entré por el pasillo con aire despreocupado, miré dentro de las bolsas de la compra, hice algún ruido para expresar aprobación y vi a Edith de pie en la puerta de la cocina, esperando órdenes. Como no podía ser de otro modo, recibió instrucciones. Debía preparar un té, cómo no, y verduras para la noche.

Recuerdo que esa tarde mi madre estaba de buen humor. ¿Acaso perdí una buena ocasión para mediar y tratar de conseguir que se entendieran? Pero Edith era Edith y ya estaba en la cocina preparando cuanto se le había mandado. Y mi madre era mi madre y no tenía nada más que decir.

3

Provengo de una familia de judíos laicos que no abraza ninguna fe, exceptuando una pasión temporal por el cristianismo a causa de una educación inglesa. Con todo, hasta hace poco me empeñaba en considerarme judía, en parte porque me parecía que Hitler me había obligado a serlo y en parte para evitar que me consideraran alemana. Cualquier cosa menos eso. Los acontecimientos del Tercer Reich me absolvieron, por ser judía, de llevar el vergonzoso estigma que habrían de soportar los demás alemanes. El tiempo y algunos de mis escritos más recientes (este libro entre otros) han contribuido a cambiar mi percepción. Me he reconciliado con el país en que nací y he aceptado el hecho de haber nacido allí, sin advertencia previa.

El problema de la responsabilidad colectiva me preocupó cuando todavía estaba creciendo, a partir del momento en que mi padre regresó, acabada ya la guerra, jurando que jamás volvería a poner los pies en Alemania. Me molestaba su actitud intransigente con los alemanes de su propia generación. En cierta ocasión le pregunté qué habría hecho de no haber sido judío. Para mí era evidente que el no ser judío absolvía a cualquier ciudadano alemán de toda responsabilidad, salvo si éste era una víctima. «Ése no es mi problema», me respondió con brusquedad, zanjando así la conversación. Pero yo no pensaba como él. Me faltó poco para añadir: «si no hubieras tenido la suerte de ser judío». Pero sabía que eso era excederse.

Y es que la razón y el sentimiento no siempre coinciden. Yo podía entender racionalmente que no todos los alemanes eran

criminales asesinos, pero durante muchos años en mi fuero interno sentí un rencor que guardaba para mí. ¿Dónde empezaba y terminaba la complicidad? Siendo todavía joven, recuerdo haberme tomado la molestia dé mostrarme amable con una mujer alemana con el único propósito de poner de manifiesto la diferencia entre nosotras. Cuando me dijeron que mi comportamiento la había impresionado mucho, fingí no saber por qué. Las historias de alemanes que habían sufrido durante la guerra no me conmovían: «le está bien empleado», pensaba para mí, pues nunca había visto sacar a un niño alemán de entre los escombros tras un bombardeo. A los ocho años, durante el año de evacuación, vi los restos retorcidos de un avión de combate alemán abatido en Cirencester Park. La imagen me hizo pensar por primera vez que el pobre piloto debía de haber quedado igual de destrozado. Pero era el año 1940, y hacia 1945, cuando ya se tenía conocimiento de los campos de exterminio, era menos compasiva.

Claro está, Alemania ha cambiado a lo largo del último medio siglo; dada su historia, más incluso quizá que otros países. Durante mis primeras visitas a Berlín solía mentir sobre mi origen a los desconocidos, ya que, a mis ojos, cualquier persona de determinada edad podía ser un criminal de guerra. Ahora transijo más con mi pasado y tengo que convencer a una generación más joven de que, en realidad, no tiene por qué sentirse culpable de lo ocurrido. El tiempo y el nacimiento de los hijos y de sus propios hijos ayudan a cambiar las cosas, pero a veces ni siquiera eso basta para curar las viejas heridas. Las mentiras, las distorsiones y el silencio asentados a lo largo de cincuenta años deben superarse, lo cual puede ser muy difícil. Siempre supe que debía averiguar dónde y cómo habían muerto mis abuelos, y siempre encontraba excusas para no hacerlo. Un día, cuando yo misma era ya abuela, me eché a llorar de pronto sin poder parar.

Hice lo que debía hacer, solicité la información necesaria y la obtuve, pero las lágrimas, contenidas durante tantos años, no dejaban de brotar. Siendo escritora, decidí que no tenía otra alternativa que escribir un libro. Lo intenté unas seis veces, pero lo

deseché todo. Todo hijo de vecino había escrito algo similar, las estanterías estaban repletas de autobiografías a menudo predecibles, muchas redactadas por aficionados. Encontré el modo de hacerlo si escribía como abuela, recordando a mi propia abuela y, curiosamente, el resultado fue reconfortante. Sentí que no sólo yo, sino mis abuelos, cuya muerte había llorado durante tanto tiempo, estaban al fin en paz.

Por fin, razón y sentimiento se habían sincronizado, podían funcionar en armonía, y no enfrentados.

Creo que por este motivo reconozco ahora y sólo ahora, medio siglo después, el significado de cuanto Edithme contó hace tantos años. Había tantas historias raras, tantas reuniones extrañas que pertenecían a esa época inmediatamente posterior a la guerra, y mi principal interés en Edith era su vínculo con mi primera infancia en Berlín; el interés secundario, el hecho de que había estado en Israel cuando era un país recién creado, y que la había decepcionado tremendamente. Al final preferí no pensar en que había sobrevivido como judía ilegal en el Berlín de la guerra, aun sin tener dinero.

* * *

Yo misma conocía a otra persona que había vivido «oculta» con la ayuda de alemanes durante buena parte de la guerra: mi adinerada abuela paterna. Pero la situación de Unger *omi* no podía haber sido más distinta de la de aquella sirvienta pobre. A mi entender, la historia de mi abuela sólo demostraba lo que ya se sabía, que lo que más gustaba a los nazis era robar a los judíos ricos cuanto poseían. Lo que salvó a mi abuela fue la cuenta bancaria en Suiza. Ya en 1943, se puso en contacto con nosotros una señora mayor, *frau* Landsberg. Ésta había aparecido en primera plana en los periódicos británicos después de haber obtenido permiso para salir de Alemania en un viaje de intercambio gracias a que su difunto esposo había salido de Inglaterra a los dos años pero había conservado la

ciudadanía británica, de la que su viuda y su hija soltera, Gerda, todavía disfrutaban. De modo que ambas llegaron a Gran Bretaña en plena guerra, y su testimonio sobre la vida en Alemania, el país enemigo, era obviamente de gran interés para los periodistas inglese y la BBC. Yo misma había leído artículos sobre ella.

Frau Landsberg se puso en contacto con nuestra familia y nos dijo que mi abuela seguía viva, y que existía un plan para sacarla de Alemania, junto con otra docena de judíos acaudalados. Y esto en un momento en que Goebbels había declarado Berlín oficialmente *Judenrein*.

Por mediación de un banco suizo, un grupo de judíos oficialmente inexistentes habían comprado una fábrica de zapatos en Guatemala a un nazi patriótico que ansiaba regresar a su patria cuando ésta más lo necesitaba, a cambio de un salvoconducto a un país neutral. Ahora sabemos que Suiza no sentía mucha simpatía por los judíos, pues rechazó muchas veces a refugiados en las fronteras, y fue el país responsable de pedir que se sellara la llamativa J en los pasaportes alemanes a fin de facilitarles la labor. Los suizos también permitieron que trenes llenos de judíos detenidos atravesaran su territorio al amparo de la oscuridad. En cambio, revelaron sumo interés en hacer negocios con los nazis de alto rango en un momento en que los negocios habituales estaban de capa caída.

Frau Landsberg, una anciana «cultivada» cuyo único defecto parecía ser el abierto desprecio que mostraba por su hija —que, debo reconocer, era sosa y poco agraciada—, pasó a ser una amiga de la familia y, para mí, una sustituta de mi abuela. Me gustaba sentarme a sus pies, calzados con zapatos de charol negro muy parecidos a los que mis dos abuelas desaparecidas solían ponerse, y escuchar su conversación erudita. Pero mi padre trataba su historia con escepticismo.

Pasemos al verano de 1944. Los aliados acababan de desembarcar en Normandía. Mi padre estaba en casa de permiso de embarque antes de llevar el camión a las playas recién conquistadas. Llamaron a la puerta. Fui a abrir, recogí el telegrama y se lo

entregué; estaba en el baño afeitándose, desnudo de cintura para arriba. De pronto se sentó en el borde de la bañera, y mi madre le rodeó los hombros desnudos con el brazo en un raro gesto de intimidad. Mi abuela estaba en Estocolmo. Moriría durmiendo meses después, pero al menos murió en la cama. Por desgracia, no vivió suficiente tiempo —habrían bastado unas semanas más— para saber que su hija Margot y los dos niños estaban sanos y salvos, ocultos en la campiña francesa. París fue liberada en agosto, pero mi padre no se enteró de la buena noticia hasta llegar al piso de su hermana, cuando se la comunicó el portero. Mi abuela falleció en septiembre, y en la última carta que escribió a mi padre expresaba un gran desasosiego por la suerte de los suyos. También estaba arrepentida de haber causado más preocupaciones a mi padre por haberse negado a abandonar Alemania cuando aún había tiempo. El que hubiera decidido quedarse en Alemania (al parecer porque estaba convencida de que nada podría alterar su estilo de vida, ni siquiera después de que la última de sus hijas, mi tía Lotte, decidiera marcharse) confirma lo que todos sus hijos decían de ella: que era una mujer sumamente egocéntrica y que siempre lo había sido.

Después de haber leído a Ana Frank, imaginaba a mi abuela encerrada durante meses enteros en un ático oscuro y cargado. Debí darme cuenta de que esa imagen nada tenía que ver con la realidad cuando su equipaje llegó a Londres, concluida la guerra: no se trataba del simple bolso de viaje que esperábamos, sino de catorce maletas abarrotadas de objetos nuevos, muchos de los cuales eran obsequios destinados a la familia. Entre otras cosas, había lujosas mantelerías y joyas, como tres collares de perlas para las mujeres de la familia y un collar de coral para la pequeña Eva, que ya era demasiado mayor para algo tan infantil.

¿Y dónde había encontrado semejantes preseas en una época en que Berlín sufría una grave escasez de todo? Saltaba a la vista que, antes de salir del país, había hecho grandes compras, como la Reina de Saba. Decir siquiera que estaba oculta parece una exageración. Mi abuela era una mujer útil para los nazis, y ellos sabían dónde encontrarla.

Bajo un clima de incredulidad, una tarde la familia se reunió para repartir el contenido de las maletas. Recuerdo que algo tenía intrigado a mi padre. Mi abuela era diabética, por lo que necesitaba inyecciones diarias de insulina. ¿Quién se había prestado a suministrárselas y la había mantenido en vida todos aquellos años?

Edith me daría la respuesta.

4

—¿Y qué pasó luego?

Al volver de la escuela me había encontrado a Edith sola en casa, pelando guisantes para la cena.

—¿Y qué pasó después de la *Fabrikaktion*, cuando pasaste a la clandestinidad?

Edith tenía una expresión despistada, de ligero desconcierto, como si hubiera olvidado la conversación que habíamos tenido hacía poco. Puse la tetera al fuego y preparé tazas y platillos para las dos.

—¿Te molesta hablar de todo esto?

De pronto, algo en su actitud me incomodó. Tal vez mis preguntas estaban removiendo recuerdos que prefería olvidar.

—No pasa nada —dijo con tranquilidad—. Lo primero que hice fue quitarme la estrella amarilla. Evidentemente. Pero me cuidé de conservarla. Me la cosí en el dobladillo del abrigo. Para luego, para cuando llegaran los aliados.

Tomó un primer sorbo de té y dio un mordisquito a una galleta.

—Ya no podía pasearme con eso por la calle si quería ir de incógnito como un submarino alemán.

La miré con incredulidad.

—*¿Ibais con la estrella por la calle?*

—Sentí tanta vergüenza la primera vez que tuve que llevarla… No sabía adónde mirar. Pero todo era muy distinto a lo que me había imaginado. Es decir, la gente sentía vergüenza por nosotros, no sé si me explico. Era como si *ellos* se avergonzaran de lo que nos pasaba. Como realizábamos labores de guerra, se nos permitía viajar

en tranvía, pero no se nos permitía ir sentados. Los judíos siempre tenían que ir de pie. Bueno, la primera mañana que llevé la estrella amarilla en el abrigo (y no me atreví a taparla, como hacía mucha gente), un hombre se levantó para ofrecerme su asiento. Traté de negarme, pero no me lo permitió. Después empezó a pasar bastante a menudo; y la mujeres también lo hacían. A veces, evidentemente, sólo había espacio para estar de pie. Una vez, una mujer se me acercó mucho y me metió una manzana en el bolsillo. Otra vez fueron cigarrillos. En una ocasión hasta me encontré una nota con una dirección, pero nunca me atreví a utilizarla. Con todo, la conservé por si me encontraba con que no tenía adonde ir. Por suerte, siempre surgía alguna cosa o algún lugar al que acudir.

—¿Qué clase de cosas?

—Gente dispuesta a acogerte.

—¿Cómo Hans Klennermann? —sugerí. Se lo dije en broma al recordar lo que me había contado la vez anterior.

Pero Edith negó con la cabeza y mostró una sonrisa compungida.

—Murió en un bombardeo justo al principio. La fábrica entera quedó destrozada.

»La verdad es que he perdido la cuenta —dijo, y guardó silencio —. Fueron tantas personas… A veces sólo me alojaban un par de noches, a veces varias semanas. He dormido en un cobertizo, en una lavandería, en varias cocinas, en una imprenta para ciegos, donde nadie trabajaba… Lo importante era ir cambiando de sitio para que los vecinos no sospecharan. Me decían que no encendiera las luces, o que tirara de la cadena sólo a determinadas horas. Al parecer había toda una red de personas que aparecía de repente y te llevaba a otro escondite. Una vez incluso dormí en un varadero a orillas del Havel en pleno invierno. Hacía un frío de muerte, te lo aseguro. Pero sólo dormí allí unas cuantas noches.

»Lo importante era dar la impresión de que te dirigías a alguna parte, caminar con decisión y paso firme. Iba a la avenida Ku'damm y miraba los escaparates aunque no hubiera nada que comprar. Aunque de haberlo, tampoco tenía dinero. A veces iba al Tiergarten

a dar de comer a los patos si tenía la suerte de llevar encima un mendrugo. Con el tiempo incluso empecé a ir al cine otra vez, aunque al principio me daba miedo y no quitaba ojo a la puerta. Pero dentro estaba caliente, pasaba el rato y dejaba de pensar en lo que estaba sucediendo. Salvo cuando proyectaban los noticiarios, claro, con imágenes de tanques alemanes entrando en países extranjeros, matando a personas que no habían hecho ningún daño a los alemanes. La propaganda triunfal. Esperaba con ansias el momento en que apareciera Zara Leandery se pusiera a cantar, para sentirme feliz y olvidarme de todo durante un par de horas.

—Así que a pesar de todo seguías saliendo a la calle.

—Claro que sí —dijo Edith, levantándose a tirar las vainas a la basura para luego echar más agua caliente a la tetera—. Era la única manera de no perder el juicio. La madre de una amiga solía salir a pasear con un velo de viuda para no despertar sospechas. En esa época se veían a muchas mujeres de negro, así que nadie sabía qué aspecto tenían y, por supuesto, respetaban su pena, su noble sacrificio por la patria. Además, era importante mantener el contacto con otras personas que vivían en la clandestinidad. Había una cafetería o dos donde los ilegales podían intercambiar información útil, pero debían ir con cuidado, estar pendientes de la puerta. La Gestapo sabía que estos sitios existían, claro está, y podían decidir pasarse por allí cualquier tarde con «la rubia Lorelei», o con algún judío traidor que hubiera hecho un pacto con ellos para delatar a los suyos y salvar el pellejo. Dicen que esa Lorelei llevaba siempre un sombrero verde, pero yo nunca la vi.

—¿Qué clase de información se intercambiaba? —pregunté. Viendo a Edith en ese momento, era difícil imaginarla en otro mundo, tratando de salir adelante.

—Para empezar, cuál era el mejor sitio donde obtener papeles falsos. Si los tenían, las cosas eran mucho más fáciles.

—¿Y a quién acudías?

Había olvidado por completo la hora, y creo que Edith también. En cualquier momento podía interrumpirnos alguien que entrara por la puerta principal.

—Bueno, la policía solía ser de gran ayuda.

—¿La *policía*?

Aquella historia era cada vez más extraña. Si no hubiera sabido que Edith era demasiado inocente, demasiado ingenua para engañarme, habría sospechado que se lo estaba inventando todo.

Edith se rió y hasta sonrió burlonamente al ver la expresión en mi rostro.

—No me refiero a la Gestapo, *so dummkopf*. Me refiero a la policía corriente, a la policía local. Por lo general, se prestaban a ayudar si les decías que habías perdido la documentación en un bombardeo o algo así. Entonces te daban un formulario en blanco y te salías con la tuya y conseguías una nueva identidad. Sólo necesitabas un sello, y si ellos no te lo daban, un falsificador podía conseguírtelo, imprimiendo, por ejemplo, el sello antiguo con un huevo duro. Las cosas eran más fáciles a medida que los bombardeos empeoraban, pues eran muchos los que habían perdido sus casas de verdad, la cartilla de racionamiento…, o todo. Y la policía ya no podía controlarte aunque quisiera, ya que no tenían acceso a los registros centrales. Las cosas, la organización al completo, se estaban desmoronando, y todo el mundo lo sabía. Me convertí, pues, en Hedwig Schmidt, de Pomerania. No encontré a nadie que pudiera teñirme el pelo, pero por lo visto daba igual. Entonces fue cuando empecé a trabajar para la tendera de la que te hablé. Ayudaba a servir a los clientes y dormía en la trastienda. Era agradable. Todos eran muy amables, nadie hacía preguntas incómodas, y sobraba mucha comida, hasta que los bombarderos aliados arrasaron la zona y dejó de haber clientes, lo que llevó a *frau* Körner a cerrar la tienda. Le supo muy mal, pero consiguió encontrarme otro sitio en el que alojarme, aunque sólo fuera unos días.

De pronto me acordé de mi abuela y su diabetes, y de cómo había intrigado a mi padre que mi abuela hubiera sobrevivido en esas circunstancias.

—¿Te acuerdas de mi abuela, la madre de mi padre?

—¿*Frau doktor* Unger? Claro que sí.

Edith amontonó las tazas y los platos en el fregadero y fue a la

despensa a coger patatas.

—Vivió oculta en Berlín hasta 1944, y era diabética. ¿Quién la cuidó? ¿Quién le proporcionaba la insulina que necesitaba?

—Oranienburger Strasse —respondió Edith sin vacilar, poniéndose a pelar las patatas—. No tardó en correr la voz de que en esta consulta médica ayudaban a los ilegales. Clandestinamente, claro está, y casi siempre después de anochecer. Cuando hacían falta medicamentos, recurrían a las muestras gratuitas que obtenían de las farmacéuticas, o uno de los paciente legales se ofrecería a ir a la farmacia con una receta, fingiendo estar enfermo. Así debieron de hacerlo con *frau doktor* Unger, porque necesitaba la insulina a diario. No podías aparecer por allí sin más, claro está, salvo en caso de urgencia o para pasar un recado. Para entonces ya no funcionaba casi ningún teléfono, aunque de todas maneras nunca sabías quién estaba escuchando. Había quien llegaba cuando ya era de noche y llamaba con una señal acordada. Un invierno contraje una bronquitis aguda. La mayoría de gente se ponía enferma, en invierno, ya que no había calefacción, ni comida casi, y los bombardeos habían dañado las casas de una forma o de otra: las ventanas se tapaban con tablas, los techos tenían goteras, en fin, de todo. Los veranos no se pasaba tan mal. Podía salir a buscar verduras frescas a huertos particulares, pero en invierno no, porque el suelo estaba congelado y no encontrabas nada que llevarte a la boca. La gente empezó a ir al Tiergarten a buscar leña y a romper lo que quedara de sus muebles para calentarse. Los suministros de carbón no llegaban cuando hacía muy mal tiempo, porque los vehículos se atascaban en el hielo. Yo no estaría aquí de no haber sido por el personal de la clínica, que venían a visitarme todas las noches, aun cuando hubiera sonado la alarma antiaérea.

»Por entonces pasaba mucho tiempo en un sótano. De hecho, allí vivíamos unos seis, así que estaba bastante abarrotado. La parte superior de la casa había saltado por los aires durante un bombardeo, pero solíamos subir a la cocina para guisar siempre y cuando no hubieran cortado la luz. A menudo tampoco había agua y teníamos que ir a buscarla con cubos. Y lavarse era un lujo.

En casa, mi madre le permitía un baño a la semana.

—Nos turnábamos para lavarnos en la cocina, donde también lavábamos y tendíamos la ropa. Seguro que olíamos mal, pero la ciudad entera apestaba debido a los escapes de gas, los cadáveres bajo los escombros…

Me quedé mirando cómo sumergía en el agua con sus dedos regordetes una patata recién pelada para darle un último enjuague.

—Cuando dices «olíamos», ¿a quién te refieres? —pregunté, levantándome para abrir al perro, que rascaba la puerta de la cocina —. ¿Erais todos judíos ilegales?

—No, por Dios.

Edith le dio una de sus galletas al perro y miró cómo se la comía en un abrir y cerrar de ojos para lamer enseguida las migas del suelo de linóleo.

—Yo era la única.

—¿Y los demás lo sabían?

—Por supuesto. Había un muchacho que tenía pavor a que lo llamaran a filas para mandarlo al frente oriental. A esas alturas había muchos desertores, aun siendo un delito castigado con la pena de muerte. Había también unos chicos que no le veían sentido a ir a combatir cuando la guerra estaba claramente perdida. Había una mujer con su hija, cuyo padre había muerto o desaparecido. Ya habían bombardeado dos veces el lugar en el que vivían. Y había otra mujer, miembro del Partido, que al principio rechazó categóricamente mi presencia, pero al parecer cambió de opinión poco después. Quizá vio que no era tan grave, pero puede que fuera por otros motivos.

Edith calló un momento. Y esbozó su sonrisilla. Se secó las manos y colocó la cacerola con patatas sobre los fogones.

—Todo el mundo sabía que la guerra estaba perdida, que los aliados estaban llegando y que se habían cometido crímenes atroces, sobre todo contra los judíos, de los que tendrían que dar cuentas. Dadas las circunstancias, ayudar a salvar la vida de un judío podía beneficiar mucho a alguien luego, cuando llegara el día del juicio final.

»Como la guerra llegaba a su fin, hasta una judía pobre podía ser útil —siguió contándome con la cabeza metida en la despensa—. No me malinterpretes —añadió, saliendo para tomar aire con una cebolla en la mano—. La gente se había portado muy bien conmigo, a menudo exponiéndose a cierto riesgo, pero recuerdo a una o dos personas que sólo querían su *Persilschein*.

Puse cara de extrañada. Mi alemán me estaba fallando.

—*Waschpulver*. Jabón en polvo. «Persil lava más blanco» —añadió en un inglés vacilante que demostraba su atención a las omnipresentes vallas publicitarias. Creo que era la primera frase completa que le oía pronunciar. Me eché a reír.

Edith hizo lo mismo y, al menos, su sonrisa se amplió.

—Los berlineses cuentan buenos chistes —me dijo—, incluso en los malos tiempos. Sobre todo entonces. En cuanto al *Persilschein*, vino después de los aliados. Los judíos que sobrevivieron gozaban de ciertos privilegios, como raciones extra y, si había suerte, una habitación aceptable. Las demás personas tenían que recibir el visto bueno y demostrar que no habían colaborado con los nazis. Algunas personas me pidieron que dijera que me habían tratado bien, que me habían ayudado en algún momento, que me habían dado comida, que me habían escondido, y en muchos casos así fue. En cuanto a los demás… —dijo y se encogió de hombros—, a veces me daban pena.

—¿Cómo que te daban pena? —En aquella época solía expresar fácilmente una indignación justificada.

—No tienes ni idea, Evchen, de lo terrible que era todo. Me alegro de que tu abuela se las arreglara para marcharse cuando pudo. No quedó más que muerte y destrucción. Ya no podías reconocer tu propia calle, y mucho menos esperar encontrar la puerta de tu casa. La mayor parte del tiempo no había transporte público, agua, ni electricidad, y las calles eran impracticables debido a los escombros. Eso sí, para entonces los mandamases ya habían puesto tierra por medio. Incluso podías ir a la Wilhelmstrasse a ver cómo metían sus pertenencias en camiones. Los obreros extranjeros, que ya no tenían trabajo porque todas las fábricas se habían paralizado, acudían a

abuchearles. Y esos mismos extranjeros a los que habían esclavizado eran, la mitad de las veces, quienes ayudaban a apagar incendios y a sacar a gente viva o muerta de entre los escombros después de un bombardeo. Aquellos que habían buscado refugio en lugares subterráneos se ahogaban cuando las tuberías principales reventaban. Yo misma vi cómo sacaban a niños muertos…

Edith se quedó callada, y yo no sabía cómo romper el silencio.

Había oscurecido de repente. Nubes de tormenta se acumulaban tras la ventana de la cocina. Me levanté a encender la luz y miré la hora. Era un reloj masculino que mi padre me había traído de la Alemania ocupada.

Mi primer reloj de pulsera. En Inglaterra todavía era un objeto de lujo, pero en Alemania podía obtenerse a cambio de unos pocos cigarrillos: cosas del ejército.

—Y luego llegaron los rusos —prosiguió—. Todo el mundo les temía. Así que los trenes que se dirigían al oeste, al menos aquellos que funcionaban todavía, siempre iban abarrotados.

Tenía los ojos rojos, lacrimosos, por la cebolla que había pelado. Pasó un trapo a la mesa de la cocina y tiró la piel exterior, marrón y quebradiza, a la basura.

—Me advirtieron que no lo intentara. Decían que la Gestapo todavía registraba trenes en busca de judíos ilegales, incluso a esas alturas.

Se había puesto a llover, y el agua empañaba la imagen al otro lado de la ventana.

—Así que pensé —añadió, volviéndose de espalda—, que no podía ser tan grave…

Edith volvió a enmudecer. Sólo se oía la lluvia, que cada vez caía con más fuerza.

Yo había oído hablar de los rusos, de lo que hacían a las mujeres. Y decidí que había llegado el momento de subir a hacer los deberes. Era preferible no hacer ciertas preguntas.

* * *

Recuerdo que esa noche dormí mal. Me acordé de las fotografías del noticiario de Berlín tras la derrota final, las imágenes de kilómetros y kilómetros de edificios sin tejados. Me acordé de la última fotografía de pasaporte de mi abuela: una mujer vieja y demacrada que aparentaba el doble de su edad; de cómo mi padre la había sacado de entre los objetos de su equipaje, que habíamos abierto en familia aquella tarde de posguerra. Mi padre rompió la foto sin pensarlo dos veces, pero me dio tiempo a verla: aparecía sentada sobre el brazo de su butaca, mirando por encima del hombro. Esa fotografía no se correspondía con los objetos de lujo extendidos ante nosotros. La mujer rellenita del último retrato, hecho antes de la guerra, que posaba con el pelo blanco minuciosamente iluminado por detrás, había encogido hasta convertirse en aquella irreconocible anciana medio muerta de hambre.

Echada en la cama, pensé en los rostros, en los lugares al otro lado de la línea divisoria, del tenebroso río de la muerte —la laguna Estigia, el canal de la Mancha o como quiera llamarse— y traté de contarlos: la mujer que nos vendía coliflores en la Wittenbergplatz, el *Schupo* que detenía el tráfico en la esquina para permitirnos cruzar sin correr peligro. *Fräulein* Minna, que llevaba la casa de mis abuelos y siempre tenía una sonrisa para mí cuando entraba en la cocina a mirar los azulejos holandeses; el conductor del tranvía que me llevaba al colegio y que se aseguraba de que bajara en la parada correcta: Roseneck. Las tiendas en las que habíamos estado, y las mujeres que en ellas trabajaban y nos vendían el género, sonrientes, serviciales y educadas. Y, en concreto, la persona que ayudó a mis abuelos a escoger una pulsera de oro para mí, con un medallón que representaba a uno de los querubines de la Madonna Sixtina, que tenía que asomarse sobre el mostrador para verme porque yo era muy pequeña.

Y Edith. Sólo uno de los muchos, de los incontables rostros sin nombre que habían formado parte de un mundo desaparecido del que yo había escapado. Del que también Edith, que sí tenía un nombre, había resurgido una vez más, aferrándose a nosotros tras el naufragio.

TERCERA PARTE

1

Recuerdo el verano de 1948 como una experiencia placentera. Había aprobado el Certificado Escolar General el año anterior, a los quince, y por tanto, podría cursar los dos últimos cursos de la enseñanza secundaria en tres años; por el momento, pues, me podía tomar las cosas con tranquilidad. Materialmente, la vida también fue mejorando. Mi padre había comprado un Morris Minor y hacíamos excursiones al campo muchos fines de semana, en una época en que las carreteras estaban felizmente vacías e ir en coche era divertido. Recogíamos campanillas, organizábamos meriendas al aire libre y hacíamos visitas regulares a una granja que nos vendía huevos frescos para complementar nuestra exigua ración.

Edith tenía la mitad de un día libre por semana, pero no lo aprovechaba. Cuando llegó, la convencí de visitar el Parlamento y el Big Ben, pero más adelante perdió el interés en ir a ver lugares turísticos.

Siempre que llegaba del colegio me la encontraba sola en una casa vacía. Sentada en la cocina, a menudo sin nada que hacer. No tardé en darme cuenta de que me esperaba a mí.

Como mi madre le había fallado, había desarrollado cierta dependencia conmigo. Yo sabía que Edith debía salir de casa durante su tiempo libre, asistir a clases de inglés, conocer a personas en una situación similar a la suya, pero mi madre no había hecho nada para fomentarlo, y al parecer Edith carecía de voluntad para hacer algo al respecto por iniciativa propia. Pensé en hablar con mi madre, pero sabía que sería peor, que no había nada que hacer. Sabía

que se ofendería, que se enfadaría conmigo por meterme donde no me llamaban y que pagaría su enfado con Edith, que era demasiado vulnerable para defenderse.

Así que no hice nada. O mejor dicho, seguí acudiendo a la cocina tan pronto llegaba a casa para escuchar sus penas, que, a esas alturas, ya eran del todo explícitas. Edith estaba sola en el mundo, y yo era su única amiga. *Frau* Unger no la tomaba en consideración y no hablaba con ella, salvo cuando le daba órdenes. En una ocasión me dijo que ojalá me casara pronto, porque así trabajaría para mí. No hice ningún comentario al respecto, pero entendí que Edith no vivía en el mundo real. Estaba anclada en el pasado. A los dieciséis años, yo no tenía ninguna intención de casarme en un futuro próximo, y cuando lo hiciera, no tendría una sirvienta permanente en casa. La mujer para la cual había trabajado antes de la guerra se había desvanecido, y había venido a nosotros en busca de un recuerdo, acaso idealizado con el tiempo.

A esa altura de nuestra relación, en la que predominaba su desdicha, pregunté por su familia y supe por primera vez que se había criado en un orfelinato. En tal caso no había esperanza posible: estaba realmente sola en el mundo. Ahora bien, para ser justa con ella debo decir que no buscó un nuevo comienzo poniéndose en contacto con mi madre enseguida. Antes viajó como judía ilegal a Palestina, desde donde nos había escrito. Y si alguna noticia dominó los titulares aquellos meses de primavera y verano fue la creación de Israel. Yo sabía muy poco del tema, y tampoco me interesaba, pero los pocos noticiarios del cine que vi prometían con mucho optimismo sol y esperanza. Muchos judíos parecían contentos de verdad.

Yo sabía muy poco acerca de Oriente Próximo, pero sabía que llegar a Palestina en 1947 debía de exigir iniciativa y valor considerables. ¿Qué sucedió entonces? ¿Por qué Edith se marchó de allí, después de haber superado tantos apuros? Su primera respuesta me impresionó. Mirando al cielo boreal por la ventana, donde empezaban a prenderse las gotas de lluvia, me dijo: «Porque todos se odian entre sí».

No sé qué respuesta esperaba, pero desde luego no esperaba algo así. Pensé que el mal tiempo le había afectado, o que añoraba Europa. No era propio de Edith ser tan sentenciosa. Y censuraba todo aquello que el nuevo estado de Israel representaba, los rostros sonrientes que había visto en los noticiarios. Años después, cuando inicié la investigación para este libro, descubrí que no sólo Edith pensaba de este modo, sino también otras personas que habían visitado la región durante la contienda, antes de que Israel fuera creado, ya durante los años difíciles, ya antes o después de 1948. Ingleses que estaban allí y que se vieron obligados a quedarse durante la guerra, como la novelista Olivia Manning, o funcionarios del gobierno que tenían la labor nada envidiable de procurar que el protectorado funcionara, o refugiados judíos desafortunados que habían huido de Hitler y que carecían de interés previo en el sionismo; a todos ellos les inquietó en mayor o menor medida lo que allí encontraron. Y no sólo fue una hostilidad implacable entre judíos y árabes, sino entre los judíos que no tenían nada en común salvo la religión, y a veces ni eso. Cuando inicié las lecturas preparatorias para este libro, ya no era la colegiala cándida de 1948, y me di cuenta de que Palestina jamás habría podido proporcionar a Edith aquello que estaba buscando al terminar la guerra, cuando se hallaba tan sola en el mundo.

A lo largo de los últimos diez años, cuando empezó a interesarme la historia de Edith, me centré en su reacción negativa con Israel. Creo que toda mi vida he pensado que la creación de Israel fue un error histórico, injusto para los árabes, que no fueron los responsables del Holocausto. Nunca he creído que aquello de «hacer crecer dos briznas de hierba allí donde solía crecer sólo una» justificara la ocupación de un territorio que pertenecía a otros. Desde entonces, los acontecimientos de los últimos años han disipado la visión utópica, idealista, de los primeros años, que llevó a tantos jóvenes a trabajar a los *kibbutz* y a tantos judíos británicos a establecerse allí. Desde 1948 han pasado muchas décadas y se ha construido toda una mitología falaz entorno a la creación de Israel. A raíz de la rabia creciente que me provocaban las circunstancias de

Oriente Medio y la difícil situación de los palestinos, pensé que la historia de Edith contribuiría a arrojar luz sobre la verdad. Edith fue embaucada, como lo fueron otros miles de personas.

2

Con el paso de los años se ha ido cimentando el mito de que Israel se creó porque un mundo culpable quiso reparar la masacre de los judíos. Todo lo contrario: Israel surgió en buena parte como consecuencia de la presión de Estados Unidos para acabar con un problema pertinaz: qué hacer con los judíos detenidos por los nazis con el fin de ser asesinados pero que al terminar la guerra seguían vivos. Se les conocía como «desplazados» (DP, según las siglas empleadas en inglés) y, para hablar claro, nadie los quería.

No obstante, la presente historia es ante todo la de Edith, y ella no era una desplazada. Para empezar, era una ciudadana alemana en suelo alemán. Ni siquiera había estado en un campo de concentración, condición previa para que los aliados consideraran a alguien un desplazado. Por otra parte, la estrella amarilla que se había cosido a su gastado abrigo le aseguraría un trato especial por parte de las autoridades en cualquier parte de Berlín.

Sus problemas, tanto entonces como luego, cuando acudió a nosotros, eran sobre todo emocionales.

La situación de Edith en 1945 era rara. Por una parte, debía su vida a la amabilidad de algunos alemanes, muchos de ellos desconocidos que corrieron riesgos por ella. Por otra parte, difícilmente podía olvidar que los alemanes, sus compatriotas, habían organizado y perpetrado el Holocausto. Mi madre tenía una prima que había sobrevivido a los campos de concentración, así como sus hijas; en cambio, su madre no. Años después, mi madre estuvo en Berlín y pasó a verla. La describió de la siguiente manera:

«Parece que viva en una jaula dorada y odia a todo el mundo». Su hija acabó casándose con un alemán, así que supuestamente se reconcilió con el pasado. Edith, en cambio, no tenía a nadie, a ningún pariente. Y dada su edad y su carácter, difícilmente encontraría un esposo.

Al concluir la guerra, debió de acentuarse en ella el sentimiento de soledad. Durante la guerra, la supervivencia era un fin en sí misma. Podía concentrarse en resolver ese problema día a día sin necesidad de pensar en nada más. Tampoco habría tenido sentido hacerlo, pues cualquier cosa podía suceder, y seguramente así sería. Además, siempre se había encontrado con personas dispuestas a ayudarla, sobre todo cuando la guerra se acercaba a su fin. No porque pudiera dar buenas referencias de ellas llegado el momento, sino porque todo el mundo sufría cada vez más el suplicio de intentar sobrevivir en aquellos últimos meses.

Sin embargo, cuando la guerra llegó a su fin y los aliados dividieron Berlín, poco a poco se estableció una nueva normalidad. La vida era difícil para los supervivientes, la mayoría de los cuales eran mujeres, niños y ancianos. La comida escaseaba gravemente y la ciudad estaba en ruinas. Grupos de mujeres se afanaban en retirar los interminables escombros ladrillo a ladrillo con la única ayuda de sus propias manos. Las madres que buscaban comida y combustible para alimentar a sus hijos hallaban de vez en cuando un trofeo entre los cascotes, quizás una pieza de ropa o una cacerola que no estaba inservible. Las casadas vivían preocupadas por los esposos que no habían regresado del frente oriental. Los tranvías no funcionaban, los grifos solían estar secos, y cuando los caballos caían muertos en la calle la gente se repartía la carne.

Quienes habían ayudado a Edith a sobrevivir durante tanto tiempo fueron alejándose poco a poco, atribulados por sus propios problemas, que no eran pocos ni desdeñables. Edith ya no los necesitaba: ahora era una de las afortunadas, y con toda razón. El antiguo compañerismo entablado a raíz de los apuros y el miedo, y el odio creciente por el régimen, se fueron disipando. ¿Dónde estaban ahora? ¿Dónde estaban aquellos con los que había pasado

noches enteras sentada, escuchando el zumbido de los bombarderos Lancaster y el escalofriante silbido que precedía a la explosión, que indicaba que la bomba había caído sobre otra persona y no sobre ti? ¿Dónde estaba aquella prostituta que había ofrecido sus servicios de balde a unos soldados rusos para evitar que violaran a la inocente hija de una mujer? ¿Y aquella nazi con carné del Partido, que inicialmente se había negado a compartir el sótano con una judía y que luego informó de que ésta había muerto para que nadie la buscara? Bien se habían marchado de la ciudad o bien habían regresado a sus hogares (o lo que quedara de ellos) para tapar agujeros en el techo, o para cambiar los relojes de esposos desaparecidos por cigarrillos, la nueva moneda en circulación.

Entretanto, yo llevaba el reloj de algún joven que no había regresado al hogar. Quienquiera que fuera el dueño, ya no lo necesitaba, y a mí me permitía llegar puntualmente al colegio. ¿Fue en 1948 cuando me regalaron el primer reloj de señora por mi cumpleaños? Entonces ya era una señorita, consciente de mi apariencia, y aquel año estaban en boga los relojes de cristal curvo y correa estrecha de piel. El reloj del soldado muerto fue a parar a la basura. Era un objeto viejo, como las sandalias del año anterior.

* * *

En alguna ocasión Edith visitó a un par de aquellas personas que la había tratado bien, pero el encuentro fue violento. Parecían contentas de verla y aceptaban de buen grado cualquier regalo que ella les llevara, como galletas o caramelos para los niños. Pero el compañerismo de antaño se había desvanecido. Incluso percibió un asomo de vergüenza, tal vez por quien ella era. Los aliados se habían asegurado de que todos los ciudadanos alemanes supieran sin sombra de duda qué se había hecho a los judíos en su nombre.

Edith se sintió triste y abandonada como nunca. Ahora tenía un pisito con vistas a un solar próximo al aeropuerto, pero la soledad la

oprimía. No había tiendas ni cines cerca y, debido a su condición de judía, estaba exenta de ponerse en las filas, como las demás mujeres cubiertas con pañuelo, para pasar ladrillos polvorientos de unas manos a otras. De todos modos, aquella tarea tampoco la atraía y, para entonces, ya sabía que no participaría en la reconstrucción de la ciudad donde había nacido. A menudo pasaba horas sentada en su pequeño apartamento contemplando el solar al otro lado de la carretera o escuchando el sonido de los aviones al aterrizar o al despegar en el aeropuerto de Tempelhof. Lloraba bastante sin saber por qué.

En alguna ocasión pensó en buscar trabajo, pero, ¿de qué? Solía acercarse al centro, donde había vida y actividad, por decirlo de algún modo, y donde se sentía como en casa a pesar de la devastación. Alguna que otra cafetería había vuelto a abrir, sobre todo de cara a los soldados de la ocupación, pero ella sabía que no tenía la belleza ni la confianza para servir mesas. Es más, bastaba con fijarse en las mujeres que trabajaban en aquellos locales para saber que no vendían solamente café genuino o sucedáneos.

Acudía dos veces por semana a mirar las listas de supervivientes y de fallecidos. Así supo, y bastante pronto, que *schwester* Eva, nuestra niñera, había muerto de tifus y, con la noticia, otra esperanza se desvaneció. Aunque buscara a conocidos entre otros rostros que miraban las listas, no reconocía a nadie, sólo la expresión de su propio sufrimiento. Le dijeron que volviera, ya que ponían al día las listas constantemente, pero por entonces ya era incapaz de sentir emoción alguna. De todas maneras, ¿a quién estaba buscando? Aunque encontrara a alguien, ¿iba a importarle a esa persona o a ella misma? Ni siquiera Eva había sido amiga íntima: las circunstancias las habían unido en un momento determinado, pero no era nada especial. La realidad era que no tenía a nadie a quien perder.

A pesar de todo, siguió acudiendo a mirar las listas, porque tampoco tenía nada más que hacer; porque no formaba parte de nada, salvo de aquellos rostros ansiosos, otros ilegales que habían salido a la superficie en busca de información. De vez en cuando veía soldados aliados, ya estadounidenses, ya británicos, en busca de

parientes que habían dejado en Alemania al huir de los nazis.

3

—Jamás habría imaginado —dijo Edith— que pudiera haber tantos judíos en el mundo. Hay judíos en lugares tan remotos como Rusia, ¿lo sabías? No tenía ni idea, hasta que llegaron los ivanes. Los alemanes les tenían pavor, y quienes no pudieron salir de Berlín intentaban esconderse. Sobre todo las mujeres. Ninguna estaba a salvo de ellos. Pero a veces, si estaban de buen humor, te daban comida. Una vez, cuando un iván descubrió nuestro sótano, los demás le dijeron que yo era judía y, por tanto, debía dejarme en paz. ¿Y sabes qué hizo? Me besó en las dos mejillas, me mostró una fotografía de su madre y luego repetía *Yid, evrei* señalándose a sí mismo para explicar que él también era judío. Y después se echó a llorar.

Edith movió la cabeza con incredulidad.

—Creo que estaba un poco borracho —añadió—. Olía a vodka.

»Después de aquello les tenía menos miedo. Sabía que todo iría bien si les mostraba la estrella amarilla. A menos que estuvieran muy borrachos, era fácil zafarse de ellos.

»En cuando a los soldados estadounidenses, muchos eran judíos con nombres alemanes. Les veías buscando supervivientes judíos en las listas. Yo seguía acudiendo a mirarlas cada pocos días, más por tener algo que hacer que con la esperanza de encontrar a algún conocido. Y al final conocí a alguien. Elsa Cohen. Habíamos crecido juntas en el orfelinato y habíamos mantenido el contacto posteriormente, durante un tiempo, cuando solíamos quedar para salir en grupo y esas cosas. Y allí estaba, en carne y hueso,

mirándome. "¿Edith?" Imagínate, ninguna de las dos encontraba las palabras, y luego nos pusimos a hablar a la vez. Elsa se había estado entrenando para ser colona en Palestina desde muy pronto, pero yo no sabía que se las había arreglado para ir a Oriente Medio antes del conflicto. Ahora había vuelto para reclutar supervivientes que quisieran una nueva vida en lo que pronto sería Israel, el estado-nación judío.

»"Ha llegado nuestro momento", me dijo, agarrándome del brazo. La experiencia le había sentado bien, desde luego, ya que estaba tostada y tenía un aspecto saludable, parecía una atleta.

* * *

A juzgar por lo que Edith me contó, era evidente que Elsa había sido convincente. En eso consistía su trabajo y, para ser franca, debo decir que Elsa realmente creía en la causa sionista. En la posguerra, muchos de los judíos que se habían establecido en Palestina antes de la contienda fueron enviados a Europa con el objetivo de reclutar supervivientes, pero la mayoría trabajaban a sol y sombra en los campos, especialmente en aquellos a cargo de norteamericanos, que trataban de reclutar a ex prisioneros cansados, desanimados y cada vez más desmoralizados, sin ningún lugar adonde ir.

E incluso en estos casos surgía un problema, ya que Estados Unidos y Gran Bretaña siempre estaban en desacuerdo sobre la cuestión. Gran Bretaña parecía el nuevo enemigo, pues patrullaba el Mediterráneo con lanchas cañoneras para evitar que los judíos desposeídos llegaran a su nueva y legítima patria. Ésta era la versión de Elsa sobre los hechos.

—Pero —prosiguió Edith—, los reclutadores tenían toda clase de trucos para esquivar a su ejército y su armada. Entretanto, las autoridades norteamericanas animaban encarecidamente a los sionistas que venían de visita y que a menudo asumían la dirección de los campos de desplazados (que hasta hacía poco habían sido

campos de concentración alemanes), inscribían a los internos en partidos políticos de los que nada sabían, introducían comida *kosher* en las cocinas y se aseguraban de que todos los niños recibieran una educación judía desde pequeños. Es cierto que esta disciplina contribuyó a subir la moral. Muchos desplazados procedían de Europa del Este, donde nadie los quería y adonde no deseaban regresar. De modo que permanecían en el limbo de aquellos odiados campos, mientras el resto del mundo discutía sobre qué hacer con ellos.

Elsa se había encontrado con Edith por pura casualidad. Se había desviado a Berlín para hacer una visita personal, para ver si había quedado algo de su ciudad natal y, de paso, para averiguar si quedaba alguien de la comunidad judía berlinesa, de la cual había sido un miembro activo. Lo que vio y oyó contar en Berlín no sólo no la descorazonó, sino que fortaleció su confianza y la convenció de había sido un acierto ir a Palestina diez años atrás. La vida ahí tenía sus dificultades, pero nada que no pudiera superarse, sobre todo ahora que se castigaba severamente a aquellos judíos que habían rechazado la llamada a Eretz Israel por su falta de fe.

Si Elsa estaba pletórica, Edith estaba deprimida como nunca. Había sobrevivido a la guerra, a las deportaciones y al bombardeo sin tregua sobre Berlín, pero, ¿para qué? Cuando miraba las listas de los muertos que jamás regresarían de Auschwitz, Sachesenhausen o otros campos, sólo confirmaba lo que ya sabía: estaba sola en el mundo. Nadie la amaba, nadie la quería, nadie buscaba su nombre en las listas de supervivientes con la esperanza de encontrarlo. Incluso Elsa, que parecía alegrarse de verla, se había topado con ella por casualidad.

Por lo tanto, quizá fuera inevitable que Elsa pudiera manejarla a su gusto. Edith tenía ante sí una visión, la posibilidad de un nuevo comienzo en un nuevo país del que formaría parte de verdad. Sería una judía entre judíos, una gran familia con la que lo tendría todo en común. Elsa le habló del movimiento *kibbutz*, que consistía en formar parte de una comunidad: así nunca volvería a sentirse sola. Edith se acordó del soldado ruso que la besó en las dos mejillas y le

mostró una fotografía de su madre; se acordó de un soldado británico llamado Rosenberg que, rebosante de alegría, la cogió en volandas y la hizo girar en el aire sólo porque estaba viva; se acordó de un soldado estadounidense de Dahlem que se echó a llorar al descubrir el nombre de su abuela entre las listas de los muertos y que se dirigió a ella en un alemán vacilante e infantil.

Por primera vez en meses, se ilusionó y se le aceleró el pulso. Invitó a Elsa a su pisito de Tempelhof, y presenció cómo la mujer que la acompañaba, también de piel morena y pelo decolorado por el sol, miraba las paredes sucias que no habían recibido una mano de pintura en años y se asomaba a las ventanas de la sala de estar, que daban al solar verde y vacío bajo un cielo nublado.

«Es muy bonito —le dijo al fin con firmeza, dejándose caer sobre la única silla—, pero, ¿qué vas a hacer aquí?».

Y Edith tuvo que reconocer que no tenía ni idea. Estaba pensando en adquirir una silla nueva, pero, ¿quién iba a sentarse en ella? Tenía una cama, una silla y una mesa. ¿Qué más había tenido en su vida?

Elsa aprovechó la ocasión.

«¿Quieres buscar trabajo de criada, servir a algún maldito alemán y limpiar su mierda?».

Elsa presentó a Edith a una compañera que daba charlas en el centro social judío —o cuanto quedaba de éste— en la Fasanenstrasse, una ruina entre ruinas. Muy pocos iban a escucharla, ya que la mayoría tenían la intención de reunirse con familiares en diversas partes del mundo, desde Estados Unidos hasta Sudamérica. Puesto que Edith no tenía familiares, decidió que los judíos del mundo serían su familia, e iría a Palestina con Elsa.

4

A juzgar por lo que Edith me contó en la cocina de Hendon, Elsa era una mujer claramente formidable. Me habló de ella en un tono que denotaba pesar.

—Yo confié en ella —me dijo con tristeza, moviendo con nerviosismo un paño de cocina—. Y de pequeñas ni siquiera éramos amigas íntimas. De hecho, entonces era Else, sin más. Pero ahora insiste en que la llamen Elsa. Dice que así no es tan alemán.

—Creía que entonces todos adoptaban nombres hebreos —dije yo.

Edith se encogió de hombros.

—Hay quien sí.

—Pero tú estabas desmoralizada —añadí—. Además, seguro que tenía buenas intenciones.

—No digo que no.

Creo que en ese momento alguien nos interrumpió, y oí el resto de aquella triste historia un día o dos después.

* * *

Por lo que sé de los emigrantes de posguerra a Palestina, sospecho que Elsa seguía instrucciones, de modo que sabía muy bien lo que se hacía. Debía de trabajar desde dentro del campo de desplazados que se le había asignado como parte de un equipo, y no debía de estar

actuando por iniciativa propia durante el breve permiso en Berlín. ¿Qué la motivó? ¿La lástima por una vieja conocida que era claramente desdichada? ¿O un propósito menos loable, como demostrar su capacidad de solventar cuestiones, de cambiar vidas para mejor? Por lo que Edith me contó de ella, no me cabe ninguna duda de que los ideales sionistas de Elsa eran completamente sinceros. Pero también tendría que haber sabido que Edith no iba a ser feliz en aquel nuevo entorno, que no estaba hecha para éste ni tenía la edad adecuada, y que no encajaba en absoluto con la clase de «material humano» que ella y sus compañeros de reclutamiento estaban buscando.

Por otra parte, gracias a mis investigaciones recientes también me consta que en la etapa anterior a 1948 (y, de hecho, también en las posteriores), lo fundamental era reclutar a cuantos más mejor. Así que en ese momento cualquiera valía siempre y cuando fuera judío.

* * *

En 1948 aún tenía un concepto inocente sobre Israel. No era un tema del que se hablara en la familia. Ni siquiera la llegada anual de una caja de pomelos por Navidad hacía recaer la conversación sobre el tema. «Sí —decía mi padre—, tengo una tía en Palestina que se llama Eva». Y en esto quedaba todo. Nunca hablaba de ella ni de su familia ni de cuando ésta se marchó a Palestina.

Mucho antes de 1948, cuando Edith llegó, yo era consciente de que habíamos huido de Alemania, pero también sabía que en casa nunca habían considerado Palestina un destino posible. Sabía que habían reservado un pasaje a Bangkok a raíz de la desesperación que siguió a la Noche de los Cristales Rotos, y no sabía nada de la tía abuela que vivía en Palestina. Es evidente que nunca se consideró una alternativa. ¿Acaso porque éramos judíos laicos, o porque creíamos que allí había árabes hostiles? Cualquiera que fuera la

razón, lo único que sabía de Israel cuando se consolidó como una realidad eran los cuatro anuncios que había visto en los noticiarios del cine, la propaganda alentadora que intercalaban entre la regata de Henley y los anuncios de la última moda en sombreros.

Así que si pregunté a Edith por qué no había sido feliz allí, fue por pura ignorancia. En las imágenes sólo había visto rostros felices y risueños, jóvenes y sanos, muchachos que parecían *boy scouts* con sus pantalones cortos de soldado, disfrutando de aire fresco y sol en los albores de una nueva vida. Palestina apareció mucho en las noticias aquel verano debido a la creación de Israel. Se proyectaban muchos noticiarios sobre la historia de supervivientes de campos de concentración que alcanzaban la Tierra Prometida, y sin asomo de publicidad negativa. Nunca había conocido a nadie que hubiera estado en esa parte del mundo, y mucho menos que hubiera ido allí a vivir. Así que la evidente decepción de Edith despertó mi curiosidad.

Pensé que tal vez habría echado de menos Alemania, o que no había podido aguantar el calor ni los mosquitos. Yo sabía que las condiciones de vida eran muy duras, pero después de lo que había pasado en Berlín no pensé que la habría disuadido el hecho de vivir en condiciones rudimentarias, como dormir en una tienda de campaña.

Aún hoy recuerdo lo que me respondió, palabra por palabra: «Porque todos se odian entre sí».

Me dejó pasmada, y tardé un rato en entender a qué se refería.

En primer lugar, como ocurrió con tantos otros, le habían hecho creer que Palestina era «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra». Sospecho que, sin negar la existencia física de un pueblo con prioridad sobre el territorio, Elsa desdeñó el problema. Con el tiempo he averiguado que muchos de los reclutadores que visitaban los campos informaban a sus superiores de que tenían la impresión de que los presos de los campos de concentración estaban agotados por todo lo que habían pasado y que carecían de la fortaleza física o mental para iniciar una nueva vida en Palestina y luchar contra los árabes.

Sin embargo, los sionistas no tenían otra opción que recibir el «material humano» que se les ofrecía. Aquella era la mejor oportunidad, o probablemente la única, de hacer realidad el sueño de un estado judío. En cuanto a los desplazados, se hallaron frente a una oportunidad similar, o más bien ante una ausencia de oportunidades: ir a Palestina o quedarse en los campos.

Sin comerlo ni beberlo, Edith se encontró en un *kibbutz*. Supuestamente debía aprender hebreo, pero le costaba. Algunos de los que llegaron con ella hablaban otras lenguas entre sí, pero jamás alemán. Tampoco le gustaba disparar al azar a los árabes, actividad que supuestamente debían practicar de vez en cuando. La desilusión era mayor cuando oía contar historias sobre soldados británicos asesinados en manos del Irgun, el movimiento de resistencia de Begin. Se dio cuenta desde muy pronto de que no caía bien a algunos miembros del *kibbutz*, que hacían comentarios maliciosos sobre ella y a menudo le encargaban las tareas más desagradables. Al fin alguien le explicó qué sucedía. La trataban así porque venía de Alemania. Porque era una *yekke*.

Pobre Edith. Ella, que había ido hasta Palestina para encontrarse entre los suyos, entre judíos, esa familia universal, y resultó que le hacían el vacío por haber venido de Alemania. El término procede de la palabra alemana *Jacke*, «chaqueta». Según el mito, los judíos alemanes eran tan estirados que vestían ropa de ciudad incluso para trabajar los campos. A este apelativo subyacía el resentimiento contra un grupo de personas que se consideraban socialmente superiores, que no eran verdaderos sionistas sino meros «sionistas de Hitler» y aspiraban a entablar relaciones amistosas con los árabes.

Fue el caso del escritor Arnold Zweig, que se refugió en Palestina pero era profundamente infeliz. Echaba de menos las comodidades «civilizadas», no le entusiasmaba nada vivir entre judíos (algo nada inusual entre personas de su clase social), odiaba el nacionalismo intolerante y la insistencia en hablar hebreo. En 1938 escribió sobre el terrorismo judío en una carta a Freud:

> Una terrible venganza caerá sobre nosotros […] Los judíos que llegaron a este país contra la voluntad de la mayoría árabe y que desde 1919 han sido incapaces de ganarse la buena voluntad de ésta, sólo tenían un elemento a su favor: su posición moral, su resistencia pasiva. Su agresión en cuanto inmigrantes y la agresión de los terroristas árabes han anulado a unos y a otros. Pero si ahora arrojan bombas, un futuro infausto nos espera a todos.

Poco después de la guerra Zweig se marchó a Alemania Oriental. Muchos «sionistas de Hitler» salieron de Palestina tras la derrota de Alemania, entre otros Walter Laqueur. El futuro infausto que Zweig vaticinó todavía se está revelando.

Alison Owing, en su excelente libro titulado *Frauen*, sobre mujeres alemanas que sobrevivieron al Tercer Reich, recuerda en la introducción a una amiga «que regresó decepcionada de un viaje a Israel en 1970»:

> Dijo que había mucho odio entre los judíos. Lo decía porque la mayoría de israelíes habían inmigrado de todo el mundo y, por ello, tenían poco en común. Y *a nadie* le gustaban los judíos alemanes. Su pulcritud era irritante. Se pasaban el tiempo barriendo la entrada de su casa, regando sus malditas plantas. Eran tan *alemanes*…

La novelista británica Olivia Manning se hallaba en Palestina durante la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, puso su visión de los hechos en boca de un personaje de ficción que los describió de la siguiente manera:

> […] es un lugar espantoso, donde todos se odian entre sí. Los judíos polacos odian a los judíos alemanes, y los rusos odian a los polacos y a los alemanes. Todos viven en comunidades pequeñas, cada una de las cuales procura acaparar lo posible para sí misma ya se trate de trabajos, comida, pisos o casas. Por otra parte están los judíos ortodoxos, que llegaron aquí los primeros y quieren controlar el cotarro. Los judíos occidentales son sofisticados y odian a los tradicionales judíos del casco antiguo, que lucen gorros de cuero, caftanes y agarraderas de bujarrón [los tirabuzones de las sienes]. Los ves merodear los sábados mirando tiendas para asegurarse de que nadie abre a escondidas. Lo único que hacen es rezar y golpearse la

> cabeza contra el Muro de las Lamentaciones. Sus mujeres tienen que mantenerlos. Aparte, todos los judíos comparten el odio por los árabes, y los judíos y los árabes comparten el odio por la policía británica, y la policía odia a los funcionarios del gobierno porque los miran por encima del hombro y no les permiten formar parte del club. ¡Qué lugar! Dios sabrá quién se lo quedará al final, pero quienesquiera que se lo queden, desde luego no les envidio.

Ya en 1931, un funcionario británico escribió: «Qué país… Hay más odio por kilómetro cuadrado que en ningún país del mundo».

* * *

Al conocer a Edith en Berlín, Elsa le contó a su amiga lo que ella quería oír. No hacía falta ser una adivina para advertir que estaba desesperada por tanta soledad y que no tenía idea de qué hacer con el resto de su vida. Ella había trabajado con supervivientes desplazados en los campos y se había encontrado con aquel caso muchas veces: personas que no tenían a nadie por quien vivir ni lugar al que ir; personas que habían vivido un infierno y ahora se encontraban con que nadie las quería. Y si no hallaban un objetivo en la vida, se desmoralizaban y se volvían cínicos. Ella y sus compañeros sionistas sabían cómo infundir esperanza y, con ella, la disciplina necesaria para alcanzar su ideal, un país formado únicamente por judíos. Y si con esto no bastaba para sacudir a Edith y sacarla de su depresión, tenía por delante la vida en un *kibbutz* para forjarse ilusiones.

Me figuro que, mirando aquel pisito lóbrego, le diría algo así como «imagínate, si tú quisieras nunca volverías a vivir sola». Y le explicaría el sistema comunitario con su comedor y cocina, y cómo llevaban incluso a los niños a una guardería comunitaria: «por tanto, podrías dedicarte a cuidar niños si quisieras». Y seguro que Elsa adivinaría que lo que le estaba contando a Edith, que a su edad era improbable que fuera a formar una familia, la tentaría.

Aunque sólo fuera eso, Elsa tentó a Edith con la idea de trabajar en un *kibbutz*. Y así lo reconoció cuando tuve ocasión de hablar con ella otra vez.

—Para ser sincera —me confesó—, me asustaba la idea de empezar una nueva vida a partir de cero, por mi cuenta, en un país desconocido. Si hubiera tenido tu edad, Eva, habría sido diferente. Seguramente habría aprovechado la ocasión sin pensarlo dos veces, me lo habría tomado como una aventura, como una oportunidad emocionante.

—¡Desde luego que sí! —exclamé—. Cualquier cosa con tal de salir de Alemania.

Abrí el bote de las galletas, se lo ofrecí y me quedé mirando por la ventana.

—Espera a haber pasado unos cuantos veranos ingleses. Un hermoso día, por citar a Madame Butterfly.

Como es lógico, no entendió aquel comentario manido.

—Pero yo ya no soy joven. Y ni siquiera sabía cómo volver a iniciar mi vida en el piso que me habían dado, en la ciudad donde había vivido toda mi vida. Y lo que ella me contó sobre la vida en un *kibbutz* hacía que todo pareciera diferente. Maravilloso.

—Ya lo sé. He visto los noticiarios. No soy comunista, pero la idea de compartirlo todo me parece magnífica.

El arranque que provocó mi comentario me impactó.

—No son más que mentiras —gritó—. No nos querían a ninguno de nosotros, les daba igual de dónde viniéramos, les importaba un comino el infierno que hubiéramos pasado. Es más, precisamente debido a lo que nos había ocurrido no querían saber nada de nosotros. Incluso habían hablado de construir otro comedor para no tener que comer con nosotros, los *sabonim*. Así nos llamaban, *sabonim*, meras pastillas de jabón. Porque se dijo que los alemanes habían hecho jabón con la grasa de cadáveres judíos.

La impresión me había dejado muda. Aquel grado de hostilidad, de cruel desprecio, me parecía increíble. En todo caso, lo del jabón no podía ser verdad. Edith lo habría entendido mal. Movió la cabeza. Nunca le había visto una expresión tan adusta.

—En cierto modo, habría preferido que nos hubieran metido en un comedor diferente. De todas maneras los *sabras*, los veteranos, eran muy reservados y bromeaban en hebreo. De vez en cuando nos lanzaban miradas, así que era obvio que estaban hablando de nosotros.

—¿«Nosotros»? Entonces no estabas tan sola…

—Sí y no. Había una mujer que trabajaba en uno de los campos y que había perdido a su esposo y sus dos hijos. No aguantó mucho: una noche se colgó en su cocina. E hice buenas migas con una muchacha llamada Marianne, de Breslau, que había estado en un campo de trabajos forzados y no tenía adonde ir ahora que Breslau era parte de Polonia. Nos hicimos bastante amigas, hablábamos de nuestras cosas en alemán en los ratos libres, que no eran muchos. Pero los demás recién llegados eran *Ostjuden* y hablaban yiddish entre ellos. Estos robaban, apenas si trabajaban y trataban especialmente mal a Marianne porque procedía de una parte de Polonia que había sido alemana. Decían que no era una auténtica judía porque no santificaba el sábado. Pobre Marianne, estaba muy disgustada; enseñaba el número tatuado en el brazo y decía: «¿Entonces esto qué es?». Creo que echaba de menos a su familia, que había muerto al completo, y también añoraba su pueblo natal, pues sabía que jamás regresaría. «Ahora todas las calles tienen nombres polacos», me dijo. Solíamos charlar de noche en susurros para que nadie nos oyera hablar en alemán.

No sabía qué decirle. Edith estaba visiblemente afectada, de modo que guardé silencio un rato. La lluvia había cesado, y unos tenues rayos de sol aparecieron antes de atreverme a decir nada.

—Pero —empecé a decir con timidez— pensaba que la idea de crear Israel consistía en ofrecer a las víctimas de los nazis la oportunidad de iniciar una nueva vida, una patria para aquellos que no tenían adonde ir.

Edith negó con la cabeza.

—Nos despreciaban —dijo con la voz entrecortada, buscando las palabras—. Nos amenazaban como si apenas fuéramos humanos. Polvo humano, nos llamaban. De hecho, más de una vez me dijeron

que sólo yo tenía la culpa de cuanto me hubiera pasado durante la guerra. Que tenía que haberme ido de Europa, haber respondido a la llamada de Sion mucho antes. Nos decían que nosotros nos lo habíamos buscado, que éramos todos unos degenerados. Que éramos tenderos y comerciantes serviles despojados de una tierra que por derecho nos pertenecía. Había incluso quien decía que Hitler había sido enviado como castigo. Hacían comentarios sobre nuestro físico: estábamos pálidos y éramos enfermizos, y no valíamos para el trabajo necesario, ya fuera arar la tierra o defenderla contra el enemigo. Decían que Goebbels no se equivocaba al describirnos del modo que lo hizo…

Su voz se fue apagando. Era la primera vez que la veía llorar.

5

Cuanto Edith me contó sobre el recién creado estado de Israel me causó desconcierto e incredulidad, pues la suya era una condena radical y generalizada. No sé qué esperaba oír, si es que esperaba algo. Lo cierto es que yo sólo sentía curiosidad. Ante mí tenía a una judía de verdad que no sólo había estado allí, sino que lo había abandonado tremendamente decepcionada.

Edith, que se sentaba en la cocina con gesto apenado a esperar que yo llegara del colegio. Edith, que quería verme crecer para trabajar para mí. Yo tendría que haber entendido lo tortuoso y descorazonador que debió de haber sido su viaje para llegar hasta allí, para regresar con mi familia. Probablemente era demasiado joven para apreciar la profunda decepción que había sufrido antes de venir. Mi madre, teniendo en cuenta la clase de persona que era, no podía comprender ni por asomo el estado de ánimo que había llevado a Edith a tomar la decisión de volver con nosotros. Yo sabía, o creía que sabía, que necesitaba sentirse parte de la familia. Aunque como la había conocido de niña, la consideraba un miembro de ésta. Pero dudo que seis años después el cariño que pudiera recibir compensara la soledad que residía en lo profundo de su existencia.

Yo sabía, y estaba segura de que Edith también, que los judíos alemanes siempre habían mirado con desprecio a los *Ostjuden*, los judíos polacos que había emigrado en masa a Alemania antes de 1933 por ser éste un país de cultura y oportunidades económicas. En 1948 sabía esto desde hacía mucho tiempo, porque mi tía Margot había deshonrado a la familia al casarse con un polaco que, por

desgracia, respondía al estereotipo. No tenía modales a la mesa, como esperaban de él, y además en muchas ocasiones fue infiel a su esposa (cosa que nadie esperaba). Edith también sabía aquello sobre los judíos polacos, aunque sólo fuera porque los nazis habían empezado a deportarlos en 1938 y los judíos alemanes autóctonos no les prodigaban su simpatía. No pocas veces se les acusaba de ser los culpables del auge del antisemitismo.

Quizás Edith supuso que, después de lo ocurrido en Auschwitz, tales divisiones entre unos judíos y otros se olvidarían. De hecho, todos lo supusimos. Pero resultó que supusimos mal. Los alemanes la habían tratado bien, y un soldado ruso la había abrazado por ser judía como él. Y Edith había abrigado demasiadas esperanzas en aquel par de incidentes aislados. La idea de que el sufrimiento mejora a las personas es un mito. Pongamos por caso a mi madre.

Cuando Edith pasó a la clandestinidad durante la guerra, afrontaba la vida día a día, lo cual le concedía una suerte de fortaleza. No tenía sentido preocuparse por el mañana. Si la Gestapo no la capturaba, las bombas de los aliados la matarían. Ahora bien, una vez terminada la guerra, tenía toda la vida por delante: un vacío. Elsa parecía prometer lo que nadie había sabido brindarle, una vida completamente nueva, un nuevo comienzo y compañerismo. Dudo que por entonces (y dudo que alguna vez en su vida) Edith esperara encontrar a un hombre con el que compartir su vida. Nunca había sido particularmente atractiva y a esas alturas no es que no fuera joven, sino que rozaba la madurez, lo cual hacía más cruel su situación.

Edith había olvidado las lecciones que le había enseñado una vida de penurias. Los fastidios menores y las penas mayores de vivir en grupo en un orfelinato. Su empeño la ayudó a salir adelante. Y quizá también a superar el terror nazi. Pero el sueño que Elsa le había prometido la defraudó. No era el tipo de judía que querían en la Tierra Prometida. Ser una *yekke* estirada y con aires de superioridad ya era bastante malo, pero ser una víctima era infinitamente peor. El Nuevo Judío era como los personajes de las películas de Leni Riefenstahl, de belleza helénica. El Nuevo Judío

arremetía primero; se avergonzaba, sin reconocerlo, de aquellos que se habían dejado matar sin luchar por su vida y, por consiguiente, los rechazaba, si bien los utilizaba para sus propios fines políticos. Los ideales del Nuevo Judío que se propuso crear Israel tras la guerra eran asombrosamente similares a los de su opuesto: el antiguo nazi. Y aquello no era un buen augurio.

No era el lugar apropiado para Edith. Allí no la querían, y a ella no le gustó lo que encontró Y como el futuro no tenía nada que ofrecerle, escribió a mi madre, buscando amparo en el pasado. El gobierno de Gran Bretaña, generoso como era a menudo con los refugiados, le permitió venir a Hendon a trabajar para nosotros en una casa de las afueras con una habitación disponible (aunque por desgracia inapropiada, demasiado pequeña para sus necesidades). Esto me figuré antes de que llegara, y estaba en lo cierto.

CUARTA PARTE

1

Toda una vida separa de la actualidad los hechos que he descrito, toda una época de recuerdos. Esto no es sólo una historia personal, las memorias de unos hechos personales; recoge lo que hoy es historia, y nuestra perspectiva sobre acontecimientos importantes cambia inevitablemente con el paso del tiempo. Yo tuve la desgracia de vivir uno de los períodos más catastróficos de la historia europea. La vejez suele ser una etapa de regresión, pero para las personas como yo rememorar conlleva problemas. No puede ser una etapa de nostalgia serena. Quienes tuvieron la suerte de sobrevivir al genocidio se encuentran con que deben afrontar fantasmas del pasado, personas a las que perdieron y que no descansarán en paz, que carecen de una última morada para hacerlo y donde podamos hacerles ofrendas, con una lápida que indique el lugar, que asegure que las cenizas, junto con el polvo de otros millones de personas, no se pierdan en el viento y nos persigan eternamente.

La palabra *genocidio* surgió en 1944 para ocupar un vacío en el imaginario del mundo civilizado, pero no se pronunció durante años. Era demasiado impersonal para el mundo en general y no era lo bastante personal para quienes habíamos sufrido la pérdida de seres queridos. Durante unos veinte años, en familias como la mía existía un velo de silencio, en parte por un sentimiento de culpa, en parte por temor a lo que pudiéramos encontrar si osábamos mirar. Una suerte de fascinación por los métodos de asesinato, por las atroces posibilidades, empeoraban nuestra situación. Cuando no se conocen los hechos reales, la imaginación se impone y no nos deja

en paz. Entiendo a qué se refiere la gente que dice, al final de un juicio por asesinato, que la sentencia es de por vida.

Muchos de nosotros estamos inevitablemente marcados por la pérdida de seres queridos, pero la llegada de una nueva generación (los nietos) es inesperadamente balsámica, aun cuando hacen preguntas, las mismas que hemos evitado afrontar durante tanto tiempo. Quizás ésta sea su función, o parte de ella: hacer las preguntas difíciles. Todos ellos están estudiando el Tercer Reich en el colegio, respondiendo a esas preguntas difíciles, latentes, en los exámenes. Las cosas que la abuela recuerda ahora son parte de la historia, que, al fin de al cabo, es también la suya. Son muy conscientes de que no habrían nacido si yo no hubiera sobrevivido. Cuando me lo dicen me siento feliz, y el último vestigio de culpa se desvanece.

Sin embargo, hay algo que debe señalarse, que nunca se repetirá suficientes veces. Nosotros no nos considerábamos víctimas. La compasión por nosotros mismos era lo último que queríamos. No pensábamos en el pasado constantemente, ni mucho menos: la mayoría ansiábamos dejarlo atrás y seguir adelante. Jamás habría pensado que un día sería testigo de una cultura del victimismo en la que los negros compiten con los judíos para ver quién ha sufrido más.

En 1945, la matanza de seis millones de judíos no se consideraba el aspecto más grave de la guerra. Con el tiempo, eso ha cambiado. Cuando Raúl Hilberg publicó la primera edición de *The Destruction of the European Jews* en 1961, la fundación Frank y Janina Petschek tuvo que subvencionarla. Lo sé porque fui una de las personas que adquirieron un ejemplar de esa primera edición, movida por la necesidad de saber cómo se había organizado el mecanismo de asesinato en masa empleado. Es difícil de creerlo hoy en día, cuando el libro de Hilberg es un clásico que no deja de ampliarse. Aunque tal vez no lo sea tanto, pues las películas de Hollywood y las innumerables memorias que se publican (algunas de ellas falsas) tratan sobre el sufrimiento personal y no responden a una cuestión mucho más importante y que tantos se plantearon en

1945: ¿Cómo era posible que un país como Alemania, ilustre cuna de Beethoven, se hubiera rebajado a cosa semejante?

La obra de Primo Levi también fue acogida por muy pocos lectores cuando se publicó por primera vez. Ahora sus libros no dejan de reeditarse. Quizá, durante muchos años, los hechos quedaban peligrosamente cerca en el tiempo, aparte de las demás atrocidades cometidas durante los años de guerra. La gente estaba cansada y lo que quería era evadirse. Sólo los jóvenes y los inocentes bailaban alrededor de hogueras la noche en que se conmemoraba la victoria de los aliados. Ni siquiera yo, a los trece años, sabía muy bien qué pensar sobre lo sucedido.

Con todo, en un momento en que la vida pública y la privada se entrecruzaban como nunca, sabía que el silencio guardado en la familia coincidía con la conducta pública. Como judía laica, no puedo hablar por quienes asistían a la sinagoga. Me figuro que rezarían el *kaddish*, pero no estoy segura. Pero como cristiana que acataba los preceptos, asistía a las asambleas escolares todas las mañanas y acudía una vez al mes a la parroquia como exploradora, y sé de buena tinta que no se dedicaban oraciones a los judíos fallecidos. Tampoco recuerdo que el director de mi colegio hiciera observación alguna al respecto, pese a ser un anciano propenso a dar sermones, tanto en las asambleas como en las sesiones semanales a los alumnos de los dos últimos años de enseñanza secundaria, a la manera de Sócrates. Y ninguno de nuestros amigos ingleses hizo amago nunca de preguntarnos o expresar sus condolencias al respecto.

Aunque, para ser sinceros, ¿qué iban a decir? Lo que yo recuerdo, lo que todos recuerdan, es la famosa emisión de Richard Dimbleby desde Belsen después de que las tropas británicas abrieran las puertas del campo de concentración y se horrorizaran ante lo que encontraron. Los esqueletos andantes, las máquinas que enterraban cadáveres descarnados con indelicado apremio. La gente salió del auditorio y no pronunció una palabra el resto del día.

Los razonamientos vinieron después. ¿Podría haberse hecho más? ¿Debería haberse hecho más? Comoquiera que fuera, ya era

demasiado tarde. Y quizá durante un tiempo existió un sentimiento de culpa, ya que Gran Bretaña no había sido inmune al antisemitismo en la década de 1930. Durante los años siguientes, en ocasiones yo misma lo percibía, invariablemente en personas incapaces de reconocer a un judío a simple vista, del mismo modo que no era posible distinguirlos en Alemania, a pesar de la odiosa propaganda de Goebbels; o debido a ésta.

El gobierno británico sabía qué estaba pasando, pero, por motivos que nunca he llegado a comprender, lo mantuvieron en secreto. Ni siquiera advirtieron a sus propios soldados, que llegaban para «liberar» a vivos y muertos, sobre qué iban a encontrarse, y, en consecuencia, muchos de ellos se desmoronaron.

Sin embargo, ¿cómo se prepara a alguien para algo tan nuevo, tan insospechado? Ahí reside la diferencia entre vivir acontecimientos en tiempo presente, y recordarlos cuando ya forman parte de la historia, de algo que tus nietos aprenden en la escuela. Ahora tenemos las palabras para describirlos, se han publicado diccionarios, y los muertos han estado muertos durante mucho tiempo.

Israel también ha sufrido una transformación fundamental desde que se creara en 1948. Edith descubrió por experiencia propia que los *sabras* no recibían con los brazos abiertos a los supervivientes de Europa, a los que trataban casi siempre con desdén. El Nuevo Judío, preparado para luchar por su tierra prometida contra cualquier advenedizo, no tenía tiempo para el victimismo, y aun así Israel tiene el Yad Vashem, donde están registrados los nombres de los muertos y donde se honra a los justos. Tiene un día conmemorativo, en que el tráfico se detiene y se guarda silencio. Grupos de israelíes visitan Auschwitz vestidos con uniformes a rayas del campo de concentración. Eichmann, que vivió abiertamente en Sudamérica durante años, fue secuestrado inesperadamente por el Mossad en 1960 y fue juzgado en Israel. La idea de que encontrar a Eichmann fue la consecuencia de una larga campaña es un mito conveniente, revelado recientemente por alguien que sabía exactamente dónde encontrarlo y que hacía tiempo que trataba de hacer algo al respecto.

En su importante libro *The Holocaust and Collective Memory* (El holocausto y la memoria colectiva), Peter Novick pone de relieve que el juicio a Eichmann fue un momento decisivo. A partir de entonces se animó a los sobrevivientes a contar sus historias, y el mundo ya estaba dispuesto a escuchar. Hollywood tomó cartas en el asunto, las editoriales ansiaban publicar más memorias sobre una época que se estaba disipando rápidamente en el tiempo. Un granuja de poca monta llamado Schindler se convirtió en un héroe nacional. Había nacido el culto al victimismo, y un músico suizo que se hacía llamar Wilkomirski adquirió fama internacional con sus memorias sobre su primera infancia en un campo de concentración… antes de hacerse público que era un impostor. El sionismo surgió a raíz de la persecución, y al final el nuevo estado de Israel tuvo que adoptar el victimismo como una forma de justificación de sus actos, aunque también había fomentado la idea del Nuevo Judío, que era duro y agresivo cuando actuaba en defensa propia. Lo cierto es que Israel se desmoronaría mañana si no fuese por la gran ayuda de Estados Unidos.

La creación de la mayor parte de estados-nación es una mezcla de hechos reales y ficticios, de mitos y memoria colectiva. Pero la idea de que Israel es un país seguro para los judíos es claramente absurda. Es un territorio demasiado pequeño, está rodeado de enemigos, y la mayoría de judíos se sienten más seguros en Finchley o Manhattan aunque apoyen a Israel y vayan allí alguna que otra vez de vacaciones. Por otra parte, no solamente es un estado racista, pues hay que ser judío para vivir en él, sino también teocrático.

El mundo está lleno de judíos, y buena parte de ellos son laicos. Hitler enviaba a cualquier judío a la cámara de gas siempre y cuando un solo abuelo de éste practicara todavía la antigua religión. En cuarenta años de ocupación desde 1967 (lo cual confirmaba las predicciones de Ernest Bevin sobre el expansionismo judío), no se ha conseguido una resolución de paz, a la vez que el problema demográfico no se resolverá por sí solo. Dicho sin ambages, los árabes se reproducen más deprisa que los judíos, y ahora el estado de Israel acepta a cualquiera que quiera convertirse. Y ahora traen a

falashas de Etiopía, un pueblo no reconocido como judío hasta 1975, cuando empezó a convenir atraerlos a Israel.

2

Casi dos décadas separan mis conversaciones con Edith sobre Israel de la Guerra de los Seis Días. En 1967 ya me había casado y divorciado, había tenido dos niños y acababa de publicar mi segunda novela. Dudo que reflexionara sobre cuanto Edith me había contado. Y si lo había hecho seguramente sería para suponer que entonces el país todavía estaba en pañales, todavía era un crisol, y que los antiguos desacuerdos entre los distintos grupos era ahora menos graves.

Al igual que muchas personas que conocía, el resultado de la guerra me causó un gran alivio. Israel tenía buena prensa en esa época, y pese a que siempre he puesto en duda su derecho a existir, tenía la convicción de que, si bien el país mantenía una posición de superioridad moral, cumplía las promesas iniciales de compartir las ventajas occidentales con sus vecinos árabes, y su existencia ininterrumpida era a esas alturas el mejor resultado posible. Si hubiera estado mejor informada sobre el sionismo, si hubiera sabido que Israel tenía un plan alternativo secreto, me habría horrorizado. Que yo supiera, nadie predijo que Cisjordania seguiría bajo ocupación israelí cuarenta años después. Aunque, por otra parte, nadie previó la caída del bloque comunista ni las posibles consecuencias.

Año tras año, he observado cómo la situación se deterioraba y adquiría cada vez peor cariz. Con la caída del muro de Berlín se abandonó cualquier pretensión de hacer justicia a los palestinos. La idea de un estado judío siempre había sido inherentemente racista,

pero ahora era algo patente. Una vida árabe no valía nada, e Israel continuaba justificando su conducta agresiva, sus propios orígenes, con los crímenes del Tercer Reich. Los indicios de nuevas olas de antisemitismo se usaban para justificar Israel y sus políticas, cuando en realidad los mismos israelíes son los responsables de suscitar hostilidad hacia los judíos, que a menudo tienen que defenderse explicando que no aprueban la ocupación de Cisjordania ni el trato criminal que se da a los árabes desposeídos. Yo misma he sido tachada de judía antisemita y, sí, de *yekke*, por no apoyar a «mi pueblo». A esto siempre contesté que gracias, pero que era británica y que, habiéndome explicado alguien muchos años atrás qué era un *yekke*, estaba orgullosa de contarme entre uno de ellos.

Me hallaba recordando a Edith y las historias que me había contado hacía tantos años. Las mezquinas divisiones existían entonces, y era evidente que seguían estando presentes. Tras el enfrentamiento que he descrito más arriba y salir hecha una furia del supermercado sin saber qué hacer con mi rabia, me vino a la mente una historia en concreto. Según me contó Edith, la persona en cuestión se llamaba Auerbach y había tenido problemas con los nazis como izquierdista radical antes incluso de que lo mandaran a un campo de trabajos forzados por ser judío. En el *kibbutz*, no inspiraba simpatía a los *sabras* porque cometía la temeridad de expresar sus opiniones cuando discutían. De los recién llegados, se esperaba que callaran, en particular de los judíos de Hitler, que tenían que considerarse afortunados por estar allí. Pero un día, este fanfarrón de Frankfurt tuvo la indecencia de afirmar que era fundamental entablar buenas relaciones con los árabes, o jamás habría paz. Al parecer, acabó marchándose a Estados Unidos con una especie de beca.

Y de pronto supe qué hacer con mi rabia. Contar la verdad. Israel había explotado el pasado, el sufrimiento de personas como mis abuelos, a los que habría consternado las atrocidades que se estaban cometiendo en su nombre. Las personas dignas como mi abuelo, que había tachado el nombre de Israel de su documento de identidad antes de subirse al tren que lo conduciría a la muerte,

habría reconocido la franja de Gaza como lo que era: un campo de concentración. Mi abuelo nació en Hamburgo, sirvió a su país, Alemania, en la Primera Guerra Mundial, y llevaba un galón de veterano en la solapa. ¿Qué tenía que ver Israel con él, o con los demás judíos nacidos en Alemania y que de pronto se encontraron con que tenían otro nombre con el que identificarse?

3

La verdadera historia de la creación de Israel es inquietante y por ello ha venido bien olvidarla con el tiempo y reemplazarla por el mito de que la matanza de millones de judíos fue culpa del mundo entero. De hecho, es precisamente la historia de los miles de judíos que no murieron, porque Alemania fue derrotada en 1945 y fue incapaz de terminar la labor que asumió por cuenta propia de limpiar el mundo, o cuando menos Europa, de judíos.

Es fácil llorar a los muertos. Casi no cuesta nada y confiere un halo de virtud a quienes los lloran. Otra cosa muy distinta es tratar con miles de personas desplazadas, sin dinero, a menudo mental o físicamente enfermas, que necesitan ayuda temporal y un lugar que puedan considerar su casa.

Judíos.

Judíos que, sin comerlo ni beberlo, fueron desarraigados y desposeídos.

Judíos a los que, lisa y llanamente, nadie recibiría con los brazos abiertos, sobre todo después de una guerra de consecuencias catastróficas, pero que tenían que ir a alguna parte. Estados Unidos sería, al final, el país que decidiría su destino. Y desde entonces, hemos vivido con las nefastas consecuencias que acarreó tal decisión.

* * *

Al terminar la guerra, los aliados se encontraron con un problema: miles de supervivientes judíos que no tenían adonde ir. Personas desplazadas que no tenían más alternativa que quedarse en los campos de los que supuestamente les habían liberado. Muchos procedían de lo que era entonces el bloque soviético, donde el nuevo régimen o sus habitantes no los quería; muchos de estos países tenían una larga historia de virulento antisemitismo y, en general, se habían apropiado de las pocas propiedades de sus vecinos judíos. De modo que estos judíos no consideraban la posibilidad de regresar a sus respectivos países: no tenían nada por lo que volver y sólo hallarían penurias, hambre y persecución.

Los judíos holandeses habían regresado a Holanda, los judíos franceses a Francia, los italianos a Italia. Como es fácil de comprender, pocos judíos alemanes deseaban establecerse de nuevo en Alemania, a pesar de los incentivos materiales. Algunos tenían familia en Gran Bretaña o Estados Unidos, circunstancia que permitía emigrar a estos países. Un nivel de educación relativamente elevado también contribuía a facilitar las cosas. No era raro que algunas jóvenes judías alemanas, prisioneras en los campos, contrajeran matrimonio con sus libertadores, soldados británicos, e iniciaran una nueva vida en el Reino Unido.

Contrariamente a lo que suele creerse, los supervivientes del Holocausto ansiaban llegar a la Tierra Prometida de sus viejos antepasados. Querían ir allí donde sus antepasados más próximos habían anhelado emigrar: América. Ahuyentados por la pobreza y los pogromos, había atraído a miles de judíos de Europa del Este desde el siglo XIX. Algunos de ellos adquirieron pasajes para el Nuevo Mundo, fueron a parar a Gran Bretaña más o menos por error y se quedaron. Quizás algunos de esos primeros emigrantes habían oído hablar del sionismo y puede que incluso estuviera de acuerdo con éste, pero pensaban que Palestina era un destino para otros y no para ellos. En cuanto a los judíos alemanes, austríacos y otros judíos europeos, consideraban a Hertzl un hombre un poco fuera de sus cabales, y no tenían intención de renunciar a un estilo de vida ni a los derechos políticos y civiles que habían adquirido. Se

advirtió a los judíos británicos de que la creación de una patria judía sería un pretexto para el antisemitismo y llevar a otros a poner en tela de juicio sus derechos civiles como ciudadanos de Gran Bretaña. Esta advertencia quedó de sobra confirmada con el Tercer Reich, que actuó encantado, en connivencia con los primeros colonos de Palestina, proporcionando incentivos materiales para animar a judíos alemanes y austríacos a emigrar a Palestina en la década de 1930. Eichmann, a cargo de limpiar Austria de judíos tras el Anschluss, incluso visitó Palestina con el propósito de poder recomendarla de primera mano a los judíos austríacos que acudían a su oficina. El propio Herzl vaticinó que los principales partidarios de una patria judía serían regímenes antisemitas, si bien semejante perspectiva no parecía preocuparle. Muy al contrario.

El hecho de que Alemania hubiera sido un país de oportunidades para los judíos, sobre todo después de 1871, se les reprochó cuando el país empezó a pasar por malos momentos. A partir de 1933 los judíos se percataron de que tarde o temprano tendrían que abandonar Alemania, y América era el primer destino elegido, no sólo por ofrecer oportunidades económicas, sino porque estaba más lejos de los ejércitos de Hitler, que no dejaban de crecer. Ni siquiera la Luftwaffe podía volar tan lejos. Los judíos que se marcharon pronto pero se establecieron en Francia u Holanda cometieron un error fatal. Cuando menos Gran Bretaña estaba al otro lado del canal de la Mancha y contaba con un gobierno que, en general, dejó de aplicar las regulaciones de inmigración tras la Noche de los Cristales Rotos.

Ahora bien, Estados Unidos jamás cambió las regulaciones de inmigración por graves que fueran las circunstancias. El sistema de cupos que se aplicaba a los judíos alemanes antes de la guerra y que mantenía a muchos en Estas de espera, confiando en que aumentara el número, ahora se aplicaba a los desplazados, estancados en antiguo territorio alemán convertido en campos de los aliados. Antes de la guerra solamente se había permitido la entrada a unos pocos judíos de Europa del Este, y así se mantendría después de aquélla. Un húngaro, por ejemplo, podía llegar a esperar unos diez

años.

¿Qué iban a hacer con aquellas personas? Europa estaba en ruinas. Sólo Estados Unidos, como país rico que era, podía ayudar a reconstruir el continente. Gran Bretaña había participado en el conflicto con valentía, pero ya no era una potencia mundial y estaba al borde de la bancarrota, en gran parte debido a la guerra. En cuanto al bloque soviético, los funcionarios animaban a los judíos que seguían allí a marcharse hacia el oeste y a entrar a los campos, ya que los aliados sólo los reconocerían como desplazados si eran internos y, como tales, como posibles candidatos para la repoblación. Así pues, con cada mes que pasaba el problema crecía. Lo que había empezado con una cifra de 100. 000 personas se acercó probablemente a la de 250. 000 cuando empezó a vislumbrarse una solución.

4

Fue un problema de la posguerra que derivó en una tirantez considerable entre Gran Bretaña y Estados Unidos y, dado el cambio en el equilibrio político al término de la Segunda Guerra Mundial, las consecuencias fueron más o menos inevitables: no es que los británicos tuvieran un papel intachable en el lamentable desbarajuste que es la historia de la Palestina del siglo XX. Durante la Primera Guerra Mundial, debido a la necesidad de tener aliados, se las arreglaron para prometer la Tierra Prometida dos veces, una a los árabes con las hazañas de T. E. Lawrence, y otra a los judíos mediante la infame e imprecisa verborrea de la declaración de Balfour, que resultó ser un error catastrófico, como percibieron desde el principio los administradores del protectorado británico en Palestina. Parece que la explicación de este traspié político reside en que los británicos, como tantas otras personas antes y después, sobrestimaron el supuesto poder y la supuesta influencia de los «judíos del mundo», esa misteriosa fuerza, para ejercer el bien y el mal (sobre todo el mal), capaz de hundir economías y de infligir inexplicables derrotas a poderosos ejércitos.

Con la caída del Imperio Otomano, se concedió a Gran Bretaña el protectorado de Palestina. Desde luego, no podía ser tarea fácil, aun sin promesas de por medio. Los británicos se encontraron entre dos bandos enfrentados, tratando de mantener una paz precaria entre ellos, aparte de ser un posible objetivo para ambos. En general, los británicos se inclinaban por los árabes, que habían habitado el territorio desde tiempos inmemoriales y estaban siendo desplazados

por inmigrantes europeos más ricos y mejor armados. El sionismo se basaba tanto en el terrorismo como en el dinero, un hecho que al actual gobierno israelí le ha convenido olvidar para unirse hipócritamente a una «guerra contra el terror» internacional. En la actualidad, los terroristas son palestinos desplazados.

Sin embargo, entre las dos guerras mundiales y bajo el protectorado británico, la inmigración judía aumentó. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial y tras reconocer que Hitler era el mayor de los males, los judíos terroristas decidieron suspender las hostilidades, incluso para luchar a favor de los británicos. Ahora bien, los sionistas no tenían previsto mostrar gratitud durante mucho tiempo. A poco de acabar la guerra, en 1946, hicieron estallar el King David Hotel, donde murieron más de noventa personas. Al año siguiente, como represaba por la ejecución de sionistas, el Irgun colgó a dos sargentos británicos que habían capturado.

Los británicos, después de haber pasado una guerra larga y sangrienta, ya estaban hartos. Y su gobierno también. En cambio, Washington, que no se había comprometido a enviar soldados estadounidenses para mantener una paz imposible entre los bandos enfrentados, propuso acceder a las demandas sionistas y crear un estado judío en Oriente Medio. De este modo todos los supervivientes judíos desplazados a los que nadie quería en su país podrían establecerse allí, donde al parecer deseaban estar. Era, con mucho, la alternativa más barata, pues con ella desaparecería la necesidad de recibir inmigrantes no deseados, y apaciguaría al *lobby* judío norteamericano, factor que debía tenerse en cuenta, dada la proximidad las elecciones presidenciales.

* * *

Los norteamericanos, que por supuesto no tenían jurisdicción oficial sobre Palestina, exigieron que se permitiera la entrada a cien mil

judíos en el territorio sólo el primer año, con la intención de vaciar los campos. Los propios desplazados no tuvieron voz ni voto en el asunto: se les dijo que podían ir a Palestina o quedarse donde estaban, en los campos. Ante esta disyuntiva —que no lo era en absoluto— y animados por los reclutadores sionistas, que al menos organizaban actividades para levantar la moral con el objeto de prepararlos para una nueva vida, no era de sorprender que muchos estuvieran dispuestos a arriesgar la vida en el intento de llegar a Eretz Israel, desafiando los esfuerzos británicos para no permitirles desembarcar.

Este aspecto de la campaña sionista, apoyada por Estados Unidos, se resumió, como es sabido, en la película *Exodo*, una versión hollywoodiense de la historia, basada en la novela espantosa y terriblemente tendenciosa de León Uris. El barco zarpó de Marsella con 4.500 personas a bordo, rumbo a Palestina. El viaje se organizó como un ejercicio de propaganda por parte de los sionistas en connivencia con la prensa estadounidense, a la que previamente se avisó. Jamás se pensó en devolver los 4.500 desplazados a Alemania, y cualquiera tenía libertad para desembarcar en Francia si quería.

Sin embargo, en nombre del gobierno británico, Bevin estaba decidido a adoptar una actitud firme en cuanto al desembarco en Palestina. La postura británica era muy clara. La población árabe ya se había alzado en armas, y el país era sencillamente demasiado pequeño para asimilar en un año a cien mil nuevos inmigrantes, y los que luego llegarían. Y era cada vez más evidente que vendrían más. Durante el período de indecisión, el número de personas siguió aumentando con nuevas oleadas procedentes de Europa del Este, que se introducían encubiertamente en los campos occidentales administrados por las fuerzas aliadas, con la esperanza de huir de Europa en busca de una nueva vida.

Gran Bretaña y Estados Unidos no podían llegar a un acuerdo porque perseguían objetivos diferentes. La preocupación primordial de Truman, al que habían nombrado presidente tras la muerte de Roosevelt en abril de 1945, era ser reelegido. Cualquier decisión que

tomara sobre los judíos retenidos en los campos europeos sin tener adonde ir podía afectar a sus posibilidades de ganar. Si permitía una inmigración masiva de judíos, se ganaría la impopularidad de muchos grupos. Por otra parte, si permitía la creación de un estado judío en Oriente Próximo, aplacaría a los votantes judíos y complacería también a los fundamentalistas cristianos.

El gobierno británico, que seguía estancado en Palestina tratando de mantener la ley y el orden (sin la ayuda de Estados Unidos), estaba furioso. La solución que Bevin encontró al problema fue repartir a los desplazados entre diversos países.

Bevin nunca superó su indignación ante la buena disposición del presidente y del Congreso para permitir que los judíos votaran y que las aportaciones judías a los fondos del partido influyeran en su política sobre Palestina. Tachado injustamente de antisemita, hizo un comentario que dio la vuelta al mundo. Según éste, la campaña estadounidense a favor de permitir la entrada de cien mil judíos en Palestina «se ideó con la más pura intención: no querían demasiados judíos en Nueva York». De hecho, lo que había dicho Bevin era *vox pópuli* entre políticos y periodistas estadounidenses. Un año antes, Halifax, siendo todavía embajador británico en Estados Unidos, le había advertido de que, si bien por motivos diferentes, los sionistas, la clase blanca privilegiada de Estados Unidos y los católicos habían llegado a un consenso absoluto respecto a que no había lugar para los refugiados judíos de Europa. Ahora bien, nadie podía decir esto en público sin pagar las consecuencias. La indiscreción de Bevin le vahó la reprimenda de la prensa estadounidense y dio a los sionistas la confirmación que necesitaban para tacharlo de antisemita.

En 1946, cuando se desarrolló este episodio, Truman no era un sionista convencido, y tampoco se había comprometido a apoyar el estado judío. A menos que la administración británica permitiera entrar en Palestina a los cien mil desplazados, estaba más que dispuesto a dejar aquel caos lamentable en manos de los británicos y a dejar que resolvieran ellos el problema del futuro de Palestina. Esto, sin ofrecer el servicio de un solo soldado.

Recientemente se descubrieron irnos diarios de Truman en los

que critica a los judíos y que es posible que destruyan su imagen filosemita para siempre.

> Los judíos son muy, muy egoístas. Les da igual a cuántos desplazados estonios, letones, finlandeses, polacos, yugoslavos o griegos asesinen o maltraten, siempre y cuando se dé un trato especial a los judíos. Con todo, cuando tienen poder, ya sea físico, financiero o político, no son muy distintos de Hitler o Stalin en cuanto a ejercer su crueldad y maltrato contra los desfavorecidos. Encumbra a un desfavorecido: no importará que sea ruso, judío, negro, director, sindicalista, mormón o baptista, porque perderá la chaveta igualmente. He conocido a muy pocas personas que recuerden su situación pasada cuando les llega la prosperidad.

Obviamente, Truman estaba exasperado, y es una lástima que no supiera distinguir entre los dirigentes sionistas (una minoría escandalosa) y la gran mayoría de supervivientes judíos desplazados, que sólo querían vivir tranquilos sin que se les volviera a perseguir. Sus comentarios sobre el comportamiento de los judíos una vez en el poder parecen proféticos, y es una pena que no hiciera caso de su intuición en ese momento. Quizás en el mundo habría habido menos luchas y se habría derramado mucha menos sangre.

* * *

En diciembre de 1946 hubo un acercamiento entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Truman se prestó a escuchar los problemas británicos en Palestina cuando Bevin fue a la Casa Blanca en persona ese mes, una vez terminadas las elecciones. Bevin sugirió que si Estados Unidos subía el cupo de entrada en el país contribuiría a paliar el problema. Truman prometió que plantearía la cuestión en el Congreso, pero nada cambió. Cuando Richard Crossman escribió en 1947 sobre la Ley de Cupo de 1924, estableció el número de polacos permitidos en 3. 000, el de húngaros en 700 y el de rumanos en 300; aun así, la gran mayoría de

judíos que querían emigrar procedía de estos países.

En un esfuerzo por resolver el punto muerto en que se hallaba el futuro de Palestina y la difícil situación de los judíos que no tenían adonde ir, se creó un comité anglo-americano, y el joven Richard Crossman, que tendría una distinguida carrera como diputado laborista, formó parte de la delegación británica. Crossman publicó sus comentarios e ideas sobre las actividades del comité. Esta breve publicación refleja con claridad la postura británica, así como el resentimiento del país ante la intromisión de los estadounidenses en un asunto que no les incumbía. Según escribió Crossman, el futuro de Palestina concernía a los británicos, que ejercía el protectorado, o a las Naciones Unidas.

Crossman argumentó, como otros habían hecho ya, que «las afirmaciones sionistas de que los judíos *son una nación* son en realidad un reflejo de antisemitismo […] Los antisemitas y los racistas son quienes pretenden sacar a los judíos de Europa y enviarlos a todos a Palestina». Con mayor pertinencia, aseguró: «Para un pueblo perseguido no puede haber peor refugio y hogar que este momento clave y estratégico en el que todo el mundo árabe también está en contra de ellos».

El libro de Crossman está basado en anotaciones de diario, lo cual permite al lector observar el desarrollo de su pensamiento casi día a día, de manera simultánea a la existencia del comité. «Como inglés —escribió—, me sorprendió y molestó la casi absoluta indiferencia que se mostró en las sesiones de Washington hacia la cuestión árabe». Con bastante generosidad, atribuyó esta actitud al pasado «pionero» de Estados Unidos. Si una potencia imperialista hubiera protegido los derechos de los indígenas norteamericanos, «la mitad de Estados Unidos sería bosque virgen todavía». «Los estadounidenses —reflexionaba—, que establecen la igualdad en todo lo demás, siempre simpatizarán con el pionero, abrigarán dudas acerca de un imperio que coarta al colonizador blanco en nombre de los derechos de la población autóctona». Así como los estadounidenses descienden todos de emigrantes, los británicos son «herederos de tradiciones intactas que se remontan a cientos de años

[…] Nuestra creencia instintiva es que un país es una comunidad establecida en el suelo de sus antepasados».

Tras manifestar esta generosa opinión sobre la psique estadounidense, Crossman se desahoga y habla de la ira que comparten muchos de sus compatriotas británicos:

> Si los estadounidenses piden a gritos un estado judío es por muchos motivos. Atacan al imperio y al imperialismo británicos, defienden una causa moral por cuya realización no asumirán ninguna responsabilidad y, sobre todo, distraen la atención sobre el hecho de que sus propias leyes de inmigración son la causa principal del problema.

No se trataba sólo de una opinión laborista. Ya en 1945, durante el efímero «Gobierno Provisional» que antecedió a las primeras elecciones de la posguerra, al final de un discurso Churchill hizo una observación sobre el futuro de Palestina: «Creo que no deberíamos asumir esa responsabilidad […] mientras los estadounidenses no hacen nada y se limitan a criticar». Para entonces, los estadounidenses no sólo criticaban, sino que ya mandaban y exigían. La actitud de los miembros estadounidenses del comité exasperaba a los miembros británicos. «Nuestros compañeros estadounidenses —escribió Crossman— sostuvieron que no era razonable en absoluto pedirles que propusieran colaboración activa en la supervisión de Palestina». Según escribió, el pueblo británico «se sintió terriblemente utilizado. Supervisar Palestina era un trabajo desagradable de todas maneras, y el soldado británico se veía obligado a hacer mucho trabajo sucio porque los norteamericanos, desde fuera, incitaban a los judíos a la violencia».

* * *

No es de sorprender, pues, que el informe que presentó el comité anglo-americano no satisficiera a nadie. En la visita de los doce miembros a Londres, Bevin había prometido que si presentaban un

informe unánime haría lo posible por ponerlo en práctica. En consecuencia, el comité trató de restar importancia a las diferencias y concentrarse en aquellas recomendaciones en las que pudieran ponerse de acuerdo. Así, declararon que Palestina no podía resolver el problema judío por su cuenta, hecho que debiera haber sido de una claridad cristalina incluso para Washington. A pesar de todo, recomendaron que se permitiera la entrada inmediata a cien mil refugiados judíos y la inmigración permanente de judíos sin el consentimiento de los árabes. Se oponían a la división territorial en favor de mantener un estado unitario, pero recomendaban que se prohibiera a los judíos adquirir tierras.

Tanto árabes como sionistas atacaron el informe, y la prensa de ambas orillas del Atlántico manifestó su decepción ante la falta de una solución bien definida. Los políticos británicos, incluido Churchill, sabían que era de vital importancia obtener la colaboración estadounidense o, de lo contrario, Gran Bretaña se hallaría en medio de una guerra contra árabes y judíos. Los jefes de estado mayor previeron un alzamiento árabe apoyado por los estados árabes, que requeriría refuerzos británicos. Sugirieron solicitar ayuda a Estados Unidos o acudir a las Naciones Unidas. El protectorado británico se había convertido en un avispero.

Ernest Bevin, que cargó con el problema, no era un hombre ingenuo. Hacia finales de 1946 se alcanzó el consenso general de que la solución residía en dividir el territorio. Bevin señaló que si se hubiera propuesto la idea al final de la guerra, los sionistas habrían exigido toda Palestina. Lo cierto es que los dirigentes del movimiento siempre se reservaban un recurso alternativo, empezando por el propio Herzl, para expandirse y acabar apropiándose del resto de Palestina, mientras proyectaban al mundo una idea tranquilizadora de sus intenciones benevolentes para con los árabes. En junio de 1895, Herzl puso por escrito en sus diarios la intención de desplazar y trasladar a los árabes de su territorio, si bien con compensaciones económicas: «Tanto el proceso de expropiación como el traslado de los pobres deben realizarse con suma discreción y circunspección».

Antes de la guerra, el mismo funcionario británico que describió Palestina como el país con «más odio por kilómetro cuadrado que en ningún país del mundo» —según se cita en *Mandate Days* (Los tiempos del protectorado) de Sherman— también mencionó la inevitable presión procedente de Europa: «Todos los años algún árabe vende su tierra a los judíos. Los judíos nunca venden su tierra a los árabes. Los judíos pueden permitirse pagar precios fabulosos para comprar tierra, así que no se puede esperar que un individuo árabe, "por patriótico que sea", soporte la presión para vender».

En la década de 1930 Ben Gurion consideraba que la división del territorio era un paso adelante hacia la obtención de toda Palestina. «Un estado parcial judío no es el fin, sino el principio —escribió a su hijo Amos—, un impulso poderoso en nuestros esfuerzos históricos por recuperar todo el territorio».

* * *

La situación llegó a un punto crítico para el gobierno británico durante el crudo invierno de 1947. Recuerdo los cortes de electricidad, las calles oscuras y heladas, la grave escasez de carbón; recuerdo cómo, en la casa nueva, tenía que hacer los deberes a la luz de las velas y con el abrigo puesto. Comparado con los años de la guerra, todo aquello no era más que molestias sin mayor importancia.

La producción de carbón había sido una parte fundamental de la campaña solidaria de la población civil durante la guerra. Todo el mundo había oído hablar de los «muchachos de Bevin», reclutas a los que hacían bajar a las minas en vez de servir en las fuerzas armadas, pero a menos que hubiera un desastre en una mina de carbón, nunca dedicaban titulares a su trabajo. Creo que tenía la vaga impresión de que había una huelga o algo así: incluso antes de que acabara la guerra, pero cuando aún no existía la certeza de quién iba a ganar, en el ambiente se respiraba la sensación (que percibí

más por las conversaciones de los mayores que por información consistente) de que los obreros se estaban rebelando. Pero lo que yo sabía a ciencia cierta era que aquel invierno hacía un frío excepcional, que los niños se deslizaban sobre el hielo al otro lado de la verja del colegio y que me había acostumbrado a la escasez.

Lo cierto es que, sin saberlo, estábamos pasando por una crisis, y no sólo nacional sino internacional, con consecuencias de gran alcance.

A finales de 1946, las reservas de carbón habían caído en picado, y cuando en enero llegó el frío no sólo aumentó la frecuencia de cortes de luz, sino que las fabricas empezaron a funcionar a jornada reducida. A finales de ese mes tuvimos la noche más fría desde 1929, y los titulares del *Times* fueron: toda Inglaterra se congela. Al parecer, nadie previo, ni siquiera entonces, cuánto tiempo más duraría el frío ni los efectos catastróficos en la industria. En febrero la producción industrial británica se paró durante tres semanas y la tasa de desempleo se disparó de 400. 000 a 2,3 millones de personas. Por si fuera poco, en marzo hubo inundaciones. La situación era peor de la que la Luftwaffe había sido capaz de crear durante los bombardeos de 1940 y 1941.

Fue la hora de la verdad para la imagen que el país tenía de sí mismo en cuanto a su posición en el mundo en la posguerra, y para la idea que Estados Unidos tenía de la capacidad de Gran Bretaña de saber cumplir con sus compromisos de política exterior. La magnitud y la gravedad de la crisis de carburantes pasó a ser un tema de discusión importante en Washington, y sus previsiones pesimistas se confirmaron cuando a mediados de febrero Bevin anunció que pondrían el problema de Palestina en manos de las Naciones Unidas. Durante la ola de frío, el gabinete ministerial también decidió interrumpir la ayuda a Grecia y Turquía, retirar las tropas británicas que quedaban en Grecia y ceder la India a los indios en junio de 1948.

Mientras, yo hacía mis deberes en casa, helada de frío. Tenía quince años todavía, había aprobado el certificado escolar general con muy buenas notas, habiendo estudiado con libros que

desconocían que el átomo ya se había dividido, y de manera pública, en Hiroshima, y que grandes regiones en rosa estaban desapareciendo del atlas. Lleva tiempo poner al día los libros de texto. Además, en esa época también escaseaba el papel.

Aquel invierno fue más frío todavía en Berlín, donde había carencia de todo. También se hablaba de una «guerra fría», cuyo epicentro era la ciudad. Pero Elsa había persuadido a Edith de entregar las llaves de su piso antes de la primera nevada e iniciar el viaje hacia un clima más benigno.

5

Y así fue cómo sucumbió un imperio y nació otro. Aunque no para mejor. Se han dicho muchas cosas del imperialismo británico, pero al menos Gran Bretaña algo sabía acerca de los territorios que administraba y mantenía cierto contacto humano con los seres humanos sobre los que tenía poder para levantar o hundir la colonia, para traerles prosperidad o miseria. Pasara lo que pasara en Whitehall, los funcionarios de las colonias adquirían un mínimo de comprensión por sus súbditos y, con ésta, simpatía por éstos. Al terminar la guerra, un oficial británico escribió que la creación de un estado judío era un error moral y una insensatez imperial: «[…] sin embargo, puede que ahora sea inevitable, después de veinticinco años de buenas intenciones vagas, infundadas e infructuosas […] hemos cometido un error trágico (de consecuencias incalculables) en Oriente Próximo».

En cambio, Estados Unidos ha tomado por costumbre mandar sobre países de los cuales es profundamente ignorante. La zanahoria es la ayuda económica y el poder militar es el palo. No prefieren tanto relacionarse con personas reales como bombardear desde gran altura. Cuando esto no es posible, hace desembarcar a sus tropas, casi siempre con consecuencias catastróficas. Recuérdese Vietnam, Iraq y escaramuzas menores entremedias. Cualquier personas que visite Estados Unidos se asombrará de la estrechez de miras de sus habitantes, su ignorancia del mundo más allá de sus fronteras.

* * *

Cuando Bevin tiró la toalla y dejó en manos de las Naciones Unidas el problema de Palestina, estaba en contra de dividir el territorio por temor a que los judíos se hicieran con toda Palestina una vez aumentaran la población con inmigrantes, algo que precisamente han hecho desde 1967. El mismo temor afianzó la postura de los árabes palestinos. Como hemos visto ya, cuando se pensó en dividir el territorio bajo el protectorado británico a finales de los años treinta, Ben Gurion estaba de acuerdo, pues veía la propuesta como el primer paso para reivindicar todo el país.

Bevin también temía que Estados Unidos apoyara la propuesta de dividir el territorio pero se negara a aceptar la responsabilidad de ponerla en práctica, pues si algo podía decir con certeza Dean Acheson sobre la política estadounidense era que Estados Unidos nunca permitiría que se enviaran sus tropas a Palestina. Y era un temor justificado. Israel ha ocupado ilegalmente Cisjordania durante cuarenta años, y la única potencia en el mundo con poder para hacer algo al respecto ha permitido que la injusticia se perpetuara. Bevin también tenía presente que la situación podía afectar a la estabilidad de Oriente Próximo, ya que otros estados árabes habían dado su apoyo a los desafortunados palestinos. La producción de petróleo también estaba adquiriendo importancia en la región.

La asociación entre Israel y Estados Unidos ha perdurado más de lo que había previsto Bevin, que falleció en 1951. El armamento militar proporcionado por ellos, además de una serie de derrotas humillantes, disuadieron a los dirigentes árabes de seguir luchando en favor de sus compañeros palestinos. La abundancia de petróleo conllevó que aquellos gobernadores árabes que acataran la política exterior estadounidense fueran recompensados con chucherías superfluas, tronos dorados incrustados de pedrería y *jets* privados; aparte de las armas correspondientes para estar a salvo en sus palacios. Al fin y al cabo, ¿quién había oído hablar de democracia en esos países? Mientras, Israel se enorgullecía de ser la única

democracia de la región.

Ahora bien, lo que nadie previo al parecer, al menos en la Casa Blanca, fue que poco a poco los árabes más humildes harían causa común con sus iguales, los palestinos. Las pantallas de televisión les mostraban las atrocidades que se cometían en la franja de Gaza y la anexión gradual de Cisjordania. Al final, el 11 de septiembre de 2001, el mundo musulmán contraatacó. El pronóstico de Bevin se confirmó, sólo que las represabas tardaron algo más.

* * *

En abril de 1947 Gran Bretaña pidió al secretario general de la ONU que convocara una sesión especial de la Asamblea General. A su vez, se pediría la creación de un comité especial para estudiar la cuestión palestina e informar a la sesión ordinaria de la asamblea. En esta sesión especial, Cadogan afirmó que Gran Bretaña «no debía tener la responsabilidad exclusiva de imponer una solución que ninguno de los dos bandos aceptaba y que no podemos conciliar con nuestra conciencia». Se formó un comité especial sobre Palestina (conocido en inglés con las siglas UNSCOP), constituido por representantes de once estados regionales, al que se asignó el mayor cometido y al que se exigió un informe para el 1 de septiembre de 1947.

El Comité pasó un tiempo en Palestina. El Alto Comité Arabe decidió boicotear las medidas. Por su parte, los sionistas aprovecharon cualquier oportunidad para ofrecer su punto de vista.

Para entonces, las relaciones entre los judíos y Gran Bretaña estaban al borde de la guerra. El objetivo de las organizaciones clandestinas judías era desgastar la determinación británica de permanecer en Palestina, con la seguridad de que, contaran lo que contaran al mundo a través de su red de publicidad, los británicos no recurrirían a la brutalidad nazi.

Esto nos devuelve a la hazaña propagandista que los sionistas

usaron contra Gran Bretaña, el viaje del *Exodus*, un montón de chatarra bautizado expresamente para la ocasión. Bevin había dejado muy claro que la armada inglesa no permitiría desembarcar en Palestina a los 4.500 inmigrantes ilegales. Francia también había dejado claro que permitiría permanecer en el país a cualquier judío que decidiera regresar a Marsella. En cuanto a «regresar» a Alemania, jamás hubo la intención, pero ayudó a acentuar más todavía la emotividad. Sólo 130 decidieron quedarse en Francia.

Los sionistas no sólo habían avisado a la prensa estadounidense, sino que actuaron en connivencia con ella. Intentaron hacer desembarcar a los pasajeros durante la visita del Comité Especial de la ONU en el país. Si conseguían su propósito a pesar de las patrullas británicas, habrían logrado una demostración convincente de la determinación judía (en el caso de los sionistas, que todos los desplazados de Europa querían ir a Palestina, lo cual no era verdad). En cambio, si no lo conseguían, se demostraría la brutalidad británica. La Royal Navy abordó el barco frente a la costa de Palestina y, durante horas, se desató una lucha por el control sin el uso de armas. El capitán creía que podría hacer embarrancar el barco y desembarcar a la mayor parte del pasaje, pero los organizadores interrumpieron la operación alegando que lo prioritario era el efecto político de ésta en la opinión mundial. El desembarco «forzado» de los inmigrantes en barcos británicos fue presenciado por el comité de la ONU y un buen número de periodistas estadounidenses y de otros países. Aparte de los 130 que aceptaron la oferta de Francia, el resto se negó a ir a cualquier otra parte que no fuera Palestina. El asesinato reciente de dos soldados británicos por el Irgun impidió trasladar a ninguno de los refugiados a Gran Bretaña, y ningún otro país los quería. Bevin decidió que para alojar a tantas personas necesitaban un territorio bajo el dominio británico, de modo que acabaron llevándolos a Chipre.

Como sucede con muchas otras películas antiguas de Hollywood, *Éxodo* se emite con regularidad por televisión. Esto alimenta el mito de que Israel nació gracias a los supervivientes judíos que no tenían adonde ir.

Bevin se quejó de que, al apoyar y financiar el terrorismo y los inmigrantes ilegales, el gobierno estadounidense contribuyó a complicar la posición británica. Asimismo, subrayó la importancia estratégica de Oriente Próximo (sobre todo en el caso de una guerra con la URSS) y la necesidad de conservar la colaboración de los estados árabes. Truman tenía las elecciones a la vista, y sus diplomáticos ya le habían advertido de que los árabes estaban contrariados. El futuro presidente respondió que no tenía votantes árabes.

* * *

El UNSCOP presentó el informe en septiembre de 1947 al secretario general, y un comité creado *ad hoc* para la Asamblea General empezó a debatirlo. Una mayoría del UNSCOP (siete de los once miembros) votó a favor de dividir el territorio y dejar Jerusalén bajo la administración directa de la ONU. Ciento cincuenta mil inmigrantes judíos serían admitidos a lo largo de un período de transición de dos años, durante el cual los británicos conservarían su responsabilidad sobre el protectorado.

Bevin describió los planes de división territorial como «manifiestamente injustos para los árabes», y el gabinete ministerial británico aceptó su argumento de que Gran Bretaña debía rechazar la responsabilidad de imponerla.

Para la votación definitiva de la Asamblea General, el gobierno de Estados Unidos recurrió a todos los medios de los que disponía —entre otros, la intervención directa de la Casa Blanca y la presión sobre los estados-cliente— para reunir la necesaria mayoría de dos tercios que aprobaría el plan. El papel que Estados Unidos y, en particular, la Casa Blanca habían desempeñado para fomentar las reivindicaciones de los sionistas enfureció a Bevin, por lo que ordenó al delegado británico que se abstuviera. En un debate sobre Palestina mantenido en la Cámara de los Comunes, dijo:

> Creo que en este asunto se ha subestimado la opinión de los árabes. Esta debe valorarse en su justa medida por todos o no llegaremos a un acuerdo de paz. Y como quiero que se valore de manera apropiada, no quiero que se prescinda de los árabes como si no existieran.

A medida que la situación se deterioraba en Palestina y aumentaba la resistencia árabe, Estados Unidos empezó a dudar de su política, pero Bevin mantuvo con firmeza su decisión de retirar las tropas británicas en mayo de 1948. Receló de Estados Unidos: no sólo éste mostraba indiferencia por los problemas de Gran Bretaña, sino que opinaba que no era un país de fiar y, por tanto, con el que mantener relaciones, ya que podía cambiar su postura. Y así fue. En marzo, el delegado estadounidense del Consejo de Seguridad de la ONU declaró que, en vista del creciente deterioro de la situación en Palestina, se establecería un «fideicomiso temporal» bajo la ONU. El 14 de mayo, la delegación estadounidense en la ONU, que había pasado de preferir un fideicomiso a una división territorial primero, y luego una tregua, obtuvo el voto mayoritario a favor de un mediador de la ONU al saber por teletipo, y en presencia de otros delegados, que se había proclamado el estado de Israel y que el presidente había sido el primero en reconocerlo, dieciséis minutos después, sin consultar ni informar a nadie.

6

Es difícil pensar en cualquier otra decisión política del siglo XX con unas consecuencias a tan largo plazo y tan catastróficas, y todo por alcanzar unos fines políticos a corto plazo. Truman renovó su mandato en la Casa Blanca y, en la actualidad, la lucha continúa sin perspectiva de acabar. La creación de Israel no fue la opción «barata» que parecía en su momento, pues el gasto de Estados Unidos para evitar que el estado sea borrado del mapa es enorme. Bevin temía que Estados Unidos se negara a supervisar la región y a enviar tropas para detener la expansión judía. Lo cierto es que la actuación de este país fue mucho más descarada de lo que Bevin podría haber imaginado. No hay reprobación en forma de sanciones y se utiliza a la ONU como un recurso unilateral. Se acogen hipócritamente a las resoluciones contra los árabes. Mientras, los israelíes ocupan territorio árabe, levantan asentamientos, perpetran asesinatos políticos, usan tanques para atacar a mujeres y niños, derriban casas como castigo colectivo y detienen y encarcelan a representantes elegidos democráticamente porque sus opiniones no coinciden. Casi cada día mueren personas de un bando o del otro, pero desproporcionadamente. El índice suele ser de diez árabes por cada israelí. Cuando la violencia se intensifica, la proporción es la misma. Cuando un misil de Hezbolá cayó en el norte mató a cien israelíes y destruyó o causó daños a unas pocas casas. En cambio, unos mil libaneses, la mayor parte civiles, murieron en el contraataque. Todo Líbano fue arrasado, casas e infraestructuras, y las rutas de evasión quedaron intransitables. Una parte de Líbano

también fue ocupada por israelíes durante dieciocho años, motivo por el cual surgió Hezbolá. Los israelíes saben crearse enemigos y parecen incapaces de hacer amigos. En el pasado también contribuyeron a la aparición de Hamás, que recientemente ha sido elegido por los palestinos. El hecho de que Hamás y Hezbolá estén empezando a hacer causa común contra un enemigo común debería preocupar a Israel. Sin embargo, está construyendo nuevos asentamientos en Cisjordania y un muro alrededor de Jerusalén para mantener alejado al enemigo. La renuncia a los asentamientos de la franja de Gaza se ha considerado una gran concesión, cuando no lo es en absoluto. La verdadera intención es crear un enorme campo de prisioneros palestinos y, por otra parte, las tropas israelíes entran en el territorio a voluntad para matar a sus habitantes como castigo colectivo. Para ellos es pan comido.

Ahora bien, el mundo está atento y no le gusta lo que ve en las pantallas de televisión. Auschwitz podía mantenerse en secreto, pero hoy muchas personas son testigos de los crímenes contra la humanidad, a menudo en directo. Comoquiera que sea, el derecho de Israel a existir es discutible. Quienes cometieron el Holocausto eran europeos, no árabes. La creación del estado por parte de las Naciones Unidas fue, como he dicho, un acontecimiento dudoso en el cual los norteamericanos movieron los hilos. Los seis estados árabes independientes votaron en contra, así como cuatro países musulmanes. Muchos de cuantos votaron a favor no tenían nada que perder y tenían algo que ganar. Estos ya eran estados con relaciones de clientelismo con el poderoso y rico Estados Unidos, y vieron que la creación de Israel les eximiría de acoger a más refugiados judíos. Si se mira la lista de votantes en retrospectiva, sólo cabe preguntarse con qué derecho Perú, Filipinas o Guatemala participaron en la decisión sobre el futuro de Oriente Próximo contra la voluntad de los propios habitantes de la región. Geográficamente, claro está, todos estos países acabaron formando parte de la esfera de influencia estadounidense.

* * *

Cuando Edith llegó a Palestina después de la guerra, lo hizo con la esperanza de encontrarse entre personas como ella, una judía entre otros muchos judíos. En su país de origen la habían discriminado por meros motivos raciales, y Elsa la había convencido de que todo sería diferente en Israel, que pronto se concebiría como estado. Sin embargo, al llegar la menospreciaron por las mismas razones que la llevaron allí: porque había nacido en Alemania. Porque era una *yekke*.

Como sostuvieron muchas voces contrarias al estado judío antes de 1948 (Richard Crossman entre otros), los judíos no eran una nación. Procedían de diversas partes del mundo, hablaban lenguas diferentes y tenían costumbres distintas. Lo único que les unía era una dudosa ascendencia racial y unas pocas creencias religiosas; y, como todos sabemos, las diferencias que dividen a las personas de una misma fe pueden ser inmensas y causar amargas escisiones. La creación de Israel se convirtió en la manzana de la discordia religiosa.

La gran mayoría de judíos del mundo eran en realidad laicos, lo que significaba que Israel no los habría admitido, aun cuando el Tercer Reich mataba a cualquier judío laico que tuviera un solo abuelo practicante, mientras que los judíos ortodoxos se oponían a la creación de Israel por motivos religiosos.

Desde entonces las cosas han cambiado menos de lo que podría imaginarse. Hoy, como entonces, Israel sigue promoviendo la inmigración desesperadamente, ya que sostiene una competición demográfica con los palestinos, cuyas familias son más numerosas. Hubo una afluencia de rusos cuando se les permitió salir de la Unión Soviética. Una década después, inesperadamente, los falashas, judíos africanos negros procedentes de Etiopía a los que no se reconoció como tales hasta 1975, fueron transportados en avión a Israel. En la actualidad, judíos fundamentalistas procedentes de Brooklyn o de acomodados barrios residenciales de Inglaterra se

están uniendo a los asentamientos en Cisjordania, donde su presencia les aporta cuantiosas subvenciones y donde esperan que los soldados israelíes les defiendan. Las divisiones son más profundas y fundamentales que nunca, a pesar de que todos hablan esa lengua inventada que es el hebreo moderno. Lo que está sucediendo en Cisjordania es indefendible, y muchos reclutas se están negando a defenderlo. Por otra parte, los habitantes sofisticados de Tel Aviv creen que los asentamientos de Cisjordania acabarán con Israel. El país se enorgullece de ser una democracia, pero todos sus gobiernos son coaliciones precarias. Ni siquiera convence ya el viejo alarde de «hacer florecer el desierto», pues dejan sin agua a los palestinos para que los colonos disfruten de duchas y piscinas, mientras el río Jordán se seca y el mar Muerto se convierte en fango salado.

* * *

¿Cómo acabará todo? Edith, como tantos otros colonos antes que ella, regresó a Europa y acabó contándome su experiencia en la cocina de Hendon, donde estaba el panel indicador que ya no funcionaba, conectado a un sistema de timbres que nadie había usado durante décadas.

Así, día tras día esperaba sentada a que regresara de la escuela para contarme una historia que nadie quería escuchar, salvo una colegiala inmadura que empezaba a aprender a fuerza de malas experiencias que la vida nos enseña cosas que raras veces aparecen en los libros de texto (pues buena parte de éstos son obsoletos cuando hay suficiente papel en el mundo para ponerlos al día).

Yo era demasiado joven para ayudarla. El único modo de hacerlo era escucharla cuando nadie más lo hacía.

Ella prosiguió su viaje, como corresponde a cada uno de nosotros. Y yo, después de haber oído su historia tantos años atrás, decidí que merecía la pena dejar constancia de ella. Ahora, mientras aún hay tiempo.

EPÍLOGO

La última vez que vi a Edith fue en una sala del Samaritan Free Hospital for Women and Children. Si uno ha vivido mucho tiempo en una gran ciudad, como es mi caso, sabe que está llena de asociaciones inesperadas que te trasladan a un pasado remoto. Era un edificio de ladrillo rojo de finales de la época victoriana situado en Marylebone Road, cerrado desde entonces. Sólo queda en pie la fachada, sin la rotulación, como un diente hueco que algún día será empastado o extraído. Nadie lo mira al pasar por delante en coche. Yo soy la única que recuerda el edificio, a pesar de haber entrado sólo una vez. Quizá lo recuerde porque nunca volví.

Una vez más, Edith no tenía adonde ir y esperaba que alguien la ayudara a tomar una decisión. Aunque no sé quién lo haría. Acaso una persona con autoridad para firmar formularios, para ayudarla a encontrar trabajo, a resolver su legalidad según lo establecido o tal vez a regresar a Alemania.

Mi madre y Edith se separaron sin dar explicaciones y sin acritud. Ambas entendieron tácita y mutuamente que las cosas no habían salido bien, y el que Edith tuviera que operarse simplificó la cuestión. Edith ingresaría en un hospital para no regresar.

Yo fui la única persona que la visitó en aquella sala deprimente. Como tantas otras veces, estaba sola y las demás camas estaban vacías. No había flores sobre el armario, ni indicio de otras visitas. La habían sometido a una operación ginecológica; nada complicado que pusiera en riesgo su vida, sino más bien algo habitual en mujeres de mediana edad. Como colegiala, yo aún desconocía los problemas

médicos que podían padecer las mujeres, y seguramente aunque Edith me lo explicara no me aclararía tanto las cosas como me desconcertaría.

No recuerdo si le llevé un ramo de flores. Espero que sí, porque nunca volví a verla. Quizá le dije que escribiera de vez en cuando, pero tampoco recuerdo haberlo hecho. Ahora que he intentado escribir su historia, la ausencia de un final satisfactorio me causa un profundo desasosiego. La palabra que acude a mi mente es *verschollen*, que tan a menudo aparece junto a los nombres de judíos que murieron en el Holocausto. Desaparecida, desvanecida, perdida. Pero no olvidada.

EVA FIGES (15-04-1932 / 28-08-2012) Eva Figes (Eva Unger de soltera) nació en Berlín y se trasladó a Inglaterra siendo aún una niña al estallar la Segunda Guerra Mundial. Estudió en el Queen Mary College de Londres y trabajó en diversas editoriales hasta la publicación de su novela *Equinox* (1966), a la que seguiría *White Journey* (1967) y una docena más. Es además autora de una importante obra en el campo de la crítica literaria y el feminismo, ámbito en el que destaca su obra ya clásica *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad* (1970), así como de tres volúmenes de memorias y recuerdos. También escribió memorias sobre su infancia en Berlín y sus experiencias en un refugio nazi para judíos en la Alemania de Hitler.

Durante la década de los 60 se la asoció con un grupo de escritores experimentales británicos, cuyo líder era B.S. Johnson.

Entre sus obras cabe destacar la novela *Light* (1983) que recuerda al estilo de Virginia Woolf, *Woman Letters in Wartime 1450-1945* (1993), *Little Eden: A Child in Wartime* (1978) y *Viaje a ninguna parte* (2008).

Tuvo dos hijos Orlando Figes, académico mundialmente reconocido por sus escritos sobre cultura rusa y la revolución rusa y Kate Figes, escritora.